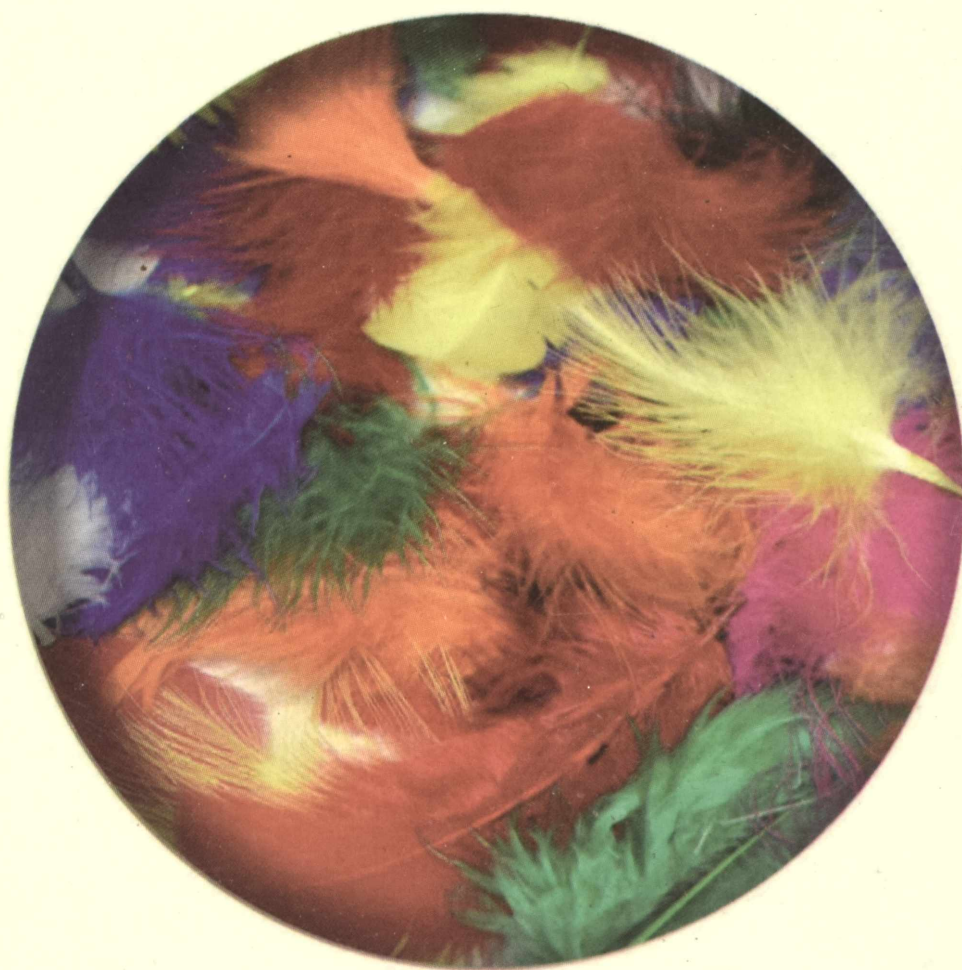


JUAN TAUIL

TESTIGA

Crónicas, entrevistas y otras rarezas



Prólogo
María Moreno



crónica

Juan Tauil

Es magíster en Periodismo y licenciado en Relaciones Internacionales por la Universidad de San Andrés (UdeSA) y docente de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Trabaja en el diario *Página/12* como cronista y fotógrafo y lleva adelante el proyecto multidisciplinario "Sentime Dominga".

Dirigió el largometraje documental "T", sobre militancia trans previa a la Ley de Identidad de Género.

Fue colaborador en *Revista Minga*, *G7*, *Revista Anfibia* y *Colada*, con textos y fotografías. Participó del libro coral *Crónicas del adiós*, publicado por *Ediciones de Periodismo y Comunicación* y publicó el ensayo "Conspiraciones y Monstruos", editado por *Belleza y Felicidad*.

Testiga

Testiga

JUAN TAUIL



Tauil, Juan

Testiga. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, 2012.

186 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-950-34-0903-9

1. Ciencias Políticas. 2. Juventud. I. Título
CDD 320

Diseño de tapa: Victor Viale

Diseño de interior: Erica Anabela Medina

Revisión de textos: Guadalupe Giménez - Aixa Segura



Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (Edulp)

Calle 47 N° 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

editorial@editorial.unlp.edu.ar

www.editorial.unlp.edu.ar

Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación

Derechos Reservados

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2015

ISBN N.º 978-950-34-0903-9

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

© 2015 - Edulp

Impreso en Argentina

Agradecimientos

A la Pachamama.

A mis padres, por su apoyo incondicional, en especial a mi madre, que me inculcó la pasión por leer.

A Cristian Alarcón, por su genialidad y generosidad inspiradoras.

A Marta Dillon, Liliana Viola y Alejandro Ros por hacer con tanto amor el suplemento *Soy* del diario *Página/12*.

A María Moreno, Alejandro Modarelli y Flavio Rapisardi por ser faros.

A Andrés Medus por haberme acompañado en esos felices años.

A mis amigxs –mi familia elegida–, por su apoyo constante ¡y por las risas!

A la educación pública argentina y, en especial, a la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.

Referencias

“Señora Show” (p. 37) Entrevista a Vanessa Show.

“Zumbidos en la madrugada” (p. 75) Entrevista a Mosquito Sancineto.

“Espejos de colores” (p. 79) Entrevista a Marlene Wayar.

“Travesti mal edukada” (p. 85) Entrevista a Claudia Rodríguez.

“En el nombre del padre” (p. 141) Entrevista a María Laura Alemán.

“El Che de los gays” (p. 149) Entrevista a Víctor Hugo Robles.

Índice

PRÓLOGO	15
Susy Shock	19
Travestis en platos voladores	23
Cine porno	25
Abducidx y abandonadx	31
Lobo hombre en Buenos Aires	35
Señora Show	37
El Junco que habla	43
Inti Raymi	51
Cómo ama una muxhe	53
Última charla con Ariel La Vogue –Ahora Bárbara Daria La Vogue–	59
Reinas de la noche	65
Zumbidos en la madrugada	75
Espejos de colores	79
Travesti mal edukada	85
Brujeando con María Marta	91
Luisa Paz y María Marta Leiva, actrices trans santiagueñas	95
Teleny	101
Los Resucitadores	109

Mejor que fantástica	113
Madre tierra e hijas	117
El interior del interior	119
Sin lugar para confites	127
Fiesta popular	129
En el país de las Muxhes	133
En el nombre del padre	141
El Che de los Gays	149
La Yapa. Pedro tira la piedra	155

Sentime Juan, como te sigo el rastro de palabras y de ritmos de Telesita cross, desde Santiago donde el calor te fuma, hasta más acá del río de los Querandíes, en la ciudad donde se morfaron a los de Don Pedro de Mendoza, cinco siglos hace, y te tiene ahora entre los dientes, manso, a veces rebelde, en un lindo departamento que tanto enojó a la Petra Lemebel cuando entró ahí, tan loca egregia, la bella durmiente de noches niñas sin techo. *Ovní-vora* sos, hija de diva y de león, de piernas largas a lo Marlene Dietrich y voz de cabro, susyshockeante; coleccionista de historias travas de Arco, cronista de desposeídos del norte arrebatado, con mal de soja... Sentime Juan como te siento y celebro este libro tuyo, nuevito, en que SOS, en el que SOY, fuimos páginas de Lux, las dos, vos y yo, juntas de ahora en más. Cronistas urbanas, zarpadas, ajadas, voladas. Tobas. Bienvenue. Welcome.

Raúl Escari escribió sus “Dos relatos porteños” como una especie de estertor, de deambular de un cálamo que registra en distintos tonos, acentos y figuras una serie de tramas que sólo de ese modo pueden soportar o aprehender figuras, historias y genealogías aún sospechadas. En “Testiga”, Juan Tauil nos propone, a mí parecer, algo más que un conjunto de crónicas. En ese camino que Escari caracteriza como captación de lo que ocurre en manera directa, Juan se entrama en ese mundo de “lo” trans que en algún momento fue heredero de la mariconerías barrocas aplastadas por la mercadotecnia gay. Las barrocas y las neo hoy ya no resisten esas volteretas entramadas, ya que la intelegibilidad de “lo” trans ya es otra en el marco de derechos conquistados en estos años, a pesar de las faltas y las carencias. Por eso, Tauil entrama en su escritura experiencias refractadas por su mirada acostumbrada al cruce de letra, poesía y música (maravillosos suplementos del devenir bloque de la narración) para hacer estallar allí lo que ya no sólo abandona, de a pasos, una abyección compulsiva expresada antes en el barroco enmascador y portador de la alegría y represión, sino que también anuncia, como el angel benjaminiano un pasado que se está peinando a contrapelo para ubicarnos aquí y ahora. “Testiga” es un borde: allí se entraman militancias, experiencias, crudezas e ironías de un nuevo modo, en una escritura y lenguaje que nos desafía a quienes hasta ahora cronicamos o “embarrocamos” lo que ahora necesita de otras lenguas.

FLAVIO RAPISARDI

Prólogo

Conocí a Juan Tauil con peluca rubia Farrah Fawcett (la tenía él, no yo). Estaba sentado junto a Pedro Lemebel en unos de los sillones discontinuos del boliche *La cubana*, era su Virgilio pop en una Buenos Aires que “La Petra” sólo quería conocer de noche como un vampiro de hotel que fastidia a las mucamas porque en el horario de hacer los cuartos sus aspiradoras suelen toparse una y otra vez colgando de la puerta del suyo con el cartelito *Please, do not disturb*. Juan que entonces se hacía llamar “Chico Almodóvar” lo arrastraba por el mapa queer porteño en donde abundan los papelitos blancos atesorados en bolsillos culpógenos pero exultantes, las lapiceras bic cortadas hasta lo mínimo como para no exigir una inspiración de submarinista, las cuerinas abolladas por cuerpos acostados en forma de esvástica y las ratonas que no hacen juego con nada, selladas por el culo húmedo de los vasos vaciados. Entonces parecía no escribir aunque escaneara todo con sus ojos educados en el chusmerío de las siestas en Fernández (Santiago del Estero), junto a una piscina donde ir a poner una

coma a la maledicencia que solía deslizarse en diálogos a lo Manuel Puig pero con tonada y la humedad de un cóctel bebido con pajita.

Cuando lo vi de *civil* (sin peluca) me impresionó la raya al medio plantada en un peinado taza de un lacio imposible. Y como me crié en Llajta Mauca y me peino igual desde que nací, jugué a que era un rasgo santiagueño, eso sí, tan absurdo como los que probaron a Popeye que un viejo marinero era su padre: nada de ADN, los músculos, el tatuaje y la pipa.

La palabra "testigo" es trágica: evoca los crímenes de lesa humanidad, palabras sujetas a la memoria por el deber de no cesar hasta la condena de los criminales, a un duelo que atañe al mundo; en los tribunales comunes permanece esclava de dar cuenta de un solo tema por el que alguien irá o no *a la sombra* y está prohibido acompañarla con una sonrisa.

Amariconarla la saca de los tribunales y la pasa a la comedia como exige la novela o historia de vida queer en donde al llanto sólo se lo tolera si se lo puede petrificar con glicerina en homenaje a Pierrot y a la humedad del calabozo se la puede secar con una lengua cachadora y un labial encanutado.

Si el testigo grave del campo de concentración dice lo que vio y padeció desde dentro de la escena trágica, es decir que *no viene de otra parte*, la "testiga" aunque viajera como Tauil, es por así decirlo *de la misma parroquia* que sus *conversandos*. Por eso el tono de las charlas con Tauil, aunque él les haga el favor a los medios en donde trabaja de simular a veces preguntas *esculpidas* por profesionales, es el de dos divas que, mientras se maquillan delante de un espejo de camarín onda marquesinas, intercambian confidencias subidas y recuentos de chongos, expertas en que ninguna risotada con lágrimas les haga correr el rímel o les agriete el tapa-ojeras.

Tauil, que anda por todas partes, es también cronista de tierra adentro, de rutas argentinas festoneadas de cactus candelabro y cuevas de lagartijas que se sumergen por temor al taco aguja de sus personajes, de puticlubs a punto de femicidios cuyas tramas políticas él conoce por el boca en boca de ovejas negras familiares y barriales. Si todos los cronistas mentan a Rodolfo Walsh para colocarse debajo de

un maestro, Juan Tauil está más cerca de un Mateo Booz o del Frany Mocho recién venido de Entre Ríos, el que escribió *Viaje al país de los matreros* ya como baqueano de ciudad central pero con todos los saberes locales. Por eso el cronista Juan Tauil no anda con impermeable de detective de policiales ni guayabera *engagement* latino, sino que tiende a desnudarse porque es bonito y le sienta bien tanto la perfo de Gauchito Gil como la de niño en bolas con pátina de betún de Judea y en su bolsillo suele haber no un grabador digital y auriculares sino un tronquito de tusca que según su bruja cicatriza todas las heridas o un molido de floripondio, gran mareador psicodélico, más algún spray resucitador para los momentos de desmayo en alguna parada del Vía Crucis after hours. Y por eso no habla ni en leguleyo ni en policial como el cronista duro sino que de pronto puede decirle a la gran Marlene como lo hizo cuando la vio desesperada por haber perdido las llaves y la carterita que le había regalado la muxhe Amara Gómez Regalado: “La tranquilicé con una pitada de flores de cannabis en una pipa de cristal del tamaño y forma de un pene abridor de sex-shop”. Esa oreja amiga de Tauil *hace escribir con la voz* a sus amig@s-entrevistad@s, entonces de la boca de La Vogue puede salir una frase magnífica como esta: “Me imagino vieja con siete tetas en la columna. Soy mi propio arquitecto, soy un edificio, un templo”. Como cabe al cronista dandi, Tauil renuncia a su narcisismo y transcribe los agravios cariñosos de La Petra que siempre despotrica cuanto más simpatiza: “La Petra rodaba en la alfombra y balbuceaba cosas como “traidora”, “quién eres tú, perra”... estos vasos parecen sapos... no me invites si tienes sólo una botella de vodka...”

— Pero tú, niña, ¿qué tú dices si eres rica? Mírate, vives en esta casa, me haces todo el “chow” doméstico, ¿y me vienes a hablar de la ciudad? Se viene dura la mano, amiga Marlene. A ellos, a los maricones burgueses no les va a pasar nada, el tema va a ser con nosotras. ¿Por qué nunca voy a poder atesorarte en mi corazón? ¿Y qué es lo que tú haces? ¿Quién eres? Fuiste cobarde, linda. Esta casa tiene un buen gusto que da asco. Da asco de tan lindo todo”.

Militante línea Cicciolina (Néstor Perlongher decía que la izquierda se dividía en la línea Cicciolina y la Cary Grant), Juan Tauil registra tan-

to la teoría muxhe como el antes y el después del cambio de género previa invención del nombre propio, el devenir drug queen en provincias como la desilusión de que no se lo llevaran los platos voladores en el cerro Uritorco, la orgía con dos lobzones una noche de luna llena como la angustia que provoca entrevistar a un gay mayor y verle las arrugas (“Tengo que pedir turno con el dermatólogo, volver a usar el ácido glicólico y retomar los ejercicios faciales.”)

Juan Tauil no es un *fiolo de vidas intensas*, un excursionista de los márgenes ni un antropólogo de la disidencia erótica, recibe en casa o acompaña de gira, se apronta a los mismo riesgos y prueba de las misma manzanas en los paraísos artificiales que l@s que a su lado andan en banda y sobre l@s que escribe sin pelos en la lengua; es un@ de ell@s. De ahí la originalidad confianzuda e insolente de sus crónicas.

MARÍA MORENO

Susy friega la bacha de la cocina con la esponja, después cebará mate con sus manos enfundadas en guantes de red. Como una “Madonna subdesarrollada”, en una cocina humilde con un póster de Hendrix pegado a la heladera, espera ansiosa las preguntas del cronista. Una tímida llama azulada calienta la pava, mientras uno de los chongos asiduos a las “Noches Bizarrras” acomoda las sillas para el show.

— ¿Quién es Susy Shock?

— Yo digo que soy un hecho artístico. Trato de no nombrarme. El nombrarnos cada vez nos queda más chico. Conociendo el movimiento militante travesti –Berkins de Alitt, las chicas del Teje de la mano de Marlene, las chicas de la ATTA (Asociación Travestis, Transsexuales, Transgéneros de la Argentina), de futuro transgénero– el nombrarse travesti, como yo también me titulo, tiene que ver con el espacio político necesario, de visibilidad. Pero creo que en el fondo lo que ellas buscan es dejar de nombrarnos y empezar a transitar todas las posibilidades de lo que somos. Susy es esa búsqueda.

— Susy entonces es una construcción a partir de...

— De Daniel primero. No siento que terminaré siendo una travesti las 24 hs, porque el varón que complementa a Susy me llena. Pero cuando nuestra sexualidad permite investigar, meterse en los recovecos, uno se entera de que se pueden vivir otras realidades, adquirir otras personalidades. Uno se autogestiona lo que uno es. Daniel imprime a Susy muchos conocimientos: desde la danza hasta el canto, pasando por la escritura. Desde el canto, Susy está recibiendo la impronta coplera, de las copleras del norte, donde Daniel anduvo recopilando versos, por la zona de Amaicha del Valle, en Tucumán. Todo tiene que ver, porque la pachamama es trans, es vida, da vida, es originaria, aunque la Iglesia trate de limitarla al rol de mujer virgen. Las coplas llevaron a Daniel a los agudos y Susy lo toma, porque como Daniel soy muy roquero para cantar tangos, muy tanguero para cantar rock, soy poco travesti para el travestismo... siempre me falta algo. Por eso aparece Susy, por esa posibilidad de probar desde mi otro yo. Al principio de las "Noches Bizaras", el personaje de Susy era el de una travesti, hacía chistes bien travestis... pero cuando empecé a profundizar en mí y empecé a juntarme con los movimientos travestis, fue mutando a un hecho político. Y el personaje dejó de serlo porque empezó a transitar zonas mías.

— Más que una construcción, es una deconstrucción...

— Totalmente. Susy Shock, por ejemplo, tiene mucho de Moria. Es el resultado de lo mejor y lo peor que tenemos como sociedad. Moria, una fascista declarada que trabaja de vedette, hace de monja perseguida por la iglesia y abre una playa nudista gay. Si deconstruís mal, terminas siendo tu propio clown y Moria es eso, naufraga en un medio poco exigente. Pero por suerte Susy aparece en un canal de ventilación, una resistencia a la estructura de medios copada por personajes derechosos.

— ¿Por qué crees que cuesta tanto esa deconstrucción?

— Creo que es por una cuestión de supervivencia. Lo que vive una travesti adolescente ahora no es lo mismo que vivió una hace treinta años. La pasaron muy mal. Esto me sirve a mí para entender los porqués de los miedos de ahora. Ahora creo que siempre fui trans.

Fui hetero, bi, gay... pero ahora me comprendo trans. Hay un futuro transgénico donde todos somos todo, eso es lo que se viene. Los hombres que tuvieron la oportunidad de vestirse de mujer y compartir la cama con un hombre hétero, podrán ver que muchas veces puertas adentro no sucede lo que la sociedad esperaría. Todo lo contrario: puertas adentro, ese hombre se anima a hacer lo que no hace con una mujer. Creo que tímidamente, clandestinamente, de a dos, estamos empezando a transitar ese futuro trans. Eso es el deseo, y viene antes que nosotros, se lo podrá reprimir, pero jamás frenar.

Daniel, desde que fuera obligado en la colimba a cebar mate a todos los uniformados que se le cruzaran en el camino, le tiene fobia a la mítica infusión: “Me revuelve el repugnante sentimiento de sumisión hacia un milico”, resume. Pero cuando se convierte en Susy, todo se olvida, y convida unos mates deliciosos.

— ¿Dónde comenzaron las “Noches Bizarras”?

— Antes estábamos en un local de Chacarita y lo cerramos una semana antes de Cromañón. Después abrimos acá, en medio de los talleres de autos y las casas de repuestos, un lugar ajeno a la vida y a la civilización. Acá podemos armar lío y evitamos la oleada de denuncias paranoicas que en ese momento la gente usaba para acabar con todo tipo de reunión, movimiento cultural o rejunte de personas con la excusa del peligro de incendio. Nos planteamos como mutual de artistas, para lograr la autogestión, porque creo que ése es el camino. El arte legitima a Susy. Susy se autogestiona.

— ¿El arte vendría a legitimar a Susy en todas sus facetas?

— El arte, al permitir la ambigüedad, abre interrogantes y cada uno los cierra como puede. No hay juicio de valor. Yo tengo una hija de 17 años, que estudia Bellas Artes y que sabe que existe Susy. Es más, me ayuda con la ropa, me dice “esto te queda bien, esto te queda mal”. Y tiene que ver con el modo de vida que elijo, por eso estoy conformando una familia de tres personas. Tres varones, una tri-pareja. Convivimos juntos desde hace cuatro años. Yo me coloco en un deseo, y eso trae aparejado una serie de situaciones frente a las cuales

uno tiene que elegir. Nos manejamos muy bien socialmente, nuestro círculo lo sabe, pagamos los impuestos... soy de una generación en la que las tribus también existían y servían para diferenciarse y para nombrarse. Desde ahí formé mi familia, desde el deseo, desde la coherencia con ese deseo. Mi deseo es deconstruirme, desarmar esas estructuras y ver con que me encuentre. Desarmar la estructura bota-cruz, por ejemplo, que nos limita a tener parejas de dos personas, heterosexual y con un control del culo y de todo lo que pasa por ahí.

— ¿Ese deseo es el deseo de ser libre?

— La libertad es un tránsito. La “norma” está llena de “normalitos” angustiados, eso te da la pauta de que algo no está funcionando. Basta sólo con salir a la calle: la cana viene en su rol pero busca pete gratis, sino una coima... creo que permitirse el deseo es la batalla contra el control. No somos un pueblo culturalmente revolucionario, hemos recibido palo y adoctrinamiento. La derecha está despertando –o quizás está pegando los manotazos de ahogada– y es un bochorno que eso pase en un gobierno como éste, que no rompe mucha estructura que digamos. Ni me quiero imaginar que sucedería en un gobierno realmente revolucionario como el de Evo. Somos una generación que está probando. Creo que el mundo debe volver a las ropas sueltas...

— Como en Criptón, el planeta de donde venía Superman...

— ¡Claro! Etéreos... somos lo que somos y nos relacionamos desde ahí. Nos veremos, nos tocaremos y siempre habrá alguien que responderá. Creo en la aceleración de este proceso y lo veo acá en las noches de show. Si venís podrás ver parejas con sus hijos mirando el espectáculo, los varones que vienen a este espacio asumen toda la historia, puedes ver una travesti, todos juntos, como tal vez debiera ser afuera.

TRAVESTIS EN PLATOS VOLADORES

El problema de la reubicación de la zona roja es de larga data, pero no pasó mucho desde que la resolución N°38 de 2007 declaró al Rosedal como “espacio no autorizado para la oferta y demanda de servicios sexuales”. La amenaza que las chicas travestis le hicieran en su momento a Telerman de tomar la plaza como espacio de trabajo hasta que se derogue la medida, fue el prelude de varias negociaciones entre ATTA (Asociación de Travestis y Transexuales de la Argentina) y el Gobierno de la Ciudad, con el apoyo de la FALGBT (Federación Argentina de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans). “Lo que las chicas vienen negociando –y nosotrxs acompañamos– son las condiciones del lugar donde puedan ejercer la prostitución de una forma segura e higiénica, con baños químicos, cestos de basura, mejoras en la iluminación y un sistema de seguridad propio, donde las intervenciones de la Policía Federal sean demandadas por ellas mismas si fuera necesario”, cuenta María Raschid, presidenta de la FALGBT. Carolina, de 18 años, vino de Jujuy, es travesti y vive en el Gondolín. Bellísima y

niña, se la puede ver parada con poca ropa en la plazoleta Florencio Sánchez –pegadita al exclusivo Lawn Tennis Club y al borde del lago de Regatas–, cerca del puesto de panchos. “Esta zona, por lo menos ésta que elegí yo, es tranquila y tiene algo de luz. Acá vienen los mismos que iban para el rosedal y también muchos mirones, parejas... gente que pasa y sigue de largo”, explica mientras un grupo de muchachos se sacan fotos con las chicas, que son una atracción con sus cuerpos *vedettísimos*.

¿Y la policía? Bien, gracias. Las fuerzas del orden que se encargaron eficientemente de sacarlas de la zona más cara de la ciudad, ahora patrullan la zona de vez en cuando.

“Acá muchas chicas están conformes, porque en El Rosedal estábamos siempre con la amenaza de ser echadas y sin tener donde ir” cuenta Zamira, de ATTA. “El problema más grande de esta zona –a la que nos trajeron para ocultarnos– es que está alejada de todo. Si llueve, por ejemplo, no tenemos dónde refugiarnos. Vamos a tener que meternos en el Lawn Tennis o en el Club Amigos, que de última están usurpando un espacio público que es de todos”, contesta Zamira, a quienes amenazan con echarlas también de este nuevo sector.

“En esta inmensidad hay tres baños públicos solamente y es todo mentira que hay mas iluminación y seguridad”, cuenta Mora, una *crossdresser* de 26 años que antes paraba en Agronomía –arreglada con la cana– y ahora trabaja en la nueva zona roja, donde tiene que cruzarse todo el bosque para ir al baño.

Políticas públicas y no “decoro” escondiendo realidades debajo de la alfombra; voluntad política para terminar con la exclusión de las chicas trans y no prostitución “puertas adentro” que propician desde el Gobierno de la Ciudad, que termina siendo el caldo de cultivo para el proxenetismo y la trata de personas.

Como siempre dice Lohana Berkins, “las travestis no venimos de travestilandia”, algo que tendría que aprender nuestro Jefe de Gobierno, Mauricio Macri, quien se hizo una pregunta ante los medios “¿Qué quieren, que los pongamos en un platillo volador que los lleve y los traiga?”.

La calle Lavalle nace a la altura del Dique 4 de Puerto Madero, punto neurálgico atestado de restaurantes de lujo que escurren su grasa sobre los caminos laderos al río y entregan, generosos, sus desperdicios cárnicos a los pobres que cartonean por la zona. Desde allí empieza su recorrido de este a oeste, paralelo a la calle Corrientes, peatonal hasta que se topa con la Avenida 9 de Julio.

Antiguamente caracterizada por una gran cantidad de salas cinematográficas monumentales que homenajearon a la época de oro del cine nacional, la calle Lavalle se jactaba de sus bares y restaurantes que permanecían abiertos toda la noche, en la ciudad que nunca duerme. Un lunes a la tarde por Lavalle la despoja de lo dorado: arrastra el cartoneo desde el bajo y lo restriega por el frente de los cines venidos a menos. El restaurante Acapulco, ladrillo visto, espejos y mesas con manteles limpios, linda con Shock Mart, la zapatería del 20% de descuento, Free Store, el negocio donde Puma, Tommy Hilfiger y Lacoste conviven pacíficamente bajo las reglas del neoliberalismo con

Alfis Jeans, Claun's y el Palacio de la Papa Frita. Cruzando la peatonal está el Ambassador Factory Outlet, donde uno puede entender en el acto dónde quedaron los cines de lujo: desde osos de peluche hasta tetas de relleno esperan expuestas obscenamente. Todo con todo, revuelto en canastos berretas. Justo en frente, la galería "Corrientes Angosta" tampoco parece reflejar el esplendor de antes. Con la mitad de sus negocios vacíos, ofrece sus primeros locales a una tómbola colorista y a una zapatería-marroquinería de medio pelo. Después sigue un local de internet: "boxes privados, alta velocidad", el multicine –cine porno escaleras abajo–, unos cuantos locales de numismática y filatelia, un negocio que vende cds y cassettes y otro que ofrece artículos de audio para el hogar. Una niña rubia mira los soldaditos de plomo de la vidriera de "Numismática Italia" y su hermanito se extasia mirando al bulldog echado en la puerta de la competencia, donde se puede ver "La razón de mi vida" junto a unas esculturas en yeso de la Madre Teresa, Borges, el Che y Juan Pablo II.

— ¡Pablo! ¡Pablo! Yo no te voy a estar mirando, te dejo aquí tirado eh!

Grita una mujer. Su niño vuelve a ella ante la amenaza. Las bocinas, el murmullo del gentío, el violín del muchacho frente al Burger y un timbre repetitivo que suena sin una razón aparente es el *soundtrack* que acompaña la vida de los que se manejan dentro de la "Corrientes angosta". Casi sobre Lavalle unas escaleras de granito con barandas de metal y vidrio conducen, hacia arriba, a las puertas del ciber y, hacia abajo, a la boletería del cine porno. Un señor de bigotes con cárdigan y malecón baja las escaleras. Suena el timbre. Sale un muchacho de pelo corto con gel y claritos. Baja un señor canoso de sesenta años: suena el timbre. Sale un muchacho de campera de gimnasia y zapatillas modernas. Un hombre cobra los quince pesos de la entrada, da vuelta y entrega el ticket sin mediar palabra. Puede adivinarse a través del vidrio espejado que tiene el pelo enrulado y que no pasa los 35 años. El trámite habilita la entrada. Suena el timbre. Escaleras. Es necesario bajar aún más. Una barra con unas cuantas botellas pero sin gente, fósil del entretenimiento lumpen antes llamado cine-bar, abre paso a un corredor. El pasillo es el acceso a las salas y al baño, ubicado al final de todo. El olor a sótano húmedo, fluidos corporales y humo de cigarrillos lo invade todo.

Las puertas de los microcines rechinan entre los jadeos de las películas y el timbre buchón que sigue anunciando la entrada de alguien nuevo que entra a las catacumbas de los Lumiere. Cada sala tiene un nombre o un número: la "sala Oscar Wilde" es la gay. Algunos entran y se quedan un rato mirando la película, otros buscan a su alrededor una mirada cómplice. Los que quieren pueden masturbarse en las butacas. Un muchacho de más de veinte, apurado, de pelo rubio tupido parece entrar de paso. Se mete en la Oscar Wilde, no le gusta la película e inmediatamente se pasa a una hétero. Unos segundos más tarde ya tiene a tres tipos a la vuelta, que lo siguieron pidiéndole que se deje tocar. El chico se niega, se cambia de lugar, una y otra vez y cuando se encuentra solo, saca su miembro y se masturba. El perseguidor que más insiste se queda con el premio: accede a tocar al visitante apurado y escupe el premio atrás de las butacas. Algunos de los *taxi boys* que circulan por las salas del cine porno pasan ahí dentro gran parte del día brindando sus servicios a los solitarios que buscan sexo. Otros pasan antes por el ciber de arriba, chatean, se levantan algún cliente y los citan en el cine, si es que no hay lugar privado dónde concretar. En tiempos de la privatización del circuito sexual el combo ciber-cine es muy conveniente. Cuando no hay mucha gente, algunos de los linyeras que viven adentro duermen en las butacas. Se recuestan sobre una fila de cinco de esos asientos y hay lugar para estirar las piernas y hasta para poner un bolso que sirva de apoya-cabezas. Si no engancharon algún cliente para poder entrar al cine, algunos chicos se tiran en el descanso de la escalera de afuera, sin que el piso de mosaicos y la correntada de aire que circula por la galería los intimide. En unas de las primeras visitas conocí un cordobés, que cada día se llamaba diferente. De veintidós años, era alto, morocho, de hombros y brazos rebosantes, hinchados del trabajo que le daban sus muletas. Un tren, una puerta que faltaba y un desbande de pasajeros colgados lo dejaron sin pierna izquierda. Aun así, el muchacho de ojos grandes como los de un ciervo asustado se las ingeniaba para tener sus clientes fijos que le permitían sobrevivir. Una mirada bastaba para que el señor canoso se lo llevara al taxi con muletas y todo para las butacas del fondo. Ahí el cliente espera, acariciándole la panza marcada por el

esfuerzo y la genética chonga, a que el muchacho dejara sus patas auxiliares al costado y se abriera el cinturón para dejar que el señor de gris, el señor que paga, le tocara la entrepierna y se cobrase los quince pesos de inversión. Gracias al encargado, el cordobés podía dejar su bolso con unas cuantas cosas en el guardarropa mientras trabajaba o cuando necesitaba salir un rato a la calle, a la atestada Lavalle. El cordobés y Ramón, el encargado, charlan de vez en cuando y hasta festejaron juntos su cumpleaños veintidós, con torta incluida. Ramón putea a los que fuman fuera de unos límites que nadie sabe dónde están y que varían según su estado de ánimo, barre la mugre que se acumula en los pasillos y limpia los boxes de las salas, donde los visitantes tienen sexo sin ver con quién. Curiosos calentones escapados en horario de almuerzo, pajeros, taxi boys, linyeras, travestis y un elenco estable de algunos señores de más de 60 años usan y abusan de esos espacios minúsculos que huelen a orina, forros usados y humedad. En la pantalla del microcine 3 un grupo mixto de chicos de Europa del este se penetra entre sí con música de flauta travesa de fondo. En la pantalla del microcine 2 hay cuatro mujeres bellísimas, híper maquilladas, producidas con glow y purpurina. Sus dotes masculinas excitan a los espectadores.

El micro cine 4 tiene películas hétero, y casino hay nadie; sólo un trasnochado que se acomodó en el sillón pegado al cenicero y duerme. Las risotadas de dos chicas se escuchan alegres en el pasillo. Están frente al espejo e intercambian secretos de belleza. — Y las chicas... ¿hay algún macho lindo? La pregunta resuena en el rincón de los mongitorios amarillentos.

— Acá no vas a encontrar al príncipe azul, tesoro. Las chicas, mientras esperan un médico que les recete hormonas, hacen cross. Hasta hace no mucho tiempo eran taxi boys. Ahora, vestidas de chicas, bajan al cine buscando clientes que no requieren los servicios de otros hombres. Trabajan generalmente en las salas hétero o bisexual donde el sexo oral es lo que más piden los visitantes. El forro brilla por su ausencia y el trabajo cada vez reeditúa menos.

— ¿Quién va a pagar si hay varias locas que están esperando para chuparla gratis y a pelo? Reniegan.

Martín y el cordobés se ganan la vida igual. A Martín todavía le salen granitos púberes en la cara. Su torso no tiene marcas, su piel es tan clara y suave como la de un niño. En mis últimas visitas al cine, el cordobés había desaparecido. Martín, por celo profesional, se negaba a contestar mis preguntas. Sólo pude sacarle unas cuantas fotos, entre servicio y servicio y con el ordenanza al acecho.

— Ramón, ¿sabe dónde puedo encontrar al cordobés?, el taxi boy sin pierna...

— No, no conozco a ningún taxi sin pierna.

ABDUCIDX Y ABANDONADX

De vuelta del viaje a Mar del Plata reconocí finalmente que antes de irme de vacaciones a las sierras prefiero que las olas del mar me golpeen inescrupulosas en las cachas y me revuelquen por la arena. En la pelopincho soñaba con ese momento, ese instante en que me levanto y me subo la sunga y el timbre me trajo de nuevo a la realidad. Es Andy, de ojotas y con dos cervezas heladas. Ni siquiera terminó de preguntarme si quería viajar a avistar ovnis al Uritorco, y yo ya estaba en la puerta del auto preparadx con el equipo de mate, la linterna, el largavistas –el que la tía Enriqueta lleva al Colón– y una muda de ropa en la mano. Nunca perdí las esperanzas de que algún día, un ser del espacio quiera abducirme y llevarme a vivir en otra galaxia, y mejor si es del tipo de los que se encontró Adamski, venusianxs de una belleza indescriptible. Dejé una nota sobre la mesa y, como Thelma y Louise, empezamos una alocada carrera para ver platos voladores.

El viaje en auto al centro del país fue cansador, con paradas en las estaciones de servicio, mucho camionero chongo de ojotas, termo en

mano y las infaltables paradas intermedias en ciudades como Villa General Belgrano. Llegamos y nos sentimos expulsados por las águilas bávaras que nos seguían por todos lados con sus miradas inquisidoras y la memorabilia filonazi de las vidrieras ¿Nos mirarán porque en ningún momento me despegué del brazo de mi amorcito, usé todo el tiempo un short muy corto, una musculosa superescotada y mis *ray ban* retros tan Jackie O? Entre cambiarnos de ropa y seguir viaje, preferimos ir a un destino un poco más descontracturado.

San Marcos Sierra nos recibió con una horda refrescante de chixs hippies muy sexys y despreocupadxs que se refrescaban en el río Quilpo, un arroyo cristalino revuelto por la crecida. Ahí conocimos a María Beatriz –40 años, menudita y de gorro de paja rojo– que se dedica a alquilar cabañas. Nos dio la doble matrimonial sin chistar, se guardó la platita en el corpiño y ahí nomás nos recomendó buenos lugares para comer. “Ah, y no dejen de ir a la feria artesanal”, exclamó sin mirarnos, mientras sacaba la plata para contarla de nuevo.

Ya en el viaje a Capilla del Monte me preparé para el encuentro interestelar. Puse un CD de los B’52’s y empecé a tararear las canciones ochentosas con mensaje intergaláctico en la ruta “Quiero ser el capitán de la Enterprise, quiero ser el rey de los Zulúes, conozcámonos y tengamos un bebé ahora...” cantan Kate y Cindy. Un cactus por aquí, una lagartija por allá, nubes alocadas y montañas rocosas... hasta que la vi... la majestuosa montaña... el cerro más energético de todos, el vortex, centro de poder. Después de la terrible experiencia de unas cuantas horas en un hostel atendido por dos bombonxs fumadxs que nos ofrecieron como habitación una cúpula de cristal en un altillo con vista al cerro y toda la bola al que el sol implacable convertía en un invernadero. Deshidratados y desencantados encontramos al remanso, al paraíso: hectáreas y hectáreas de jardines, pileta, un laberinto tipo Jericó y un mirador de rocas con morteros hechos por los comechingones, todo con vista exclusiva al Uritorco. Si no hago contacto con todo esto me dedico a coleccionar enanos de jardín, pensé. Noches en vela, lecturas alusivas, litros de mate y los minutos pasaban pesados como gotas de miel... y nada: los platos voladores no vinieron a buscarme.

La vuelta a casa, triste y frustrada, me obligó a organizar las fotos durante las largas y aburridas horas de viaje. Zoom. ¿Qué es esto? ¡Andy! ¡Los ovnis estuvieron todo el tiempo con nosotros! ¡Mira las fotos! Su cabeza no se movió ni un centímetro para ver esos manchones inexplicables que plagaban los cielos. "...Platos voladores pueden aterrizar: y eso no le importa a mi hombre. Puedo subir, agradecerle a Dios y dejar esta maldita ciudad en segundos, revisar mi equipaje para no volver jamás..." son los B'52s, que siguen cantando...

LOBO HOMBRE EN BUENOS AIRES

“Oye chicx, tienes que armonizar tu espíritu con tu parte terrenal. Hoy es el primer día luna llena, ve a los bosques y busca allí una fogata. Los tambores te darán lo que buscas”, balbuceó en lenguas casi ininteligibles la dama de pañuelo en la cabeza y bola de cristal. Me quedé largo tiempo pensando en lo que la bruja del barrio me vaticinó. ¿Bosques? ¿Serán los de Palermo?, me dije a mi mismx y ahí nomás me tomé el 93 que me llevaría al sector más agreste de la ciudad. Crucé Plaza Italia, pasé por el zoológico y el olor a tigre y boa ya me iban preparando para la comunión con la naturaleza. La luna vigilaba entre las araucarias, rodeada de un halo de luz con los colores del arco iris y de a poco los tambores se hacían sentir en mis partes bajas, como imanes irrefrenables que me conducían a la libertad del cuerpo y de la mente. Una fogata enorme ardía cerca del lago, eran las diez de la noche y los mosquitos de las predicciones catastróficas de TN brillaban por su ausencia. En lugar del miedo y de los alertas meteorológicos había gente divirtiéndose, ofrendando danzas y compartien-

do libaciones, roces de cuerpos calientes y miradas paganas. La improvisada salamanca urbana brillaba entre llamaradas de oro, aullaba como una jauría de lobos e invitaba a los presentes a despojarse de las ataduras, prejuicios y pretensiones. Los tambores fueron creciendo en número e intensidad y pronto otros instrumentos se sumaron al mantra extático que nos iba sumiendo a los presentes en un estado catatónico. *Ayayayayaayyyy* se escuchaba en boca de los morrudos muchachos engalanados con rastas y sudorosos tatuajes y las chicas mostraban sus dientes perlados al Huallallo Carhuanchu, dios del fuego y se regalaban entre ellas las picaronas caídas de ojo. Un atlético moreno danzaba, primitivo, dando gritos y zapateos descalzos en la tierra polvorosa, y me sonrojé al darme cuenta de que me miraba con salvaje urgencia. Asustadx y medio descolocadx por las sorpresas ofrecidas por ese no-lugar citadino, me levanté y me oculté entre los matorrales. El lobizón y una lobizona curiosa me siguieron a hurtadillas y cuando los vi ya era demasiado tarde; les tiré con una alpargata –el único antídoto para estos licántropos– pero fue inútil: por detrás me tomaron y por delante me elevaron, agarróme de las cachas el uno y de los hombros la otra y me descuartizaron de placer mientras yo me sujetaba como podía del meteorito santiagueño que engalana las cercanías del planetario. Vi las estrellas, aullé como lobx y me estremecí por los tambores y el tole tole. Ya abandonada por el deseo y obligada por la sed me rendí ante la rubia cerveza que pasaba de mano en mano en una enorme palangana comunitaria. Así refresqué los calores bajos y me predispose a que todxs lxs lobizonxs que quieran puedan descargar sus pasiones en mi ahora relajado –y regalado– cuerpecito. Me desperté en mi cama, un café con leche helado que la tía Enriqueta me había traído a la cama me esperaba en la mesa de luz. Dormí como un tronco y me desperté etérex, libre, como si toda la fauna autóctona del impenetrable se hubiera apareado conmigo. ¿Fue así? ¿O sólo estuve inmersx en un vívido sueño? Lo que importa es el sentimiento y el pedazo de roca metálica que atesoré, calentito y fulgurante, en mi mano cerrada.

— ¿Cómo fue tu niñez?

— Nací en La Banda, Santiago del Estero. Hija de ganaderos y matarifes de origen árabe con muchísimo dinero, de clase alta súper alta. Mi abuelo era de Alejandría y mi abuela marroquí. Al tema de mi sexualidad si es eso lo que me preguntás, no sé cómo se lo tomaron. Me importó tres carajos si lo tomaron o no lo tomaron. A mí que no me jodan. Así nomás. Ante todo el respeto y eso se gana ubicándose primero. Cuando voy al programa de Chiche Gelblung, por ejemplo él, que es un “Señor-”, me respeta no sólo por el afecto de tanto tiempo que nos conocemos y porque soy una invitada que le rindo, sino también porque yo se cómo plantarme. Me encantan los programas en vivo...

Cuando mis padres se separaron yo me vine para Buenos Aires y no volví nunca más. Yo supero las etapas, las cosas feas de la vida si las recordás la sufrís dos veces, pero como me lo preguntás te contesto. Cuando me vine para acá trabajé lavando copas, pelando papas... al dinero se lo quedó mi padre con sus abogados tráfugas que deshe-

redaron a mi madre. Simple. Eso fue a mis 12. A mis 15 me vine y no podía trabajar sin autorización de mi padre. Me tomaron igual. Llegué a Retiro a las 2 de la tarde, me metí en un hotel pulguiento, yo llevaba una valija de cartón, fijate vos y a las 5 de la mañana agarré el diario. A las 6 ya estaba trabajando de lavacopas en un bar. Eso si: la premisa era lavar copas el primer mes y después chau.

Quedé fascinada con las luces de la ciudad. A mis 17 fui al Maipo, pasé casualmente por la puerta. Vi el horario y fui un domingo en el horario del vermut a ver la revista "Las Wiffanas" con Juanita Martínez, Pérez Prado, Marrone, Mareco... me fascinó. Dije en el acto: ay pero estas mariquitas no bailan tan bien... claro, yo ya era viva, siempre tuve el ritmo en el cuerpo. Ya venía ganando los concursos de rock & roll, mambo, cha cha cha, rumba, chacarera, escondido, samba... todo en Santiago del Estero. Siempre tuve elegancia y porte al bailar. Actitud y aptitud.

— ¿Cuándo empezaste a travestirte?

— Yo no pensaba en travestirme. Un 21 de septiembre las locas y algunas machas no tan machas de la compañía decidimos disfrazarnos. Yo agarré y me puse unas medias caladas, un turbante y le dije a un secretario de La Lobato: decile que me preste una estola de plumas. Me la puse y salí caminando del camarín. No me reconocieron. Stray preguntó ¿quién es esa potra que pasó ahí? Esa fue mi prueba de fuego, cuando me mire al espejo me quería morir. Estupenda... fue un flash, como todo en mi vida *—la señora se arregla el pelo y desmenuza quirúrgicamente un pedazo de tostado mixto*. Es mi estilo de vida. No busco las cosas, las cosas me buscan a mí. Eso lo aprendí sola, como todo lo que hago. Un día que estaba haciendo mi página web me puse a pensar a quien agradecer. No se me ocurrió nadie. Voilá.

— ¿Cuándo nace Vanessa Show con nombre y apellido?

— Al nombre Vanessa me lo puso Ever Lobato. Al Show me lo pusieron cuando bailaba en "Can Can", en la calle Seaber, donde es la recova ahora, una especie de cul de sac y bajabas la escalera por Posadas. Cuando me vio un periodista de Crónica me dijo: "¡Ah pero vos sos todo un show!". Y ahí quedó. Cuando yo trabajaba en el teatro Corrientes en "Las gatas calientes en el tejado del Corrientes", hacía un

número de gatos en el tejado con una chica y tenía un antifaz. En esa época salía la revista "Así" y salió una nota sobre mí que Héctor Ricardo García tituló "El señor Vedette".

— ¿Cómo era ser travesti en épocas pasadas de dictaduras y represiones?

— Y, difícil *–la señora contesta mientras se lleva la uña del pulgar a la boca y piensa–* pero a mí no me importó nada. No me tembló el pulso... nada. Fue todo así: ¡taka! Ningún problema. Es más, yo estaba con La Lobato en el segundo año con ella, que recién había llegado de París. Hicimos "Corrientes esquina Champs Elyseés" y "¿Pourquoi pas?". Durante esos 24 meses hice cine, teatro, televisión y giras bajo la batuta de Eber Lobato, marido de Nélide *–la señora toma un café ligero, con leche tibia, sin espuma y con sacarina, en jarrito.* Yo terminaba de hacer una revista que se llamaba "La vedette son ellos", en la época de oro del Café Concert y en lugares como Hidrógeno los primeros que venían a verme eran de la policía. Uno de ellos *–que después me enteré de que era comisario–* le preguntó al dueño quién era la vedette, cuál era el chico vestido de mujer. Yo estaba en el escenario en ese momento, y el dueño se lo dijo. ¡Pero es una mujer esa chica! Y me hizo llamar cuando terminé. El espectáculo es maravilloso, acá no se toca más, no se los molesta más, ordenó.

Igual si entraban por las malas yo les iba a hacer un escándalo eh, no te creas. En esa época se pensaba que si la cana te caía una vez la gente no volvía. Mentira. La gente hacía cola igual para los espectáculos de revista. El problema fue cuando me volví de Italia en los setenta y vuelvo a trabajar en Hidrógeno. Ahí la "Triple A" me empieza a caer y a decirme que yo era terrorista sexual. Cuando me dijeron eso yo les dije listo, si no puedo trabajar déme la pistola que empiezo a robar. Voilá. También cuando hacíamos "La revista del tercer sexo" *–la primer compañía íntegramente hecha por travestis en Teatrón, Pueyrredón y Santa Fe–* imagínate, el camión de culata venía. Todos adentro. Pero a mí la persecución me resbalaba, me importaba poco. De hecho hasta llegué a tener un par de *affairs* con policías... pero no ahondo.

— ¿Cómo sobrellevabas el tema del nombre propio en esas épocas? Antes no se hablaba de este tema, gran generador de discriminación...

— Nada. Siempre digo que el color de piel es el segundo pasaporte en Europa. Antes y ahora, siempre fueron iguales. Si te ven de piel oscura o con rasgos demasiado árabes te paran. Ese es el resultado de tanta colonización en África y Asia, que cuando se les quieren meter los colonizados se vuelven locos. No les gusta. Aparte yo tenía mi carta de residencia. Mi abogado me dijo: “Usted no diga nada. Meta la carta de residencia dentro del pasaporte. No hay pregunta alguna. Si tiene problemas que hablen conmigo”. Tengo tres pasaportes llenos de permisos para trabajar.

— ¿Te gusta la política?

— Soy recontra peronista. Adoro a Cristina, detesto a la Carrió, que la criticó a la Presidenta porque de la cena con los reyes de España se embarró en Tartagal y dijo “del ridículo no se vuelve”. Mira quien habla, ella que andaba con la cruz de palo, las tetas hasta la rodilla y cinco dedos de raíces negras en la cabeza. ¿Eso no es ser ridícula? Yo creo que los argentinos estamos acostumbrados a las crisis, tenemos que tomarlo de la mejor manera y vamos a salir adelante como siempre. Lo que pasa es que la gente no se acuerda que hasta hace unos años, había diecisiete monedas en el país, la gente se olvida. La oposición que tenemos se amontona como estiércol de cojudo, amontonados al pedo. Critican pero no tiran una buena. Poné por favor en la nota que la Carrió se cree Marilyn y es Piggy la chancha de los Muppets. Voilá.

— ¿Te gusta el lujo, vivir bien?

— Para Vanessa sí, se merece lo mejor. Voilá, acá te hablo en tercera persona. Por puntual, talentosa, creativa... por el buen gusto que tiene. Vanessa tiene un lema: si hay que comprar, hay que comprar lo mejor. Que no siempre es lo más caro. Vanessa sabe. Tiene mundo, tiene códigos, sabe lo que es un escenario, lo que es un diseño, sabe lo que es un vestuario, lo que es una pluma, un glamour... el glamour es lo que una foto te transmite. Ubicar una pluma en un tocado, una mirada, eso es el glamour. Siempre fui ambiciosa pero con límites, no quiero ser la más rica del cementerio. Quiero tranquilidad. Sobre eso lo sabe todo, de la A a la Z, el abecedario le queda chico a Vanessa.

— ¿Te salvó la belleza en medio de tanta segregación?

— No me di cuenta. Sabía que tenía buen cuerpo... como en esa época no tenía senos ni nada... Mirá te digo algo: yo a todo lo que hice lo hice sin culpas. Ah, y no acepto consejos de nadie, eh...—*el dedo índice de la señora se mueve como un limpiaparabrisas*— a mi no me va esa gente que te ve divina y te viene a aconsejar. Yo les pregunto ¿por qué no viniste antes cuando necesitaba el consejo? Es verdad lo que dice la señora Mirtha Legrand, que estuve con ella el 10 de octubre (2008): “Como te ven te tratan, y si te ven mal, te maltratan”. Las productoras que andaban por el estudio me decían: “se te ve a vos nomás y a ella”. Y Claro, yo tenía puesto un jaqué negro y una gran estola de plumas color esmeralda. Pero boa, boa eh!

— ¿De quién o dónde mamaste tus gustos estéticos y artísticos?

— De nadie. Artista se nace, mi amor. Siempre bailé bien y en seguida trabajé al lado de las mejores: Nélide Roca, Nélide Lobato, Susana Brunetti, Ámbar La Fox, Jovita Luna, Thelma Tixou... la muchacha del torso de oro... el mejor torso que tuvo la revista. Tenía la cinturita así —*la señora, exagerada, crea con sus uñas una circunferencia idéntica a la del jarrito de café*. Juanita Martínez de cintura tenía 52cm y fue mi gran amiga, igual que Isabel Sarli... ahora, para su nueva película “Nueve días de gloria”, le hice unos detalles de plumas, que nadie los hace como yo. Nadie. Mira lo que son las cosas de la vida... yo debuté a mis 18 años en el Maipo y ahora cumple 100 años y yo hago las plumas para el final... Para mí es una satisfacción.

— ¿Cómo fue tu vida en París?

— Yo vivía a cinco minutos del arco del triunfo. De día andaba en bicicleta por Champs Elysées pero también tenía muchísima vida nocturna. Viajé a otros países, me enamoré de Alemania. Trabajé en las tres Suizas, en Luxemburgo... aprendí todos los idiomas sola. Tengo buen oído y una visión... si veo a alguien caminar ya se si sirve o no sirve para el show. En las audiciones y pruebas las hago caminar y me doy cuenta. Culo y teta me tienen harta: ya fueron, yo necesito artistas. De hecho todas “estas” de ahora están desencantando, todas se creen que son La Lobato y no pasarían ni por la puerta de lo que era El Nacional o del Maipo en mi época. Antes no existía la cirugía. La Sarli lo dijo: si no tenías... perdías. Yo la conocí cuando me la presentó

Juanita Martínez y hasta el día de hoy somos amigas. Yo viví en Francia en plena época de Francois Mitterrand y me encanta él... un socialista que hizo cosas maravillosas por su país. Yo conocí a su sobrino, Frederique Mitterrand. En los ochenta yo actuaba en Le Carroussel, donde iba toda la bohemia parisina, podías verlo a Serge Luna, Thelma Tixou tomándose un whisky con un cigarrillo en la mano, a Benny Hill, que me ofreció trabajar con él en Londres y no pude ir porque tenía que poner a mi perro salchicha en cuarentena. Son decisiones que uno toma, elecciones. También como soy perrera en una reunión sobre derechos de los animales conocí a Brigitte Bardot, la saludé y después me enteré que se hizo homofóbica. Claro ya de vieja se juntó con Le Pen y se hizo de derecha.

— ¿Sos solitaria?

— Si, me encanta estar con mi perra Tutú y mi gatito Minu, un gato amarillo tipo Garfield.

— ¿Qué tipo de hombre te gusta?

— Un albañil. A todas nos gustan así... vos pensabas que te iba a decir Brad Pitt o un empresario, ¡por favor! No me interesa un carajo. ¡Que los empresarios produzcan y le paguen al albañil para que venga a mi casa! —*la señora se ríe y toma, soberbia, un vaso de agua.* Ahora los chongos no son como los de antes. Andan con claritos en el pelo, se liman las uñas... eso del metrosexual es un puto que tiene la solicitud en el bolsillo. No me interesa para nada alguien que se mire al espejo más que yo. Nunca andaría con alguien que se maquilla. De hecho nunca tuve parejas del ambiente ni tampoco relaciones largas. El que más duró fue un francés que lo hice cornudo hasta las pelotas, de apellido Duplessy, descendiente de Marguerite Gautier. Claro justo coincidió con mis viajes a Berlín, donde conocí gente maravillosa. Estaba enamoradísimo de mi... era lindo... me besaba en los ojos.

EL JUNCO QUE HABLA

Oggi recibió al cronista en la peluquería. Inimputable, divo, profesional mediático si los hay. Los lunes se los pasa todo el día arreglando sus extensiones y aprovecha para dar entrevistas. Oggi es noventas, es dólar, es Miami, es DKNY, es cirugías estéticas... es ¡Menem! Cultor de un lenguaje plagado de latiguillos y titulares para la prensa del corazón, Junco repite conceptos y sentencias que se hacen carne en el imaginario pop. Ya de entrada preferí entregarle el grabador: "Yo que soy tan oral... necesito llevarme algo a la boca continuamente", se excusa.

— ¿Si tuvieras que titularte, cómo te gustaría que te dijeran?

— ¿Sos tortillera que me das vueltas la pregunta?

— Perdón, va de nuevo... lo que te pregunté *off the record* es si te consideras el "Gran Puto Argentino", como el diario...

— Soy el único puto argentino, el único, *-el dueño del bar se acerca y nos regala cerveza. ¿Viste? A mi todos los hombres me quieren levantar. Todos. Esto que acabamos de ver fue un levante tapado...*

dibujado... disimulado... después voy al bar, me hago la boluda y manoteo. Así me pasa cuando voy a bailar con mis amigas: termino levantando yo.

— ¿Quiénes son tus amigas?

— De toda la vida Moria Casán, Graciela Borges, Nacha Guevara, Jessica Cirio, Natacha Jaïtt... con Nacha debuté en ATC en el '94 "Me gusta ser Mujer". ¡Pero a mi no me gusta ser mujer eh! También conduje programas de música. Durante veinte años trabajé de RRPP. Traje a Bibi Andersen, de quien sigo siendo muy amigo, trabajé con Dani Mañas, que invitaba a estrellas internacionales: Joan Collins, Sonia Braga... también trabajé con Charly Grilli en Caix, y trajimos a Jacqueline Bisset... nos habíamos cansado de las estrellas de acá. Conocí a Grilli en mis 17 años, así que imaginate fui una niña precoz, un puto precoz.

— ¿Cómo definís a tus amigas?

— Tienen que ser puto. Mujeres puto, mujeres hombre. A mí la mina histérica "ay traeme el saquito que tengo frío" o "abríme la puerta" eso no, para eso estoy yo. Que me abran la puerta a mí. *Outlet* para todas las frías. Disfrutemos del gran macho argentino, no te olvides que el tajo atrae, llama... después bueno, no puedo decir más. Te dejé muda.

— Claro, sos chonguera... te gustan los chicos hétero...

— Soy homofóbica prácticamente. Tengo pocos amigos gays: todos putos grandes muy top. Mi única amiga trans es Bibi, la actriz mimada de Almodóvar. No curto muchos lugares gay. Creo que el gay se autodiscrimina. Yo creo que vivimos en una sociedad, formamos parte de ella, somos seres humanos. Si no te gusta como soy, como me visto, cómo me maquillo andate vos, yo no me voy a ir del lugar. Nunca lo viví como un problema. Ahora, soy consciente de que esta exposición mediática mía —*un camión de Mudanzas Stella, lleno de chongos paró, uno de los chicos se bajó y le entregó un número de teléfono*— como lo que pasó recién me pasa con todos, los repartidores de leche, soda... me siento Evita, que volvió y fue millones conmigo.

— Según tu teoría todos los machos sucumben ante la tentación del sexo gay o en esa especie de paseo breve por la homosexualidad...

— Mira conmigo sí. Y a veces no tan breve. No se si soy la excepción, pero conmigo caen todos. Igual yo no los levanto, ellos vienen.

Yo seduzco hasta comiendo una aceituna, no es una postura, es parte de mi naturaleza. Hay veces en que alguno me calienta mucho y le digo: Macho, *what pass*, a dónde vamos ahora? Y siempre me dicen que si. A pesar de que soy imponente y meto miedo, vienen y me avanzan, doy lugar para eso.

— ¿Qué les atrae de vos?

— A los hétero creo que les gusta que yo soy tal cual: llamo la atención, no me rescato de nada. Me tomás o no, me querés o no me querés. El problema es del otro. Yo cero trauma, cero tabú. No es que voy a comerme al chico que me pone el cable en casa, aunque no lo creas soy muy pudorosa y muy respetuosa. Respetuosa sobre todo. Las mujeres/hombre como soy yo –me considero mujer, hombre, perro, planta, aparato, travesti, gay, milanese de soja (porque no soy ni de carne ni de pollo)– tenemos como una coraza de luchadoras de la vida y nos importa todo pero no las giladas. Si viene un obrero a ponerme el cable, no me cabe levantármelo. El empleado viene a trabajar. A mí me gustan los empresarios. Adoro al “hombre”, que por más feo que sea, siempre le encuentro la gracia. Me gusta la testosterona varonil.

— Este es el país botinero por excelencia... ¿estuviste con futbolistas?

— Estuve con todo lo que te puedas imaginar, lo que puedas crear en tu cabeza. Estuve con muchas personalidades nacionales e internacionales. Los futbolistas son muy graciosos... primero que se comen todas las “s”. Adoro que se coman las “s” pero siempre y cuando sean futbolistas y que tengan millones en el banco y que me compren una cartera Gucci. Ahora, si se comen las “s” y no tienen ni para un sán-guche, saliendo... Son divertidos los futbolistas, pero van directo a la penetración. Ah, también tienen eyaculación precoz, por lo menos los dos o tres que estuve.

— ¿Y cómo llegan a vos?

— Consiguieron mi número y me llamaron por teléfono. Eran hiper primera A. Me mandaron a un chofer o a un amigo, se abre una botella de Dom Perignon, burbujas van, burbujas vienen... cachét va... cachét viene... siempre tiene que haber un regalito. Adoro los regalos, sobre todo de Tiffany’s.

— ¿Y quién fue tu mejor experiencia entre los famosos?

— Con un mediático. No era ni deportista, ni cocinero, aunque hacía que cocinaba, ni actor.

— ¿No me vas a decir que Nino Dolce –con quien las revistas del corazón lo vincularon en las últimas semanas– es el que mejor te hizo el amor?

— Con Nino Dolce fuimos nada más que amigos. Fuimos compañeros de trabajo, mi partenaire en la obra “Picantes”. Sólo fuimos buenos compañeros. La diva sabe reconocer dónde está el buen asado.

— ¿Es o no la primera vez que se explicita un romance entre un hombre hétero y un gay y que se genere tanto revuelo mediático?

— Conmigo siempre va a haber una primera vez de todo. No solo eso: en el music hall que hicimos en Mar del Plata en un momento el señor Dolce me da un beso en la mano. Yo *lookeada* como vedette con conchero y sin tetas, muy andrógino. Ahora se matan por conseguir las fotos. Yo lo elegí a él porque sabía que la pareja iba a vender: un gran puto con un gran chongo.

— ¿Tenés mucho apetito sexual?

— Soy insaciable. Aparte tengo una adicción oral, necesito siempre llevarme algo a la boca. Le hago un culto a la pija, soy muy petera. Me llaman por teléfono. Lo tienen varios chongos y se lo pasan. Soy muy open, me invitan a bailar y termino con dos o tres en la cama. En casa nunca, obviamente, porque vivo con mi mamá. Hay un respeto enorme. Ahora nos llevamos mejor, en un momento nos matábamos. Siempre fuimos amigos, mas que madre e hijo. Nos pintábamos los ojos juntas a los 11 años. A los 14 le dije que era gay y ni se mosqueó. Me dijo que se lo contara a papá. No recuerdo más, no retengo cómo se lo tomó. Ya te lo dije y te lo repito: el problema *siemmmmpre* es de los demás y yo no compro problemas ajenos. No sé si lo superó al día de hoy, con eso te digo todo.

— ¿Cómo fue tu primera vez?

— Fue con alguien del colegio de curas irlandeses al que yo iba, pero mucho no recuerdo. Hasta los 13 fui al Sagrado Corazón de Jesús y después fui al Edmundo Rice. Doble turno comiéndome compañeritos, profesores y curas. No sigo, ¿querés que vengan a buscarme del Vaticano? Basta! Pero lo que me marcó fue mi profesor de gimnasia

del secundario, que había alguna tensión ahí... hubo unos besos... viste que siempre hay un pedófilo dando vueltas por ahí. Pero me acuerdo que me re enamoré. Ay me estás haciendo recordar cosas, esto es como una cura de sueño!

— ¿Has tenido malas experiencias, rechazo, discriminación por ser Oggi Junco?

— Desconozco completamente. Nunca vi alguien que me rechace. Te lo juro por Christian Dior que nunca me pasó. Vos viste recién cómo la gente de todas las clases sociales, empresarios, verduleros, camioneros, me dicen diva, diosa, me gritan cosas lindas. Y eso que por mi perfil me pueden gritar absolutamente cualquier cosa, pero no sucede. Me apoyan en todo el sentido de la palabra apoyo. Casi ni me di cuenta en mi carrera de los desaires. Ayer estaba en las torres brutales de Ruggeri en Palermo con un amigo maravilloso y me preguntó si tenía sueños por cumplir. Le contesté que los tuve todos. Me frecuenté con el entorno estelar de la argentina, internacional... cumplí todos mis sueños. Es extraño porque me pregunto... ¿ahora qué? Soy el único puto que ha cruzado la cordillera y soy famoso en Chile, Paraguay... ahora estoy por sacar un CD. "Amor prohibido", "No te banco más" y "Si yo abriera la boca", son algunos de los títulos que estoy pensando...

— Bueno, hablando de Chile, corrió un rumor de que te deportaron...

— Ayyy ahí hubo un puto malo. Muy malo. Un productor no asumido, porque en Chile los pocos putos que hay usan bigotes, son muy a la antigua y hay un solo boliche gay en Santiago donde van dos putos. Entonces yo iba con mis pareos de Versace para todos lados. Un día yo estaba en una gala sentado con Cecilia Bolocco y me mandó a que cubriera la entrada de la fiesta como notero. No es que me desprestigie, no me desprestigia nada. Si lo hubiera pautado desde acá lo hubiera hecho, pero no fue así. Ahí te respondí la pregunta anterior: si me odia alguien, es un puto. A ellos les encantaría ser como yo pero los prejuicios, los tabúes y las limitaciones impuestas por la sociedad o auto impuestas les impiden serlo. No me odiaba a mí, se odiaba a él mismo, diría yo. Putos famosos como yo en Latinoamérica hay muy pocos... acá soy el único... por ahí en Estados Unidos, Europa si.

— Ser chonguera y viciosa tiene sus riesgos... ¿cómo te defendés ante la agresión de un macho cabrío?

— Los cago a trompadas. Mirá a uno le prendí fuego, a otro le clavé un cuchillo tramontina y terminó en el Fernández. ¿Qué más querés que te cuente? Soy hiperceloso, super posesivo. El tema chongos es tan natural, casual, bial (ni bien ni mal). El puto tiene la hipersensibilidad de saber a quién mete en su casa. Yo cero miedo a eso.

— ¿Te sentís inseguro? ¿O no le haces caso al manejo mediático del miedo?

— Yo no le tengo miedo a nada. No me pasa nada. Es mas, los chongos me cuidan, los chorros me cuidan, los *dealers* también... es una cuestión de actitud. Yo puedo estar en Recoleta y en el Bajo Flores y no pasa nada. Tuve dos asaltos hace unos años pero no eran chorros de verdad, eran pungas, lo tomo como que esas cosas materiales se tenían que ir. Recuerdo que me terminé comprando 7 veces más cosas de las que me robaron. No tengo miedo.

— ¿En qué década fuiste más feliz?

— En los ochenta... pero seguimos en un ratito porque me tienen que lavar la cabeza. No viví mucho los ochenta, pero en el 86, a mis 16 años reinauguré "New Experiment", en Carlos Pellegrini y Santa Fé. Yo era menor de edad y ya organizaba las fiestas temáticas como "la noche de las gafas negras". Charly Grilli y yo las usamos siempre de noche, emulando a Andy Warhol y a la Minujín y después empezaron a usarlas Susana Giménez, Moria... empezaron a usarlas como sinónimo de divismo. En los noventa marqué la década: hacía fiestas y metía hipopótamos y jirafas en La France, cuando hice Le Cirque. Los monos se le colgaban de la cabeza a Marta Minujín y caminábamos como una manada por la calle Entre Ríos con toda la animalada. Siempre fui precursor de estilos...

— También gozaste de la pizza con champán...

— Totalmente. Liz Fassi Lavalle, Menem, los hijos de Menem... todos estaban en mis fiestas. Ski Ranch, La Diosa, L'inferno... fue mi auge como RRPP. A partir del 2000 me hice más mediático. Igual a mí la política no me interesa; si me interesa que al país le vaya bien, pero sé que los que gobiernen siempre van a robar, porque por más que tengan

siempre el ser humano quiere más. Es así. Yo no pertenezco a ningún partido, no me preocupa demasiado, salvo estar bien con trabajo y que la gente tenga trabajo. Yo lo busco, me subo al avión, a un micro y me voy al interior. Sé que llego a algún lado y estoy contratado.

— ¿Cómo te llevas con la policía?

— Bárbaro, nunca tuve problemas con la cana. Acordate que yo nací en democracia, soy hija de la democracia.

— ¿Qué lugares te gusta frecuentar?

— Últimamente estoy muy rocker. El otro día fui con Gabriel Carámbula a ver un recital de “Los Perros”, su banda en Mackenna. Me estoy comiendo roqueros.

El celular de Oggi suena sin parar. Es Gabriel Carámbula de nuevo. “Ay me acosan!” Grita mientras la Alicia, la peluquera, le lava las extensiones.

— ¿Tenés ganas de tener hijos?

— En algún momento se me cruzó por la cabeza, pero tendría que estar muy estabilizado con mi pareja. No lo adoptaría sino que recurriría a un método que mezcle los genes míos y de mi marido. Mitad de uno y mitad de otro. El hombre tendría que tener algo de Brad Pitt y Nino Dolce. Bueno que sea millonario. Soy carísima, tengo gustos caros. Soy muy caprichosa, única hija, única nieta, única, única.

— ¿Vos te mimetizaste con Moria o Moria con vos?

— Siempre fui igual. Si ves algún archivo, hablé rápido, verborrágico. Los medios, obviamente van a decir que yo le copié a ella, que es súper mediática. Pero fuimos muy amigos, estuvimos mucho tiempo juntos y pudo haber cierta mimetización. Siempre que tenés un amigo íntimo hay ese tipo de gestos que se comparten. Siempre tuve salidas rápidas ante la prensa, hay un parecido que viene de otra vida, por algo fuimos amigos. Mi trabajo como relacionista público me acercó a gente como Maradona, Amalita Fortabat, Pía Soldati... los noventa fueron grandiosos. Me llevaba el mundo por delante, me sentía Dios. Como dice Shirley McLane: “Somos partículas de Dios”.

— Cómo tus amigas Moria, Susana... ¿te gustan los chicos malos?

— Me encantan. Adoro los psicópatas. Me enamoro de ellos si me psicopatean, porque adoro lo difícil. Que me dejen, que me di-

gan que me quieren... que me dejen plantada... después te llaman y te dicen que te adoran. Adoro los mujeriegos por ejemplo, porque se quedan conmigo.

— Las extensiones, el maquillaje... ¿estás transformándote en trans?

— Soy el cuarto sexo. No quiero ser travesti ni mujer. Me cuido porque quiero estar bien. La ropa que uso es unisex, no uso un vestido. Juego con mi ambigüedad, con mi pene, adoro levantarme los chongos siendo lo que soy. También tortillero, estoy con mujeres, les calienta a las mujeres, a los chongos y a mi. El sexo es sexo, no tiene ni principio ni fin. Si el chongo se me da vueltas, aprovecho.

— ¿Hay una parte activa?

— Completamente. Adoro usar mi pene.

La tarde del sábado fue tórrida en la reserva ecológica. Llegué transpiradx de tanto pedalear en el veranito de junio que nos regaló el calentamiento global. Entre pitos y flautas –es que me llamó Diego, que carga un importante pero corto instrumento y también Rodrigo, dueño de un laaargo suspiro mórbido– me quedé dormidx sobre un poncho de lana que llevé por las dudas refrescara. Ahí mismo di rienda suelta a pecaminosos sueños con obreros de las torres de Puerto Madero. Me despertaron unos bombos, latido persistente en plena selva y el viento fresco que venía desde el contaminado río. Me fui acercando. Sigilosamente. Atraído por el fulgor de una gran fogata y la curiosidad de saber qué significaba esa colorida ronda que se formaba lentamente. Una chola amable y maternal me dio la bienvenida. “Es el año nuevo Aymara, hermanx”, me explicó un hippie de 23 años, Agustín, que me abrazó tiernamente cuando vio que temblaba de frío, perdidx, sin saber dónde estaba. “A partir de las 12 de la noche empezó el año 5517, que coincide con el solsticio de invierno. Si

te quedas a esperar con nosotros los primeros rayos de sol recibirás energía cósmica, ilusión y esperanza”, me dijo, me miró tiernamente a los ojos. No pude negarme. La ronda fue creciendo a medida que avanzaba la noche más larga del año. Los vasos con api –bebida caliente hecha de maíz morado con limón y canela– y cuencos con caldo circulaban para mitigar el frío y aumentaban la sensación de hermandad. Cánticos, danzas, besos y abrazos, y el hippie de barbas doradas, cual macho proveedor, traía arroz con leche, maíz frito, pan con queso y otras delicias. Me dejé abrazar por esos biceps fuertes cubiertos por bermejos hilos rústicos aromatizados con el humo de la hoguera y de sus cigarrillos armados. Y él respondía con una sonrisa amplia y segura. “Voy a ayudar a los hermanos a juntar más leños, en seguida vuelvo”, me dijo, y yo me quedé, abandonicx, mirando las estrellas que asomaban entre nubes cargadas.

El poncho me cubrió de la llovizna, me protegió de las tempestades y me mantuve estoicx, esperando al amanecer. ¿Cuándo aparecerás, Tata Sol, Inti, para energizarnos en estos momentos de oscuridad? “La ronda debe estar organizada, un hombre, una mujer y así sucesivamente”, dijo el Abuelo, el ancestro que guió toda la ceremonia. Un juego de risas y movimiento nos colocó a todos en la ronda. Agustín me atrajo a su lado. ¿Acaso entendió sin palabras que puedo ser las dos cosas?

El Tata Inti se hizo esperar para salir: nubarrones grises se lo impedían. Tímido, entre dos grandes nubarrones, nos regaló unos cuantos rayos dorados. Lo recibimos con las palmas hacia arriba, sonaron caracolas y cánticos. Inti se volvió a guardar. Se vienen tiempos difíciles, dicen los que saben.

CÓMO AMA UNA MUXHE

Invitada por Marlene Wayar y agasajada por Susy Shock y sus dos maridos, Amaranta Gómez Regalado pasó una noche bien porteña en Versalles. Comió supremas de pollo, puré y lloró cuando escuchó por primera vez a Gilda, personaje espejo, con quien se vio reflejada en el amor y en la tragedia.

— ¿Cuánto tiempo de activista tienes, Amaranta?

— Llevo quince años de activista por los derechos sexuales y humanos de la comunidad muxhe a la cual pertenezco, una identidad de género que pertenece a una sociedad istmeña –del istmo del Tehuantepec, al sur de México, en el estado de Oaxaca– y pertenece a la etnia Zapoteca, ubicada dentro de los sesenta y dos grupos étnicos de los que tenemos en México.

— ¿Cómo te defines en la lucha por la diversidad sexual?

— En el caso de la cultura Zapoteca, particularmente en el istmo de Juchitán –que, al igual de Tehuantepec es un área dentro del Es-

tado de Oaxaca– tenemos cuatro identidades, que pueden o no ser trans: guna (mujeres), nguiu (hombres), ngüíu (lesbianas) y muxhe, que es el término que arroja la parte biológica masculina pero también genérica femenina que en un contexto particular socio-cultural (cultura Zapoteca) tiene roles específicos que cumplir. Por lo tanto, no se tiende a cuestionar, ni a castigar como en muchos otros lugares sucede. No es el paraíso como tal, sino que hay códigos identitarios étnicos que han permitido desde lo ancestral hasta ahora que estos géneros convivan de muchas maneras. Creo que una de las razones que los géneros jugamos es el de la conservación de la cultura: las tradiciones, las costumbres, la cosmovisión y algo muy particular, que es el asunto de la lengua. A pesar de los embates del capitalismo somos de las pocas culturas –120 mil habitantes– que conservamos la lengua y hacerlo es una manera de reconocer una historia, las personas, los géneros. Tan es así que tiene sus nombres propios. En zapoteco, por ejemplo, la categoría “la” o “el” muxhe no existe; en zapoteco decimos “ti muxhe”, ti nguiu, ti guna. El ti no tiene género, permite la convivencia. Cuando lo llevamos al castellano, hay una necesidad del encajonamiento, de la asignación, que en un sentido estricto se practica, pero cuando se regresa al zapoteco le da un valor agregado donde los géneros pueden transitar en el ti. La lengua logra arropar las identidades y las legitima.

— ¿Cuál es el enfoque de tu militancia en el tema de VIH?

— Mi trabajo en prevención del VIH está centrado en la pertinencia cultural. Esto no significa traducir la información –sobre prevención, el acceso a información y a los insumos preventivos, del combate a la discriminación y estigmatización– de manera literal. Más bien es hacer un ejercicio de diálogo hacia adentro, intracultural, dentro de las propias comunidades para encontrar los conceptos y la manera de transmitir la información –*Amaranta dibuja con los dos brazos, círculos imaginarios*. La cultura oral nos construye y eso en nuestra lengua favorece mucho porque se transmite exactamente lo que tú quieres decir. Cuando lo transportas de otro lado, hay palabras que cuesta mucho traducir pues uno tiene que confrontar con valores pre-establecidos de la propia cultura. A estas alturas no hay una cultura

étnica pura, hemos ido cambiando y creo que hemos zapoteguizado las cosas, nos apropiamos de lo externo sin perder nuestra identidad.

— ¿Qué palabras son las más difíciles de traducir?

— La palabra semen es muy utilizada por razones harto conocidas en el lenguaje referido al VIH. En nuestra cultura no se la puede traducir, pues es un término sensible por su importancia y puede resultar agresivo. Entonces se lo tiene que explicar como la semilla que a veces trae algo malo. Otra palabra es condón. Algunos me propusieron traducirlo como “cuero” y “palo”, interpretado como pene dentro de un cuero. El zapoteco requiere una valoración de la palabra antes de emitirla. Todavía no resolvimos el problema con el semen y el condón.

— ¿Cuáles son las causas de la penetración del VIH en su comunidad?

— Después de 25 años de epidemia, en Juchitán entendimos que el problema de la ruralización de la epidemia, el asunto atravesado por la emigración hacia Estados Unidos o la emigración hacia otros estados, identificamos que dadas esas condiciones el VIH estaba empezando a golpear las puertas –y los cuerpos– de la comunidad indígena. El reconocimiento de esta problemática va a contramarcha de los discursos antropológicos en donde se nos veía a los indígenas como seres asexuales, que no cogíamos y que éramos puros y castos, cosa terrible pues sólo se investigaba la comida, la danza, lo lindo, lo folklórico de México.

— ¿Cuáles fueron las consecuencias a nivel personal y comunitario de esa penetración?

— Cuando se aterriza en problemas reales como es el VIH Sida, se abre la caja de Pandora y eso nos cuestionó como cultura zapoteca cómo responder, cómo evitar un impacto mayor. Empecé mi activismo a los 18, ahora tengo 32. Una vez Denise Dresser me preguntó cuándo me sentí poco preparada en la vida y yo le conté que a mis 18 años murió un tío, muxhe también, hermano de mi mamá, por causa del VIH. En ese momento no tuve manera de resolver la situación a pesar de que yo ya trabajaba en el tema. Asumí que eso pasó y que tenían que pasar muchas cosas más. Eso me obligó a reconocer que somos entes sociales, más allá del género, partes integrales de la sociedad y que había que dar una respuesta tangible frente a la epidemia.

Empieza a sonar la canción de Gilda. La charla se interrumpe. Susy sube el volumen de la radio pegada a la cocina. Amaranta pregunta quién es y nosotrxs le contamos la leyenda.

— ¿Cómo lograste encausar ese sentimiento de inexperiencia?

— Descubrimos que había que profesionalizarnos para enfrentar a la epidemia. En eso estaba cuando en la madrugada del 31 de octubre de 2002, yo iba a Oaxaca para un acto oficial de entrega de pruebas rápidas de VIH cuando el colectivo en el que viajaba volcó. Ahí perdí el brazo. Eso me reconfiguró en términos de mi activismo y de mi persona. Se agregaba un tema más para trabajar a mi interior, reconocirme una mujer distinta y reconocer que Amaranta era mucho más que un brazo. Después vino lo de la candidatura, en 2003. Me di cuenta que a algunas personas nos toca ser carne de cañón, que tenemos que ir primeras en la línea de batalla.

— ¿Cómo impactó el reconocimiento de tu nombre propio?

— Se me colocó en el lugar de una persona que logró una identidad trans en un discurso social que logró hacerse conocer como Amaranta Gómez Regalado y no como Jorge Gómez Regalado, como es el nombre oficial que tengo. Esto se logró reconocer en una elección federal donde yo era candidata a diputada. Este fue un paso muy importante para mi país. Esto fue un ejercicio democrático hacia adentro, para romper el esquema binario hombre/mujer sin terceras posibilidades.

— ¿Cuál crees que es el proceso que hay que profundizar en la lucha por la igualdad?

— Es poder articular las identidades –no sólo las identidades diversas, sino también las indígenas como tal–, de la región latinoamericana. Para mí es un reto poder articular un esfuerzo en torno al VIH, derechos humanos y sexualidad. No se pueden separar estos tres temas, máxime cuando quieres hablar de sexualidad de los pueblos indígenas.

— ¿Cómo se integran las muxhes a la sociedad?

— En Juchitán se llevan a cabo unas festividades tradicionales oaxaqueñas que se llaman velas. Las muxhes tenemos una vela desde hace 35 años: “de las muxhes para la sociedad”. El espacio de la vela es

una festividad que nos constituye, que nos legitima y no es un guetto de muxhes para muxhes y de muxhes y sus parejas, sino que llegan mamá, papá, los hermanos, los tíos, los políticos y representantes de la sociedad en general. Entonces nosotrxs no hacemos marchas, no tenemos lugares gays, no los necesitamos.

— ¿Cómo es el amor en tiempos de activismo?

— El problema de muchos activistas o militantes –lo afronto y lo veo en otrxs como yo– es que hay una separación entre los compromisos, ideales –emergentes y estratégicos– y la persona.

— Ahora, a mis 32 años estoy en una etapa fuerte del amor. A lo largo de mi vida he tenido 5 parejas, pero el último, José Alberto –de 18 años– me confrontó y me conquistó. Logramos un amor intenso, aprendí que estoy en esa búsqueda. Con el pretexto del trabajo pos-puse mucho ese momento, tardé en darme cuenta que cuando una termina un proyecto exitoso y demás y llega a la habitación viene un balde de soledad tan espantoso con la sensación de ¿y todo esto para qué? Con José Alberto entendí qué era amar: dedicar tiempo, respetar, entender los límites que una sociedad jodida te impone y amar es retar a una propia sociedad. Fuimos un matrimonio que a muchos sorprendía porque transgredía muchas dimensiones.

— ¿Y cómo se desarrolló la pareja?

— Hay una periferia de seguridad que tu familia y amigos te crean: “cuidado que te vas a enganchar”, “vas a sufrir” y en un momento el patriarcado metió la cola: José Alberto me dice que tiene una novia. También me propuso convivir los tres. Yo no sabía hacer eso, le pedí que me enseñara a convivir desde esa posición, pero por su corta edad no entendió los códigos. Creo que ponerme una novia en frente era una manera de poner su propio límite, su autodefensa. Asumí que eso iba a ocurrir. Cuando vine a la Argentina y escuché la canción de Gilda “No me arrepiento de este amor”, me quedé encantada al recordar ese joven hombre con el que tenía orgasmos sin necesidad de tocarme.

— ¿Cómo fue la despedida?

— Le escribí una carta, porque creo que cuando uno vive algo –bueno, malo o tonos grises– se abre una gran posibilidad de cambio y hay que agradecer. Dar gracias, cargar con lo bueno. Metí los nueve

meses en un enorme “gracias”. Con él aprendí que hay que hablar de la comunidad muxhe desde los adentros, por eso organicé un seminario llamado “La revisión y análisis de los contextos de plusvalía y minusvalía de las relaciones eróticas y afectivas de la comunidad muxhe”. Con esto le dije a sociólogos, antropólogos, periodistas y a muchos que quieren investigar qué somos los muxhes, que dejen de ver el folklore y vean más allá. Esa plusvalía y minusvalía que se observa de manera cotidiana hace mucho daño y llevó a muchas muxhes a la depresión o a las adicciones. El amor provoca causas y espero que lo que me pasó sirva para abrir el camino a otras muxhes y ellas puedan vivir y cumplir ese deseo, pero alguien tiene que crear esas condiciones. — Cómo ama una muxhe...

— Ése es el tema. El trabajo compulsivo me llevó a olvidarme del amor, no era prioritario. José Alberto me hizo ver que tengo la capacidad de ser amada, de vivir el amor. Tengo que reconocer que soy cabrona, celosa... pero he sabido entregar y negociar... y desoír al ego, que jamás te haría dar las gracias.

ÚLTIMA ENTREVISTA A ARIEL LA VOGUE —AHORA BÁRBARA DARIA LA VOGUE—

— ¿Quién sos?

— Soy Ariel Eugenio Gorostidi. Al “La Vogue” me lo gané en el primer desfile que hice con Charly Grilli... eran principios de los noventa, y yo bailaba en Búnker la canción “Deep in vogue” de Malcolm McLaren, a la que después Madonna copió y salió “Vogue”. Christian Banchig me vio y me invita a un casting. Imagínate, me produjo toda, tenía 18 años. Cuando llego estaban Mariana Arias, Andrea Frigerio, Roxana Harris... yo salía con una remera con Marilyn by Warhol y marcaba toda la coreografía. Ahí la Grilli me bautizó.

— ¿Cómo sos?

— Muy sensible y mi vida es una lucha constante por no encasillarme en nada. Puedo enseñar supervivencia humana, fui mutando, muto todo el tiempo. Puedo ser puto, mariquita, varonil... como todos, muto para sobrevivir. Así como hay hombres que se ponen un traje para ir a trabajar, se adecua para eso, después lo podés ver teniendo sexo con una trava, después vestido de mecánico y le gusta

que le metan una llave francesa por el orto. Todo el tiempo mutamos todos. Son disfraces para concordar con la santa moral. Yo soy una mujer operada de hombre. En un momento me inyecté hormonas para saber cómo siente una mujer. En un momento era como una perra en celo.

— ¿Qué características de cada género piensas que tienes?

— La mujer es más exquisita que el hombre: si dos hombres se gustan van y cogen debajo de un puente, en cambio la mujer necesita un ritual. Yo me recuerdo montadísima divina con una fila de chongos atrás y, posesionada de mujer, estaba histérica y me iba sola. Cuando estoy de puto soy más animal, carnívoro. Tuve relaciones con una chica cuando hacía transformismo en Club Caniche. Ella era gay. Yo, súper asumida como gay desde los 15, jamás me hubiera imaginado que iba a acostarme durante 8 meses con una chica. Me gustaba de ella que era como una Kate Moss hombre. Uno muta, uno cambia de roles, de gustos. No estoy de acuerdo con esclavizarse con nada. Uno viene a aprender en este ciclo de vida que nos toca. En lo laboral, por ejemplo te puedo pintar una pared, hacerte una obra de arte y puedo enseñar a futuras modelos a caminar en una pasarela como lo hice en la agencia de Dotto y de Piñeiro.

— ¿Cómo terminaste interviniendo en el arte del nuevo disco de Miranda!?

— Me invitó Alejandro Ros para hacer las fotos en lo de Marcelo Setton. También soy amigo de Lolo, los de Roho... creo que todo salió de la muestra que hice en Miau Miau.

— ¿Te la crees?

— Decir que enseñé a caminar a modelos top es un tipo de angustia oral. Por decir algo. También cago con olor, me tiro pedos, me saco sangre, cocino un huevo frito... todo tiene un valor. He ayudado, he dado, he quitado...

El otro día fui a la muestra de Mondongo en Ruth Benzacar y estaba Matt Groening, el creador de Los Simpsons. Le pedí que me retratará, lo hizo, cuando salí de ahí un *homeless* amigo mío y nos pusimos a charlar. Estoy en los extremos todo el tiempo. Hasta hicieron un corto sobre una anécdota mía de cuando tenía 15 años y me vestía de chi-

ca –me llamaba Luján–, me subía al tren que iba de Palomar a San Miguel y me quedaba en el último furgón. Imaginate a esa edad, era jamón del medio, gran comilona. Enrico Kahn se ganó la beca Tribeca con ese corto. Salió en La Nación...

— Nómbrate...

— Maravilloso, comprador, comprensivo, sé perdonar, soy humano, perro de metal: ladro pero no muerdo, aprendí cosas buenas y malas. La peor esclavitud es tratar de ser un ser de luz en nirvana es imposible. Me expongo.

— ¿Cómo es tu familia?

— Me quedé huérfano hace 13 años. Mi papá se suicidó de un tiro en la cabeza, mi vieja al mes se fue con otro tipo. No me quedó otra que venirme a vivir solo desde Castelar a la capital a mis 18 años. Soy una western girl, así como me ves. Lo poco que me entraba de dinero siempre fue por lo estético. Soy adicto a la estética. Soy consciente de que mi cuerpo va a desaparecer en algún momento entonces voy dejando hijos. Mis obras, mis dibujos son mis hijos. Otro don que tengo es que hago reír. Levanto una fiesta, es mi alma así. Cuando tenía dos años decía que yo era una nena y me cortaban el pelo como si tuviera una olla en la cabeza. Si mis padres me hubieran hecho caso y me hubiesen mandado a danzas con mi hermana, estoy seguro que ahora estaba bailando en el American Ballet. *Cariiiiisima*.

— ¿Te dolieron esos pasajes oscuros de tu vida?

— ¡Ya pasó igual eh! Acepté la educación que ellos tuvieron. Recuerdo que cuando les dije que me gustaban los chicos me mandaron al psicólogo para que me curara... terminé haciendo un pacto con él –un pete jajaja no, no, mentira– para que les dijera que me había curado. También mi familia pensó que mi viejo se mató porque yo era puto. La muerte de él no me pegó mucho. En esa edad yo me la pasaba bailando en Experiment. Cuando murió mi mamá sí. Creo que tiene que ver con la relación hijo-madre, mucho amor... y odio también.

— ¿Cómo es tu relación con las sustancias?

— Una lucha. He estado sin consumir años... son ciclos. Está bueno tener conciencia de que las situaciones no se vuelvan irreversibles. Entro y salgo. Necesito de la luz y de la oscuridad. Necesito meterme

en un cine porno, necesito experimentar una atmósfera de David Lynch y después leerme un Siddharta de Hesse en un día de sol en el campo. Son diferentes planos. A mis 38 años no me apego a nada. Como cuando me muera no me voy a llevar ni mis zapatillas ni mi heladera... empecé a distribuir mi obra así que te encontras que vas a una villa y ves una obra mía y en el Faena también.

— ¿Hay arte en el reviente?

— Tengo una colección de imágenes, resultado del hecho de que no me meto en un corral. Esa libertad me ha permitido hacer performances como pintar montada después de mucha joda y también pintar careta, sin sustancias. Cada situación hizo que hiciera diferentes trazos. Lo horrible y lo bello me inspiran. Puedo ver belleza en basura y resignificarla, como un tubo de papel agujereado que encontré en la calle y tapicé toda la vidriera del Espacio Cúbico por ejemplo. Lucho contra la belleza masiva, contra la falta de la personalidad.

— Definime libertad...

— Viento. Tiene el poder de destruir. Cambia, arrastra, enrosca. La libertad es no tener miedo. El miedo paraliza. La libertad es aprender. El miedo es el ruido, la contaminación, la educación... no es mala, pero traba, frena... igual tarde o temprano llega lo que tiene que llegar. El miedo al qué dirán te evita superar barreras de evolución. Vos ves a la gente en la calle y te das cuenta de que no se relacionan bien con el espacio: están todos amontonados... basta con ver la salida de un colegio por ejemplo. Todos en fila, no hay una idea de constelación. Hay gente que cumple su ciclo de vida sin expresar lo que siento: ¡sino mira cómo Dennis del Mar nunca termina de decirle te quiero a su amante chongo en "Secreto en la montaña"!

— El hecho de distribuir tu obra habla de tu relación con el espacio...

— Totalmente, soy muy espacial. Cuando uno se encasilla no crece en conocimiento. En el espacio del amor me encantan los amantes, los *touch and go*. Tengo amantes sin sexo también, gente que amo y me ama. Amigos y amigas... a veces me hacen sentir como una virgencita ¡Ay La Vogue, ay sos divina! Es lo que hay.

— ¿Tenés alguna frase de cabecera?

— Si, la simpleza es la elegancia. Chanel. La escuché una vez y tiene que ver con la piel, con el cuerpo. Cuanto menos cosas uno se cuelga, más se muestra uno.

— ¿Tenés marcas en tu cuerpo?

— ¡Ay... estoy marcadísima! Tengo las marcas del aprendizaje. Mi vida es muy Tarnation, esa película me hizo recordar a mi madre, que tomaba pastillas para los nervios y la hacían quedar mirando hacia arriba durante semanas. Eso me marcó.

— ¿Qué te hace sentir pleno?

— Caminar por la mañana por el campo, la comunicación con los pájaros. En otro momento me hace sentir pleno tomar una raya e ir a un cine porno. Recomiendo el de Constitución, que se llena de chongos... ¡carniceros de Lanús!

— Definime "homofobia"

— No existe para mí. Yo tengo chongofobia... a veces pienso cómo hago para pasar por la vereda llena de chongos... entonces muto y me hago el macho. Soy un puto mutante. Muchos me dijeron que tengo que vender mi código genético, soy a prueba de balas. Otra frase que me gusta es "todos somos lo que queremos ser" y lo cumplo cuando me siento mujer todos los machos me ven como una mujer y si quiero sentirme un chongo activo, me voy y me cojo a todos los putos. La mente te permite mutar.

— ¿Estuviste cerca de la muerte?

— Me quise suicidar, un día que estaba pasada. Me corté las venas en diagonal. No me pasó nada, sólo quería llamar la atención o tal vez autodestrucción, ligada a un exceso de energía que a veces se encuentra sin espacio para expandirse. Está bueno querer morirse para después querer vivir. Otra frase que me gusta es "portarse mal para sentirse bien". En líneas generales espanto a la muerte; como soy media vikinga, me visto de *mostra* para asustar a la muerte, a los malos espíritus. El tema del VIH, por ejemplo, tengo amigos que se murieron por la contaminación visual o auditiva y por el miedo social más que por la enfermedad en si. Yo veo a la salud como un deseo, un brindis. La palabra tiene mucho peso. Si uno viera la pintada "SIDA=SALUD", sería diferente.

— ¿Cómo te ves en el futuro?

— Me imagino vieja con siete tetas en la columna. Soy mi propio arquitecto, soy un edificio, un templo.

— ¿Crees en la propiedad privada?

— No existe para mí. Es una palabra carcelaria, como dictadura, cuidado con el perro, perro suelto, alambrado electrificado. Es un fetiche, un morbo... lo prohibido. Como un día que fui a comprar drogas a una villa y me dijeron que no pase tal calle porque era "zona amarilla". Obviamente ahí fui.

— ¿Qué es el lujo?

— No pasa por tener una pulsera de oro sino como llevarlo. Es artificial. El dinero va y viene, suena a propiedad privada. Ayuda.

— ¿Y la policía?

— Divino, yo tuve un noviecito policía que venía y me hacía el service. Como fuerza me parece que cuidan la santa moral. Son seres humanos con un traje, mutantes.

— ¿Si tuvieras que tomar una ruta, hacia dónde irías?

— Ruta me suena a rutina. Tiene un destino. Creo que preferiría correr en un descampado, terminar en un acantilado, tirarme al mar y convertirme en sireno...

REINAS DE LA NOCHE

El gusto por vestirse de mujer viene de lejos. Según los entrevistados para esta nota, viene desde la infancia. Según los historiadores, se remonta por lo menos a la Antigua Roma. En las culturas precolombinas aparecen muchachos con atuendos femeninos, y en la India, tanto la milenaria como la actual, ciertos hombres vestidos de mujer reciben reverencia religiosa. Lo cierto es que las *drag queen*, término cuyo origen es bastante incierto, entran con tacos y por la puerta grande a la cultura GLTTBI (gays, lesbianas, travestis, transexuales, bisexuales e intersex). Tuvieron un lugar protagónico junto con las travestis en la revuelta de Stonewall, tiempo en que el closet era el espacio familiar para gays y lesbianas, y a su vez un lugar imposible para quienes llevaban en la cara, en la ropa y en las plataformas, una bandera –o un estigma– *queer*. Son la cereza de la torta camp y un punto obligado de la noche diversa. El primer boliche en Buenos Aires que contrató *drags* fue El Dorado. Es memorable la fiesta de disfraces donde La James y Cristian Dios recién empezaban y parecían dos chicos con harina en la cara,

peluca de Once y un labial color “madre”. La vuelta de las fiestas del Club Namunkurá repone cetro y corona a las *drags*, que fueron furor en los noventa. No necesariamente un hombre vestido de mujer nos dice algo sobre una identidad sexual. Mucho más nos dice sobre la identidad de quien las mira. Según Charly, una de las *drags* más expertas del grupo, “el chongo se siente atraído por un hombre vestido de mujer porque se deslumbra con tu parte femenina. Hay gays también que “flashean” y quieren algo con nosotras. Y este fetiche no tiene que ver con el nivel cultural o social: es un gusto y punto. También tenés que saber que hay *drags* hétero y bi. Xerxes, por ejemplo es una *drag* que salía con chicas. Su novia, Lilitu, era una chica muy bella que se montaba y salía con nosotras. La Negra también: ¡es mujer, pero es re *drag*! Para ser *drag* te tiene que gustar ser el foco de atención y ser muy estético y vanguardista”.

Si alguna premisa hay que recordar a la hora de entrar en el universo de las *drags*, es que no existen las *drags* tímidas y que no hay preguntas indiscretas.

— ¿Cuándo fue la primera vez que se produjeron?

La Diabla: Yo lo hice porque me lo pidieron mis amigos. Cuando me decidí, en 2006, fui a la Namunkurá. Siempre salí mucho, me encanta la noche. Desde aquel primer día me visto todas las semanas. Pero siempre trabajé de otra cosa, no me dedico únicamente a esto.

Charly: Empecé en los noventa. Siempre tuve un look andrógino, me depilaba las cejas, pero no me vestía de mujer. Siempre me resistí a la estética travesti porque no me identificaba con eso. Conocí *drags* de afuera y me di cuenta de que podía cambiar, mutar sin llegar a lo chabacano o lo vulgar, y hacerlo con fines artísticos. Empecé en los carnavales de Bunker y en fiestas de amigos donde todos se disfrazaban. Eso era a mis 15. Cuando tenía 17, Miguel Berriós me llamó para trabajar en IV Milenio bailando “Vogue” de Madonna, que era lo que yo venía haciendo en Bunker pero como Club Kid (esto es, un chico que sale mucho de noche, me ponían una luz para mí y todos esperaban que bailara la coreografía).

Fiona: A mí siempre me gustó la ropa, el glamour, lo estético...

Isis: Empecé en “El Morocco”, en 1997. De chico me gustaba jugar a la Mujer Maravilla, mariconear... Y a los 16 me gustaba vestirme, verme

femenina. A los 20 empecé a montarme profesionalmente. Me puse un catsuit tipo Gatúbela, pero con auriculares enormes. Fue en “El Cielo”, una montada con prensa y todo para el bestiario de la revista DMode. Hice el desfile de las escalinatas con Miuki Madelaire con La James y Elvira.

Towa: Empecé en el 94, 95, en lugares como “El Morocco”, hasta que cerró. Yo fui, como Isis, “Sushi Drag”. Me monté accidentalmente. Una noche estaba en la puerta del Morocco y las chicas, amigas que cocoreábamos juntas, conocieron a unos periodistas alemanes que buscaban gente para una nota. Cuando llegué a la entrevista me dijeron que era para gente montada. Afrodita me dijo que tenía ropa de Isis y como ella no venía, me la prestaba. Isis vino al final y me maquilló divina.

— ¿En qué consisten las tareas de las drags?

Charly: Podemos ser gogo dancers, modelos, trabajar de musas de artistas, aportar ideas para producciones fotográficas, ser anfitrionas de fiestas, diseñar ropa... Con nuestro look tenemos un abanico de posibilidades de trabajo y expresión.

Towa: Mi trabajo va desde hacer corsetería para un amigo diseñador de San Pablo hasta ser DJ en el Club Namunkurá y en Kim & Novak, donde pongo mucho house y electro de los ochenta y los noventa.

Isis: Yo, por ejemplo, estuve en un grupo llamado “Las Traviesas”, una especie de “Las Primas” travestis. Íbamos a las bailantas, todo un ejercicio teatral. Ahora me dedico más a la realización, colgué los tacones por un tiempo. Lo último que hice como realizador fue Aves del Paraíso, el libro de fotografía de Gaby Herbstein.

— ¿Ser *drag* es una habilidad más que una identidad? ¿Qué van buscando a medida que van transformándose en reinas de la noche? ¿Qué diferencia hay entre ser *drag* y ser *trans*?

Isis: La diferencia entre *drag* y travesti es que las *drags* tenemos un poco más de vuelo, en el sentido que imitamos a un personaje de fantasía, que va desde una top model hasta una mujer del futuro con tetas con drenajes, caños y plataformas. Las trans se sienten mujer, pero yo me siento personaje con un poco de los dos. Cuando conocí a mi pareja, hace 13 años, me tranquilizó cuando me vio de chico, no

me da estar montada todo el día. Con las chicas, cuando nos dragueábamos, decíamos que éramos transformers.

Charly: El hecho de haber descubierto cuál era mi identidad tan chico potenció mis habilidades. Antes de entrar al ambiente pensaba que yo tenía algo malo; después empecé a encontrarme a mí mismo, dentro de lo lúdico. Nunca dejé de jugar. Yo vivo de esto, me encanta lo que hago, el draguarme es mi manera de vestir y de ver la vida: soy Charly Darling que se viste de *drag queen*. De día es un chico mariquita y de noche me produzco.

Fiona: Yo soy de Misiones, empecé muy chico, estudiando teatro. No me sentía cómodo vistiéndome de varón, siempre me gustó producirme. Un día, mi profesor de teatro me dijo: "Estas son *drag queens*, esto es lo que tenés que hacer vos". Y me mostró una foto donde estaban La James y La Baronesa. En uno de mis viajes a Buenos Aires coincidí en un restaurante donde La James trabajaba de hostess. Me vio y en el acto empezamos a charlar. Al mes de quedarme aquí ya estaba trabajando con ella y con Charly, a quien ya conocía de cuando iba a bailar a Bunker en mis vacaciones en la Capital.

La Diabla: Siempre, de chico o dragueada, trato de ser diferente, de usar accesorios o ropa que me separe del resto, llamar la atención. Con mis dos metros quince ya salgo de lo normal.

— ¿Cómo se producen? ¿Tienen algunos secretos como para compartir entre principiantes?

Towa: Yo me maquillo primero los ojos, después sigo con toda la cara. A veces me pinto con purpurina en los párpados y me tapo las cejas con *special plastic* de Kryolane, para tener un buen arco para usar sombras tipo pomada, bien pastosas. Uso varios colores en cada producción. Me gustan mucho las pelucas, pero ahora uso más apliques. Como ahora tengo rapados los costados, los uso porque son más frescos. El fin de semana me puse una peluca entera y salí del boliche como si saliera de una pileta. Para la *drag* es terrible el calor de los boliches en verano, la base es como tener una media Silvana en la cara. A eso sumale la peluca, por eso es que somos flacas de cara las *drags*.

Isis: Una sesión de maquillaje empieza con los productos Kryolane, que tienen una base muy cubritiva y están en todos los tonos que

se elijan. Lo mejor que hay es depilarse las cejas, pero se las puede tapar. Igual adoro las cejas tipo Dietrich. Uso unas pestañas enormes que con una peluca enorme te achican la cara. Para tener más cola y más caderas llegué a usar cinco pares de medias sobre estructuras de gomaespuma –los famosos panchos– para disimularlas. El toque de excentricidad siempre tiene que estar: tocados de cintas de casete, peinados con moldes, alas...

— ¿A qué otras drags famosas miran o copian y en cuáles mujeres se inspiran?

Towa: No miro revistas de moda, ni ideas de Internet. Lo que se me ocurre me lo pongo. En Namunkurá nos tiran algunos *dress codes* (códigos de vestimenta) como por ejemplo playa, hot jeans, flúo... La feminidad está en la actitud, porque hay veces que me pongo cosas masculinas y soy sexy igual. Si no acompañas a todos los accesorios con una actitud, sos un hombre vestido de mujer.

Charly: Con Fiona trabajamos con Ru Paul cuando vino a hacer un show en Bunker. Desfilamos Supermodel, recuerdo que una marica mala me desató el corset y salí como sujeta en todas las fotos, un espanto. Ella es la más comercial; hay otras más talentosas como Leigh Bowery, Divine –la de las películas de John Waters–, Amanda Lepore...

Isis: Yo me nutro de Ginger, de Alien, siempre me gustó. Una dama antigua alienada, una muñequita con una prótesis de media cara que simulaba los labios abiertos en cruz que mostraban los dientes. Soy muy chonga: cuando hago mis personajes, uso variedad de materiales, como materiales de dentistas, trabajo con plomo, materiales para soldar... Reciclo todo lo que me llega a mis manos. Yo hago pelucas; una vez hice una foto con Nora Lozano, donde estoy con mi madre, ella pelada y yo con una peluca que hice con su pelo.

— ¿Cómo es la vida de una *drag queen* en Buenos Aires?

Charly: Buenos Aires me nutre. Nuestro trabajo sólo es posible en las grandes ciudades, estimulantes y con gente que te consume como hecho artístico. No podríamos vivir sin la mirada del otro.

Fiona: En Posadas, donde la gente todavía tiene que abrirse un poco más a lo nuevo, yo siempre pude ir montada a las discos. Todos me conocían allá. Miuki Madeleire fue una de las primeras personas

que se fijó en mí y me hacía participar de sus desfiles. A pesar de vivir allá siempre estuve a la vanguardia de la moda, de lo nuevo, nunca me sentí parte de esa sociedad, no encajaba.

— ¿Hay mucha diferencia entre sus comienzos y ahora? ¿Cómo recuerdan la dualidad de los noventa con su mezcla de pizza y champagne?

Charly: Y con represión también. No podíamos salir vestidos de mujer en los noventa por esos dichosos edictos policiales que te prohibían hasta depilarte las cejas...

Fiona: Sí, por cualquier cosa te podían meter preso por averiguación de antecedentes hasta veinticuatro horas. Teníamos que tomar los taxis rápido y meternos para que la policía no nos viera. Nunca me pasó de ir presa porque teníamos estrategias...

Charly: Me acuerdo de Moralidad, que se llevaban a las putas, a las travas, había razzias que te prendían las luces y salíamos todos como ratas y nos teníamos que sacar el maquillaje. Tenía su costado divertido. Te digo, por ejemplo, una marica montada con un miriñaque que no entraba en el patrullero y la tenían que meter a presión, como con fórceps. La gente cambió mucho desde los noventa hasta ahora y mi teoría es que tiene que ver con los tipos de drogas que se consumían en ese momento y las que se consiguen hoy. El éxtasis hizo que las personas miren la noche de otra manera: se bajan de las plataformas, dejan de lado el glamour y las plumas, y se toman tres bichos y usan zapatillas y ropa de gimnasia. También repercutió en lo social: uno podía bailar, charlar...

— Era una noche más de boîte...

Charly: Claro, era un club de amigos. Uno hacía vida social y no era una masa de gente bailando al ritmo del DJ de turno. Ya no hay lugar para las personalidades, para lo distinto: ahora la homogeneización es lo que manda. Igual, algo que pinta los noventa era la proliferación de los *new richs*: recuerdo fiestas en departamentos en Avenida del Libertador, los eventos de Javier Lúquez, cualquier noche en el Ave Porco, pizza con champagne...

La Diabla: Los suburbios divertidos de los noventa se fueron popularizando, masificando. A mí me toca trabajar en el siglo XXI, que tiene cosas muy lindas...

Charly: Los noventa eran más adrenalínicos, desaforados; ahora es todo un poco más calmo. Ojo, por ahí los chicos de 18 o 19 años lo están viviendo ahora, no lo sé.

— ¿Cómo repercute la vida de *drag* en la escena familiar?

Fiona: Mis padres se separaron cuando tenía 8 años. Siempre fui un niño muy malcriado y siempre hice lo que quise. Tengo ese privilegio. Mi mamá me quiere mucho, toda mi familia me acepta... ¿Te acordás, Charly, cuando viniste a mi casa? Fuimos a un desfile en Posadas y ahí conoció a toda mi familia: todo muy bien.

Towa: Mi familia, mi padre, sabe que laburo de esto, que desfilo, que hago hosting... El sabe que es un trabajo. Me manejo sola desde los 14, viví con hermanos, después con amigos... no rindo cuentas a nadie. Nunca estuve en pareja; intenté estar de novia, pero no duré ni un mes porque él empezó a montarse y la única que se monta en casa soy yo.

— ¿La vida amorosa es muy complicada?

Fiona: Hace dos años que estoy con un chico, y vivo con él. Lo conocí trabajando, él me perseguía por todos lados hasta que me conquistó. Siempre fui de tener noviecitos. En cuanto a los levantes en épocas de soltera, aprendí que los chicos ya saben lo que quieren cuando están con una. En mi caso yo no soy muy diferente de día y de noche, la diferencia es que de noche estoy mucho más producida. La primera noche que salí con mi chico fue muy importante para mí: estuvimos en el programa de Susana Giménez bailando con Gloria Trevi y después salimos los dos solos... fue memorable.

Charly: Igual, los hombres compran el producto que vos ofreces; muy pocos te aceptan en la otra faceta, la faceta de mariquita diurna. Te tienen que conocer mucho o no les tiene que importar. Igual esto está cambiando un poco ahora. Cuando recién empecé era mucho más marcado lo de ser un fetiche para el otro de noche y que al otro día ya no quieran saber nada. Mi look de hoy, por ejemplo, no les atraería a los chongos; buscan algo más banal: peluca rubia y minifalda.

La Diabla: Desde la primera vez que me monté tuve éxito con los hombres.

— ¿Hay una zona mejor para el levante?

Charly: Los levantes generalmente son en los *after hours* o boliches hétero como Bahrein o Clubland. La calle también provee mercadería masculina, chicos pícaros que quieren probar cosas nuevas. Los taxistas son bastante mirones, hay que decirlo.

— ¿Cómo hacen para convivir en un mismo cuerpo la diosa de la noche y el chico de día?

Charly: En mi caso conviven tanto el personaje como el hijo de familia todo el tiempo. Este trabajo te expone mucho, conocés gente todo el tiempo, entonces cuando llegas a tu casa no quieres saber nada con el maquillaje, quieres leer o mirar una película tranquilo. No soy una caricatura, necesito del balance para poder seguir en este trabajo por muchos años. El estar dragueado hace que tu mirada sobre las cosas cambie, es una actitud más de choque, receptiva de la mirada del otro. Cuando estoy de chico bajo unos cambios, pero me cuesta encontrar en qué momentos soy más chico que chica. Nunca reaccionaría como un chongo, por ejemplo...

La Diabla: Hay veces que necesitas separar lo que es la noche del día. Necesitas tranquilizarte, sino, serías un personaje esquizofrénico. Uno es siempre la misma persona, con la diferencia de que a la noche me produzco un poco más. A mí si me ves de día, ves a una mariquita, pero soy la misma persona.

Fiona: El personaje no convive con tu vida cotidiana. La noche despierta nuestro costado frívolo y esto termina cuando amanece.

— ¿La escolita de *drags* existió o fue un mito?

Fiona: Quedó como un mito, pero existió y sucedió un poco sin querer. Éramos cuatro o cinco chicas que andábamos siempre juntas, La James colaboraba en una revista y ella empezó a darle publicidad a esto de asesorar a quienes quisieran entrar en este mundo. Las maestras éramos Charly, Elvira, Selene, La James y yo, versus las otras, que eran las del Morocco: Isis, Iona, Towa... después nos unimos cuando cerró Morocco. Pero a nosotras nos conocían como "las de la escolita".

Charly: Una de las que salieron de la escolita es la Barby, cuya transformación puedes verla en *YouTube* (tags: escuela-drag-queens), en un informe que hizo un canal de televisión español.

— ¿Ustedes creen que con sus trabajos aportan a la causa de la diversidad sexual?

Charly: Sí, totalmente. Creo que si una persona hace lo que le gusta, un trabajo novedoso y propone algo diferente, ya tiene una afirmación política.

Fiona: Sí, soy lo que quiero y eso tiene mucho que ver con la aceptación de los demás.

La Diabla: Nunca lo pensé. Creo que este trabajo te permite ser admirada y eso abre mentes.

ZUMBIDOS EN LA MADRUGADA

— Sos uno de los pioneros que vienen a cubrir el déficit de miradas diversas por parte de los comunicadores sociales...

— Y los que sí tienen un micrófono lo usan para su egocentrismo, se emborrachan de esa fama efímera. Ahora hay personajes que mienten directamente, tergiversan la realidad. Si personajes no comunicadores como el millonario Fort niega su condición y la coloca en una situación de ocultamiento, como algo oscuro que hay que seguir tapando. Lo grave es que él se lo autoimpone y con su irrupción retraen los duros avances que se van haciendo en cuestión de Derechos Humanos e integración.

— Personajes funcionales a la restauración conservadora...

— Y es una situación a la que no quiero volver jamás. Ya hemos padecido muchísimo, mucha gente ha muerto. Basta. Lo que me inquieta es ver a muchos políticos en los que antes uno confiaba que se volvieron guardianes de los intereses del capitalismo.

— ¿Crees que esta ofensiva de los poderes fácticos pueda tener aceptación social?

— Y, mirando ahora por la ventana... creo que los argentinos somos bastante veletas. Cagones, diría yo. Hay muchas personas hipócritas, reaccionarias, racistas, poco solidarias. Hay mucha gente que lo ve, pero por cobardía no se hace cargo de esto. Siempre son los mismos los solidarios, que no es lo mismo que caridad o darle al otro el calzón roto. ¿Cuántos somos los que pensamos en la necesidad del otro? Nosotros tenemos que asumir que somos parte del Estado y actuar en consecuencia.

— Estás conjurando uno de los demonios del neoliberalismo, ese temor al Estado...

— Nosotros los ciudadanos tenemos que acompañar esos procesos, las políticas económicas, el planeamiento de la sociedad. Pasa que hay muchos intereses que están en juego. ¿Qué sociedad soporta 42 años de una señora almorzando por televisión? Apoyó golpes de estado, represión, repite el esquema neocolonial todos los días con sus vestidos, sus peinados, sus mucamas. Yo acabo de perder a mi madre, la vida se me está yendo de las manos, como a todos... ¿y tengo que seguir bancándomela?

— Y es más inquietante el hecho que tenga 4 puntos de rating...

— Es que en los medios hay gente que les es funcional. Es gente que vivió mucho tiempo en golpes de estado y poca vida en una democracia que no les gusta mucho.

— Cambiando de temas, hablando de divas... ¿A cuales recurrís para encarnar tus personajes de mujeres fuertes?

— Las divas de mi imaginario conviven muy bien con su parte oscura. No son hipócritas. Sí son fiesteras, si son drogadictas, toda esa humanidad junta que, paradójicamente, te hace fantasear. La Dietrich por ejemplo, que no tenía problemas de abrirse de gambas con los soldados. Las divas de verdad como La Merello o Loren, no las imito pero son referentes interesantes.

— Y la madre de uno, otro referente...

— Sí, todavía no me banco la muerte de mi madre. Pasó algo muy raro, porque desde que ella murió los caminos se me abrieron mucho más. Creo que ella desde arriba algo está ayudando, creo que ahora me comprende. Hasta me abrí mucho más a las personas, me surgen situaciones de verdadero amor con el otro.

— Y ahora, mirando por la ventana de nuevo, vemos a la nueva policía de Macri...

— A la derecha la encanta reprimir. No les gusta que les ensucien las calles, a todo le quieren poner dorado, el color "PRO", el amarillo ese espantoso que nos trae mala suerte en el escenario. La culpa la tiene esta sociedad pelotuda que vota la primer mierda que ve, como la Michetti, por ejemplo, que sirve sólo como panelista de chimentos, va a combinar con todos esos que están sentados, aplastados, como los televidentes que lo siguen.

— ¿Cómo vivís la experiencia de correrte de tu marca registrada que es la improvisación para subir con una obra escrita por otro?

— Muy bien, sobre todo porque es una pieza novedosa, que surge de un blog muy interesante que habla de la primera vez. El autor, Ken Davenport, recopiló experiencias del público y las cuenta de una forma muy novedosa. Es muy lúdica, alejada a otros monólogos, de la gente sentada que ya demasiados panelistas tenemos en la tele.

— En el elenco está "la Callejón", tan avant garde que casi tiene un hijo con Pablito Ruiz...

— Cuando me dijeron que ella estaba en el elenco no puse ninguna objeción y no me equivoqué. Me fascina trabajar con ella, es una mujer realmente bella, inteligente, de mente muy abierta, una verdadera diva porque es humana. Representa en el imaginario a esa morocha argentina pícara pero comprometida. No es ninguna boluda. También está Alejandro Paker, Vanesa Strauch y Tomás de Las Heras. Los productores son "Los Feliz", los mismos de Hedwig, Rent y La noche que Larry Kramer me besó. Son muy comprometidos y arriesgados.

— ¿Qué tipo de audiencia crees que tienen?

— Por las llamadas que escuché es muy amplio hablando geográficamente y muy especiales. Si vos llamas a un programa de radio a las 3 de la mañana, tenés que ser especial. Me imagino también que nos escucha gente muy sola, gente que se proyecta en lo que nosotros decimos. Hay una relación lúdica, porque el programa gira en torno a una letra del abecedario que se homenaja y ahí surge un diálogo entre nosotros y el público con todo lo que esa letra significa. Se abren miles de puertas, pero sobre todo hacemos un aporte a la convivencia

sana. Los oyentes que ya conocían a Tom me han recibido muy bien, son increíbles los mensajes que recibo.

— Vos sos un artista muy militante. ¿Hablas de política en el programa?

— No mucho pero cuando lo hacemos somos contundentes. Dejamos ver nuestra ideología, o por lo menos yo lo hago y es un lugar donde las derechas no van a tener cabida, no ingresan en la traspasada.

— Y, convengamos que tienen mucha difusión esas ideas en los medios que padecemos...

— Los medios más masivos son de derecha, así que bienvenido este cambio que creo que empezó con la nueva ley de radiodifusión que –si la dejan implementar algún día– va a abrir nuevos canales de comunicación.

— No es casual tu irrupción en la radio entonces...

— No, no es casual tampoco que una mujer como Seoane esté dirigiendo la radio. Ojalá que los fachos que son de esas nuevas derechas democráticas moderadas (si es que existen) puedan estar hablando de mí, que ahora hablo por una radio pública de alcance nacional.

— ¿Se viene un Destravarte 2010?

— Mirá, el primer “Destravarte” fue una fantasía que me daba vueltas en la cabeza y de un día para otro se fue cristalizando. Una semana antes me vi aterrado y preguntándome cómo me había metido en eso. Finalmente fueron tres días increíbles, muy intensos. Lo repetimos este año, con el *slogan* “Lo marginal también se incluye”. Voy a crear un espacio donde por ejemplo las chicas travestis que están totalmente fuera del sistema puedan aportar lo suyo, producción travesti pura.

— ¿Qué crees que aporta la comunidad trans?

— Ni más ni menos que otro individuo, sólo que tienen la particularidad de ser travestis, por ejemplo. Tienen los mismos deseos, las mismas obsesiones... de una vez por todas la gente tiene que entender que hay una mujer con pito o un hombre con concha. Que pueden ser tu maestro o te pueden atender en algún negocio, puede ser tu hermano, tu padre, tu madre. De hecho lo son, porque todos venimos del mismo lado. Yo creo que todo ser humano, si aporta algo diferente a lo que el sistema ofrece, bienvenido.

ESPEJOS DE COLORES

— Alarmada, me comentaste sobre algunos esbozos de teorías trans que se parecen a los espejitos de colores de los colonizadores...

— Se está afirmando una visión eurocentrista o hegemónica de la temática trans, teniendo en cuenta las jerarquías que la globalización trae aparejadas. En el Festival Ají, en Ushuaia, tuve la oportunidad de charlar con representantes trans de muchos lugares, sobre todo de España. Son personas que tienen la oportunidad de dejar su visión de algunas cuestiones referentes a las políticas sexuales, por ejemplo, y del rol y las relaciones entre lxs ciudadanxs con sus estados y con los estados que forman parte del concierto internacional. Se hace necesario para lxs que estamos en esta parte del mundo, que empecemos a clarificar nuestra postura frente al acceso y ejercicio de los derechos fundamentales. Poner en claro que no accedemos a derechos civiles básicos como salud, educación, vivienda digna, recreación, de acceso a la cultura, al acceso a todos esos derechos en igualdad de condiciones.

— ¿Contextualizar localmente para poder ampliar mundialmente?

— Tenemos una postura, pero debemos darle cuerpo para que, a partir de ese núcleo, podamos dialogar y dar a conocer nuestras propuestas y realidades, contextualizarlas en Latinoamérica, donde tenemos similares situaciones con un gran movimiento migratorio. Bolivianas, venezolanas, brasileñas, peruanas, colombianas, dominicanas que circulan por todo el territorio y emigran a Europa, donde todo Latinoamérica concurre a prostituirse, a hacer el trabajo más duro en las peores condiciones y con un status de delincuentes por esos estados, con toda la violencia que ello implica. Darle cuerpo a una teoría trans como comienzo del diálogo y poder tener el derecho de dejar en la memoria colectiva nuestra visión de los temas, pensado desde cómo nos vinculamos, cómo producimos subjetividad. Tenemos que tomar esa decisión de cómo reproducirnos, darle posibilidad al nuevo sujeto a ser sujeto y no preso por nuestros deseos, nuestros medios, nuestras fantasías y concesiones respecto de cómo deben ser los vínculos sociales, políticos y económicos que, en su mayoría, son vinculaciones con relaciones de poder asimétricas.

— Y aprender a dejar de lado los mantras nocivos, perpetuadores de las asimetrías...

— Debemos ser conscientes de que nos construimos como obreras, afianzamos esa relación asimétrica y pedimos que estas relaciones sean lo menos cruentas posibles, cuando lo que deberíamos pretender es la igualdad total, la horizontalidad. El hecho de producir subjetividad, de dejar nuestra impronta en esta ciudad en la que elegimos vivir, en la que contribuimos y a la que queremos. En esto consiste la superación de la democracia representativa, la mejor opción entre las preexistentes. Esto tiene que ver con la participación, con la apertura de espacios habilitados para que lxs ciudadanxs se manifiesten, discutan si por ejemplo, queremos que la policía sea un ente dentro del estado o que sea un lugar donde se prevenga la violencia, sea una instancia disuasoria para que los involucrados podamos elegir la solución más justa. Para esto los ciudadanos deberíamos tener control o injerencia en los planes de estudio en la formación de quienes velan supuestamente por nuestra seguridad,

fiscalizar con qué conceptos se manejan, si respetan a los ciudadanos y ciudadanas más allá del color de piel, de su religión, de su sexualidad, de su nivel socioeconómico.

— ¿Qué crees que aporta la organización a la militancia?

— A partir de que asumí la dirección del periódico travesti El Teje, se me posibilitaron contactos muy diversos. Los encuentros que se mantienen en los eventos de algunas organizaciones internacionalmente subsidiadas son una forma de participar. Igual, aunque hay buenas intenciones, algunas veces no creo que logren sus cometidos en temas como VIH SIDA. El mensaje está condicionado en los medios de comunicación, es muy básico. La forma en la que se dice es por debajo, a grupitos, en muchos lugares no se ve el preservativo presente, la ausencia de estas políticas en lugares que no son las capitales progresistas donde factores como el machismo y la pobreza crean individuos débiles, ciudadanos desprotegidos.

— ¿Se lograron más derechos?

— Hoy la sociedad ha cambiado tanto, que hay chicas que han optado ser travestis y han sido totalmente apoyadas por sus familias, tienen esa red de seguridad que en otras épocas no se podía contar. Ante la opción de la prostitución, pueden elegir otras alternativas, tener otras experiencias y relaciones. Igual seguimos siendo la excepción las travestis que tenemos empleo seguro y creo que el Estado debería potenciar esto desde todas sus políticas públicas. Debe albergar para articular los modos en que las cosas nos suceden. Hay avances importantísimos, vemos reconocimientos, por ejemplo la ordenanza del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires que pide sea respetada la identidad de género de los pacientes. Esto se logró gracias al compromiso político-social del Movimiento Antidiscriminatorio de Liberación (M.A.L), con Diana Sacayán a la cabeza, que logró que este tema fuera tratado públicamente en los medios como cualquier otra medida política. Ahora hay que articular para que esa ordenanza sea cumplida. El tema de las cooperativas, iniciado por Lohana Berkins, que ya cuenta con casi todo lo necesario para empezar a producir con seguridad social y laboral, cuidadas en todos los aspectos. Se logró que se crearan nuevas cooperativas, nuevas iniciativas. La Asociación

de Lucha por la Identidad Travesti y Transexual (ALITT) dio cuenta de que, cuando se vislumbra un Estado que desea ampliar el espectro de receptores de las políticas públicas, hay que exigirselo y eso se logra proponiendo alternativas.

— ¿Cómo ves a la sociedad llamada occidental?

— Las cosas se han hecho demasiado mal, el fracaso de la hegemonía –mucho más importante que esta crisis económica generalizada– consiste en cómo nos relacionamos entre ciudadanos. Totalmente medicalizados, restringidos de libertades, de vivir el espacio público, de pérdida de núcleos de circulación y contactos humanos en buenos términos, cómo endurecimos los límites y fronteras entre países hermanos y en una misma sociedad. El eje cambió de ser Sur-Norte a convivir ambos polos en un mismo territorio. Coexiste el primer mundo dentro de un espacio donde uno aplasta al otro, que en su ética trata de borrar lo que no les gusta.

— ¿Cómo queda la democracia en esta puja?

— En el tema Honduras, es interesante recordar los compañeros de GLTTBI (Gays, lesbianas, travestis, transexuales, bisexuales, intersexuales) que han muerto. Walter Trochez es uno de ellos, conocido internacionalmente y nos dolió a todxs lxs que lo conocimos, porque murió por defender sus convicciones y tenía muy en claro que no se puede lograr ningún avance positivo en las sociedades sin la democracia como base, por más que muchas veces ese tema se vaya un poco de la agenda GLTTBI.

— ¿Cuál es la agenda de El Teje?

— El Teje, desde que nació fue cambiando, es su estado natural. Muestra la diversidad constitutiva de las travestis y los chicos trans. El compromiso es que estén todas las voces y desde varios puntos de vista con reglas de juego, con respeto. Uno de los estereotipos más comunes de las travestis es la estética, el arte –excelencia sobre todo– de autoconstruirse, eso es algo constitutivo, es darle cuerpo a ese cuerpo. Nosotras negociamos con una institución como el Centro Cultural Rojas, con todo lo que eso significa, una institución que tomó la decisión política de considerarnos fuerza de trabajo, de conocimiento, de producción de cultura y que nos ayuda a llevarlo a

cabo. El Teje le da existencia a la cultura travesti, que antes se transmitía oralmente. Pasaba que cuando alguna compañera moría, todo lo que ella produjo durante su vida se perdía. Ahora se sociabiliza esa producción y deja inscripta en la historia nuestra existencia, nuestro pensamiento y los temas que queremos discutir. La hegemonía puede negarse a discutir, pero las situaciones ya están planteadas y, si las leen en el futuro, espero se reconozca que estamos siendo dañadas en nuestra dignidad como seres humanos. Un reto para las organizaciones sociales sobre derechos humanos es que dejemos de pensar en *ghettos*, entender que todos merecemos los mismos derechos.

— ¿Cómo ves el uso del término “trans” en algunas teorías incipientes?

— Localistas, empobrecedoras, una especie de copia del original. En “Futuro Transgenérico” proponemos pensar que la palabra “trans” es el original. El original sos vos y la sociedad verá cómo se adapta a vos, en la medida en que no se ejerza violencia. Hay visiones que son muy asimilacionistas: “Somos como ustedes, aunque un poquito diferentes... bla, bla”, y son esas las que tienen más chances de quedar registradas como propuesta totalizante. Se nos considera muchas veces como una copia del original, la esposa es digna, todo lo otro es indigno, por eso estamos en la prostitución, se nos paga un servicio, se asegura que no haya contacto fraterno, humano, respetado, regulado como nos gusta hacerlo a nosotrxs.

— ¿Qué crees que aporta la producción travesti?

— Cómo defender la alegría, el humor a pesar de la violencia del contexto. La salida colectiva del conflicto, que a pesar de todo se puede ser buena gente. Los trabajos de Susy Shock, de Naty Menstrual, Carnes Tolendas, las santiagueñas de “Días de Libertad”... creo que esos son aportes geniales, producto travesti puro.

TRAVESTI MAL EDUKADA

— ¿Cuéntame dónde naciste?

— Nací en el 68, en una naciente comuna periférica de la Región Metropolitana, al sur de Santiago. En una pre-geografía, en un territorio de pastos altos donde antes nadie había armado casas de palos y fonolas.

— ¿Cómo está formada tu familia?

— De mi mama, una mujer empecinada en el progreso, que pario cinco hijos y una sola hija. Es decir, me crie con cuatro hermanos mayores y una hermana menor. Ella siempre nos repitió, recuerdo; “tienen que aprender a leer y escribir para que sean más que yo”. Éramos unidos, hasta que crecimos y nos olvidamos. Mi papa era un hombre que no sabía querer.

— ¿A qué se dedican?

— Jajaja... a tener hijos, a trabajar para el mes, a endeudarse y desesperarse por las deudas, se dedican a todas esas cosas y podrían dar la impresión de ser felices.

— ¿En la actualidad te reúnes con ellos?

— Muy poco. Solo cuando es necesario. El reunirme obligatoriamente con ellos es como tener que pagar una manda a la virgen. Una penitencia.

— ¿Y cómo es tu relación con las nuevas generaciones, sobrinos, etc.?

— De todo un poco, ha habido momentos en que mi travestismo los revolucionó, pero después crecieron y me convertí en una enemiga, autoritaria y pre-moderna, según ellos manipuladora y arbitraria. Ser parte de una familia, en definitiva, fue un aprendizaje de domesticación, manipulación y subordinamiento del que si llegamos a ser conscientes, podemos alejarnos sin ninguna culpa, para construir todo lo contrario, relaciones horizontales y soberanas.

— ¿Qué tipo de educación tuviste?

— Mis estudios los realice siempre en el sistema público, llegue hasta la secundaria al cumplir 17 años. Ahora a mis 43, curso cuarto año de la carrera de Trabajo Social en una universidad privada.

— ¿Cómo eran tus días de clase?

— En la primaria totalmente inconsciente, de mí, del mundo, de una racionalidad rudimentaria pero feliz, hasta que me gritaron “Tereso” y “Maricón”... a medida que fui aprendiendo a juntar las letras fui entendiendo que yo no era linda y que el mundo cualquier día se podía acabar. Desde la primaria fue que empecé a vivir con miedo.

— ¿Sufriste discriminación escolar?

— Si una no sabe ni leer, ni escribir es imposible elaborar la respuesta con claridad. Recuerdo que por ser distinta, recibía amenazas de pelea al salir de clases, pero también recuerdo las burlas al salir a la pizarra, al ir al baño, al jugar con mis amigas. Pero lo más doloroso que recuerdo es que un compañero de curso, el que siempre me defendía y con el que hacíamos las tareas, un día me dijo: “oye, no te puedo querer porque no eres mujer” [...] ese niño me hizo tomar conciencia de que yo no sería nunca parte del deseo.

— ¿Si abandonaste la escuela, cuál fue el motivo?

— No, mi mama nunca me dejaría desertar de la oportunidad que ella nunca tuvo. Ella siempre dijo que saber leer y escribir nos haría personas mejores.

— ¿Cuándo y cómo te diste cuenta que no eras la única trans del mundo?

— Ni me imagine de mí una categoría antes de entrar a la organización. Por los alrededores de las poblaciones donde crecí siempre hubo hombres que se vistieron de mujer, de quienes se nos protegió de conocer, eran solitarios, de un aspecto deteriorado, de hábitos culposos, por lo que nunca fueron esas personas a las que yo me podría referir como identitarias, imposible. Mi mamá no me lo permitiría. Cuando crecí, me habían dicho tantas veces “Maricón” que eso fue lo que creí. Crecí con la ingenua creencia de que la gente siempre decía verdades y certezas. Nunca conocí a una loca de mi edad. Yo fui hasta los 24 una loca baldía, hasta que conocí a las chicas de la calle, mayores que yo, con historias reales y magníficas que ya me las quisiera yo. Allí en la esquina fueron ellas las que me bautizaron y me dijeron que yo era travesti y les creí. Yo no sabía que yo era travesti hasta que las travestis me lo dijeron y lo asumí con felicidad porque me demostraban que si se podía.

— Aún persiste ese sentimiento ¿Qué tuviste cuando ese chico dijo que no podía quererte?

— Sí, después de años de haberme capacitado en Derechos Humanos, solo cuando comencé mis estudios de diplomado de género y sobre feminismo, fue que dimensioné que es la violencia simbólica, antes nunca me lo podría llegar a imaginar, cada vez que me dijeron que yo no era mujer, que era maricón, era que me lanzaban fuera de la posibilidad de que yo y mi cuerpo pudieran ser sujeto de deseo y placer. Es incomprensible que esa sentencia no se establezca como la discriminación mayor. Que alguien crea y sentencie que hay quienes no pueden ser sujetos que ameriten amor y deseo, solo porque son distintos, otros o raros, me parece que es no saber ni leer, ni escribir. Una vez me lo dijo un compañero revolucionario, pero su concepto de diversidad no era distinto al hegemónico, heteronormativo, patriarcal, porque es imposible que una travesti sea revolucionaria, crítica, resistente, somos tan banales que no alcanzamos a entrar al interior del concepto diversidad. Da la impresión de que la revolución a la que se aspira es a una revolución neoliberal que les de más privilegios al

patriarcado, a su producción y reproducción. Por eso comprendo que se diga que yo doy asco, porque para decir lo contrario se tendría la obligación de perder todos los privilegios. Esos revolucionarios son revolucionarios al pedo.

— ¿Cómo crees y para qué crees que el Estado chileno te educó?

— Creo que se nos mal educó para servir. Da la impresión que las nociones de mundo son “amo y siervo” y cuando nacimos el mundo ya estaba repartido y nos resignamos a ser hormigas. Los amos ya habían determinado quienes eran los siervos. No se nos educa para la toma de conciencia. No se nos educa para buscar otras soberanías, porque los amos demandan servidumbre. Siervos que teman a sus amos. Durante mucho tiempo de mi juventud di crédito al miedo de que el mundo se acabara y que yo fuera a dar al infierno por mala, pervertida. Durante mucho tiempo al juntar las letras leí con naturalidad miedo al miedo y a la vergüenza. A las mujeres se les educa para ser madres y a nosotras las travestis, ni escritoras, ni creadoras, solo prostitutas.

— ¿Crees que el tipo de educación imperante es una tendencia mundial?

— En Latinoamérica sí, por ejemplo en países de Latinoamérica se habla de desarrollo humano/sustentable, haciendo estudios estadísticos en poblaciones amplias, de masas de personas que responderían a niveles regulares de calidad de vida, pero, poblaciones que, cuando son abusadas en sus derechos, carecen de herramientas para defenderse de la burocracia. Lo que quiero decir es que, juntar las letras no es saber ni leer, ni escribir. Saber leer y escribir es la conquista de la defensa. Es falta de ética y moralmente imposible hablar de desarrollo humano si el pueblo sobrevive sometido, donde la víctima es impotente de elaborar de manera crítica su horror.

— ¿Cuándo decidiste participar en la marcha estudiantil?

— Es una reflexión salida del feminismo y la Teoría Queer de Beatriz Preciado hecha por una travesti cualquiera con años de trabajo en prevención de SIDA. Digo, he visto morir a tantas amigas travestis más jóvenes que yo, de SIDA o asesinadas en las calles, antes de haber vivido, antes de haber recibido y leído una carta de amor, y a nadie

le importó. Tengo amigas travestis que se murieron sin haber escrito una carta de amor. Tengo amigas travestis que no se pueden imaginar tener el derecho de escribir cartas de amor. ¿Qué diría el mundo? El mundo diría naturalmente, solo los hombres y las mujeres tienen derecho a escribir cartas de amor. Para escribir cartas de amor hay que conquistar la lecto-escritura. Conquistar la propia defensa, sin miedo y sin vergüenza.

— ¿Por qué las cartas de amor de una travesti no alcanzarían a ser literatura o poesía?

— Quiero decir, no tengo por qué ser otra, para hacer reflexiones críticas de mi mundo, del mundo travesti, del cuerpo que para el sistema es un fracaso. No es necesario que una sea una luminaria para desarrollar la capacidad de juntar las letras, interpretar, hacer una lectura arbitraria, para tener historia, hacer historia, hacer registro, hacer memoria, escribir por ejemplo todas las cartas de amor travesti que la civilización y la historia desacreditó. No tengo por qué ser una travesti que pase piola para bordear la soberanía del deseo y el placer. Si la demanda estudiantil es hacer la revolución, es necesario hablar desgarradoramente ¿La revolución que se espera hacer será en relación al modelo económico? o como dice Freire, en relación a la virtud ontológica de ser más.

— ¿Cómo se te ocurrió el cartel?

— Hablo desde el fracaso de mi cuerpo no reproductivo. Mis prácticas sexuales responden sólo a prácticas de deseo y placer. Es decir, al ahora y aquí. Esto para el sistema económico, es fracaso y barbarie. El deseo y el placer son características pre humanas, carecen del dominio de la razón por sobre el cuerpo, de esa iluminación divina, que hace al ser humano un ente superior. Es decir, asumo entonces, que es una pretensión denominarme ser humano cuando su soberanía y libertad está determinada por su capacidad de consumo en el modelo económico neoliberal. Desde esta perspectiva, soy un animal contra el neoliberalismo, cuando me quito el uniforme heterosexual que consume todo, cuando asumo mi periferia, fracaso y pobreza, aislamiento, soledad, enemistad y conflicto, sin llorar. Hablo desde el placer de la monstruosidad. La monstruosidad

es irreplicable, es una unidad, nadie desea ser lo monstruoso, por lo que la masa se repliega a lo uniforme.

Digo públicamente; tengo todo el derecho a no reproducirme. La heterosexualidad no es más que un modelo económico que establece como sentido de la existencia humana; la explotación productiva (trabajo), la replicación de la especie (familia) y el consumo (ser parte del mercado) engranajes que tienen la virtud de autosustentarse si es que se conserva su hegemonía. Lo único que nos hará libres será la monstruosidad, el reconocernos mamíferas, raras, contradictorias, disidentes, feas y malas como las arañas.

BRUJEANDO CON MARÍA MARTA

El calor me abrazó potente en mi tierra. El encuentro con la bruja tenía que ser entrada la tarde para aprovechar así el abrigo de la oscuridad. Antes de verla tuve que cumplir con algunos requisitos como baños calientes con miel y perfume para mejorar la receptividad y un giro por adelantado para que ella pudiera comprar la exótica miel de palo, velas hechas a mano, hierbas como ortiga, juncos flexibles, quebracho blanco y colorado para afianzar los “trabajos”, la tusca que cicatriza todas las heridas, el pasto ruso que fortifica y da abundancia... elementos necesarios para un buen “despacho”.

Pasé a buscar a María Marta por la peluquería donde trabaja, “Martha Coiffeur”, local pintado de verde eléctrico tipo “Matrix” a metros de la plaza principal de la ciudad. Salió a recibirme apurada, con el pelo mojado, recién teñido de un amarillo anaranjado. Sus compañeras de trabajo salieron a despedirla, intrigadas por mi visita. A pesar de los años su cuerpo se contoneó con gracia para subir al auto no sin antes acariciar uno de los faros delanteros, como parodiando una publicidad de televisión.

— ¡Ay nena qué bueno que viniste! ¡No sabes los calores que estuvieron haciendo aquí! Te cuento que todo está marchando bien, ellos tienen que pagarte, saben que tienen que pagarte. Yo le estuve pidiendo a los fieles difuntos, a los espíritus del monte, a los animales. ¿Me conseguiste el perro?

— ¿Qué perro? No me dijiste nada sobre un perro.

— Ah. Bueno, necesito un perro para el despacho. Pero no importa, lo podemos usar para el año que viene para el despacho importante.

— ¿Pero para qué un perro? ¿No lo vas a matar no?

— No querida jaja, ya se me ocurre tener que matar un perro. Bueno, una perra sería mejor... lo que hago con la perra es ponerla de penitencia así sale el trabajo.

Cuando entramos al patio de la casa de María Marta los pájaros estaban adormecidos, ya dentro de sus nidos en las pajareras.

— Pasá Juancito, me gritó mi amiga hechicera desde la pieza.

Pasé por el comedor, donde estaban, a la mesa, la mujer del hijo, dos niñas y un niño pequeño, comiendo bife con puré.

— ¡Llévate a uno a Buenos Aires, pero al chiquito no, que es mío...! —gritó y se rió a carcajadas.

Se preparó como para empezar la ceremonia ahí mismo, entre plumas, lentejuelas y posters de Jesucristo. Contrariado, le recordé que me había prometido hacer el trabajo en el monte, cerca de un curso de agua. Le dije que me parecía divertido irme con ella en la moto hasta algún paraje lejano donde pedir por mi suerte. Me contestó que la moto estaba rota, que uno de sus hijos la estaba arreglando, así que fuimos en mi auto hasta la costanera remodelada donde ahora hay un gran basural.

Caminamos entre los yuyos y encontramos un claro en medio de los matorrales. Ahí María Marta prendió un cigarrillo y me hizo parar en el centro con ambas piernas abiertas y los brazos apenas separados a los costados. Tomó unas plumas de pavo real, unas de la cola de esos pájaros que crían solamente los monarcas y las ató con una cinta roja furiosa. Con ella empezó a hacer movimientos ascendentes y descendentes sobre mi cuerpo, entre las axilas y la ingle, y me entregó el amuleto improvisado hecho un bollo, con la condición de que lo tirara

hacia atrás y que no viera el lugar donde caía. Atento y expectante le pregunté qué más íbamos a hacer. Hizo una larga pitada y se agachó a buscar entre los utensilios que había traído dentro de una bolsa de plástico y encontró otra cinta de raso rojo, idéntica a la que tiré en el agua junto a las plumas. Subió la botamanga de mi pantalón y la ató a mis tobillos. Me dijo que la tuviera conmigo por quince días, que me la sacara sólo para bañarme. Conjuró a los difuntos y a los animales del monte, a las fuerzas de mi tierra salamanquera. Maldijo a los que me hirieron e iluminó y glorificó mi energía.

— Vos siempre sentite como el mejor. Yo soy así. Sé que cuando yo llego a un lugar, aunque esté lleno de yeguas, la Marta es la Marta. Yo te he visto y me di cuenta de que íbamos a ser buenos amigos, yo cuando me encariño con la gente soy muy de llamar, de ver cómo andan, qué andan haciendo... a mí me preocupa que tengas auto en Buenos Aires, con todas las cosas que están pasando.

— Gracias Marta, pero yo no tengo miedo. Nada me ata, nadie me ata, soy una persona muy libre.

— Voy a pedirle por vos a San Jorge, para que sigas siendo libre, como cuando estabas en el vientre de tu madre.

Nos despedimos y prometí verla al día siguiente para entrevistar a la actriz y militante travesti Luisa Paz. Ya en la cama, antes de dormirme, me di cuenta de que la cinta había desaparecido...

LUISA PAZ Y MARÍA MARTA LEIVA, ACTRICES TRANS SANTIAGUEÑAS

[...] Acompañado por María Marta –una de las protagonistas de la obra de teatro travesti “Días de Libertad”– pasé a visitar un domingo por la tarde a la activista Luisa Paz, para tomar unos mates y charlar. Nos esperó en la puerta de su casa, al lado de un ejemplar de palo borracho –al que la dueña de casa rescató de terminar como bonsai– en el barrio Primera Junta. Charlamos varias horas en un típico patio santiaguero, austero, piso de tierra, rodeado de enormes y añosos cactus.

— ¿Santiago del Estero es una ciudad transfóbica?

— En Santiago del Estero se da una situación muy particular: es una de las provincias en las que se acepta más a la travesti pero es una de las más transfóbicas. La transfóbica se traduce en el estancamiento en cuanto a consecución de derechos. Está todo bien pero hasta ahí: no empiecen a hacer ruido porque pasas automáticamente a formar parte del grupo de los rebeldes. Cuando armamos la obra de teatro lo que llamó la atención es que toda una ciudad movilice a

doscientas mil personas para ver un curso cuyas participantes son, un setenta por ciento, travestis. Esos tres días nos sirven para mostrarnos tal cual somos, pero también nos encasilla en ese lugar de espectáculo y nada más.

— ¿Las compañeras trans están organizadas?

— El movimiento trans en Santiago es muy fuerte. ATTA es muy fuerte pero no hay mucho apoyo de otras organizaciones. Aquí hicimos un trabajo junto a UBATEC (Empresa de prestación de servicios y transferencia tecnológica de la Universidad de Buenos Aires) donde se capacitó a personal policial, unos trescientos sesenta efectivos, donde se les enseñó entre otras cosas sobre el uso correcto del preservativo. Fue muy fuerte encontrarme frente a ellos, todos sentados, y yo como oradora que les explicaba, les enseñaba. Yo transpiraba, estaba helada... y un oficial en un momento levantó la mano para hacer una pregunta y se dirigió hacia mí como "Señora". Ese momento fue muy importante, que se pueda enseñar sobre la diversidad, explicar sobre el respeto, sobre el trato con la comunidad. En ese momento aprendí que al enfrentarnos no logramos lo mismo que dialogando. La gente cambia su forma de pensar, entiende la situación de las trans. Con que sólo una persona comprenda esta problemática ya es suficiente. Ahora por ejemplo vengo de Clodomira, una ciudad del interior donde vamos a trabajar en hospitales, articulados con profesionales, ellos son los que nos abren la puerta.

— Desactivaste la operación que utiliza el irrespeto como factor corrosivo del poder...

— Sentí la valoración de mi trabajo, me inflé, me sentí por un segundo como un robot de transformer que se agrandaba y aplastaba a todos. Ese cambio de roles me dio seguridad, porque yo no soy ni licenciada, ni siquiera terminé el secundario... En ese segundo el respeto me dio poder, la igualdad dentro de ese espacio me alimentó como ser humano, me hizo un "click" que me cambió para siempre; a partir de ese momento deseo estudiar, siento la necesidad de tener un título, quiero ser alguien en la vida. El activismo me cambió 180 grados. Me fijo en las cosas que hago, lo que digo, cómo defendiendo causas y cómo demando cosas.

— Ese irrespeto también coarta las opciones de superación personal...

— El año pasado una chica trans entró a la universidad, muy contenta, emocionada por estudiar enfermería. Duró tres meses por el acoso de un profesor que la llamaba por su nombre masculino. Hubo oportunidades que la llamó de esa manera diez veces durante una clase. Yo le pregunté por qué se había rendido, ella me contestó que no aguantó el ensañamiento, el ninguneo y la discriminación feroz a la que la sometía este educador, que a su vez había diseminado ese estigma en el resto de sus compañeros. Más allá de que ella fue explicando a cada uno su identidad, tuvo que irse y abandonar su sueño y pararse de nuevo en la calle. La adecuación de los datos personales con los que figuran en los documentos abre la puerta para que podamos conseguir otros trabajos o un acceso a la educación que ahora nos están vedados. Para trabajar hay que capacitarse y aquí en Santiago las chicas no pueden estudiar. Hay una escuela, la Sarmiento, donde hay una compañera cursando. Ella habla muy bien de la directora y de sus maestros pero es una sola escuela y no todas queremos ir a esa escuela. Acá hay dos opciones: o sos peluquera o sos costurera. Las mismas clientas dicen "Ay, las travestis tienen muy buena mano para el pelo, cómo agarran el cepillo, como hombres...", la mayoría ni siquiera dicen "la travesti". Eso es lo que se escucha, lo que se ve en la calle y esa no es la mejor opción sino que cada una debe poder elegir lo que quiere estudiar, el oficio que quiera tener. En Santiago del Estero no hay ni una travesti recibida en la universidad. Eso es grave, las que somos grandes vemos que a medida que pasa el tiempo se pone más dificultoso sobrevivir, conseguir las cosas. En un tiempo no muy lejano van a estar como estamos nosotras ahora. Se deben impulsar leyes, generar cambios en contra de la discriminación.

Un Afgano, un Yorkshire arman una batahola debajo de la mesa y hacen tambalear mate, termo y otros utensilios.

— ¿Cómo fue tu experiencia en Buenos Aires?

— Fuimos invitadas las representantes de todo el país para hacer la presentación del anteproyecto de la ley de identidad de género. Fue muy emocionante formar parte del grupo que exija un cambio al

Estado. Siento una enorme responsabilidad como parte de un grupo de personas que pudo llegar a esa instancia. Como trans, al lado de otras agrupaciones, estamos un poco atrás todavía. Yo no sabía que iba a hablar, no estuvo preparado que yo hablara, sí que Romero y Braudaco –representantes de ATTA– lo hicieran. En ese momento empezaron a pasarme por la mente filminas, retazos, fragmentos de mi vida, cuando éramos llevadas por la policía, sometidas a una violencia enorme... Muchas de nosotras quedamos marcadas por ello. En las provincias, sobretudo en el Noroeste argentino esta represión sigue en pie, la policía sigue ejerciendo esa violencia sobre nosotras. Me emocioné hasta las lágrimas, que también eran de alegría, de fe, de esperanza, de creer que se puede, porque cuando me incorporé, cuando empecé a militar lo hice pensando en la necesidad de entregar preservativos a las compañeras en situación de calle y ahora este margen se está corriendo y que podemos pedir otras cosas.

— Satisfacer necesidades concretas pero también trastocar ciertos valores...

— Claro, lo interesante es que los temas se debatan. Sabemos que nos van a dar cachetazos pero también que nos va a apoyar gente que no nos imaginábamos. Con esta ley las personas que lo necesiten harán un cambio registral en las partidas de nacimiento a través de un trámite administrativo y no judicial, que el director de cada distrito firme y autorice con los comprobantes necesarios –fotos, testigos, etc.– que acrediten que una vive de esta manera hace “X” cantidad de tiempo. Así vamos a poder cambiar ese registro, esto significa un gran cambio ante nosotras mismas y ante la sociedad y podremos llevar el nombre no ya que queremos sino que necesitamos.

— ¿En qué momento de tu vida aparece esta faceta militante?

— Teniendo una vida tranquila, siempre con el mismo hombre, con quien hace 21 años que estoy en pareja. Nos conocemos desde niños, desde que teníamos 10 años más o menos. Por las vueltas de la vida me fui a vivir a Buenos Aires y cuando volví él ya tenía 18, estaba transformado en todo un hombre, y yo ya era trans. Nos *flasheó* a los dos ese cambio y ese año, 1987, nos vimos, nos enamoramos, ahí nomás nos juntamos, convivimos. No estuvimos nada de novios, si

bien éramos conocidos, vecinos, no sabíamos mucho el uno del otro, ni los gustos, ni las formas de ser, igual nos fuimos a vivir juntos. Y no nos separamos más. Al principio como todas las parejas tuvimos momentos de desencuentros pero se fueron suavizando, ahora estamos tranquilos, cambió nuestra forma de actuar, nuestra forma de querer –otra batahola perruna, pero esta vez en el patio, obliga al marido de Luisa a salir en cueros y con un short de gimnasia a espantarlos.

— Contame sobre tu lucha personal para vencer estereotipos...

— A mi me venía sonando hace un tiempo largo la idea de cortarme el pelo. Nunca tuve problemas respecto al pelo, al que considero un arma de seducción –el pelo largo, mucha cantidad– pero no me encasillo en tenerlo largo. Hace un mes más o menos me planteé la necesidad de un cambio. Para ello me hice una pregunta: ¿qué clase de mujer quiero ser? ¿Quiero ser una vedette, una modelo, una mujer llamativa... o tal vez como una vecina del barrio? Decidí ser una trans que lleve con orgullo las canas, el pelo corto, portar la madurez con altura, el paso del tiempo, la experiencia. Las personas que vieron mi cambio me dijeron que me quedaba bien, las que me dijeron lo contrario fueron las trans que siguen el estereotipo del rubio, pelo largo, maquillaje las 24 horas... a las que no cuestiono pero apunto a ser otro tipo de travesti. Quiero ser lo más natural, normal, común... con todo lo que esas palabras significan.

Mi amigo Manuel me presentó a Adolfo, ex dueño de Teleny, en un estreno teatral de calle Corrientes. Conversamos entre una marea bulliciosa de ex estrellas con peinados enormes como sus egos que se paseaban por el foyer con un vaso de plástico con fernet mentolada. Teleny, según me adelantó Manuel, era un bar gay que funcionó a pleno entre coimas y allanamientos en la Buenos Aires post-dictatorial. Tras un saludo afectuoso, le prometí a Adolfo que lo iba a contactar para una entrevista. Una llamada telefónica previa ya me pintó al personaje de cuerpo entero "ahora estoy viejo, pero dicen que fui el puto más lindo del ambiente", me confesó sin mucho preámbulo. A las 21 en el bar "La Poesía", concretamos.

Manuel fue en sus años mozos habitué de reductos gay y fervoroso consumidor de producción homosexual. Es un agudo observador de gran sentido del humor, característico de la provincia del

interior de la que se vino a los 20 años. Siempre que me habló de Teleny me aclaró –como si yo lo hubiera puesto en duda– que no iba ahí de levante, pero que aún así se le acercaban políticos, cirujanos, modistos, y que todas estaban como locas con el potranco porteño.

“La Poesía” no es otra cosa que un típico bar porteño repleto de turistas extranjeros. Saludo a un señor solo, me presento. No era Adolfo. Disculpas, rubor y mi cuello se alarga buscando un señor puto ex lindo. Nada. Dos inglesas charlan animadamente en una mesa repleta de comida, una chica se ríe a todo volumen, carcajada impostada. Encontrar un lugar con un mínimo de privacidad se suponía un lujo entre tanta cháchara, pero la suerte me ofreció una modesta mesa con dos sillas en un lugar alejado, debajo de una escalera. Pasaron unos cuantos minutos y me decidí a llamarlo a su celular. “Ah, ya estás ahí?”, me preguntó con un modo pausado. “Ahí bajo”, dijo, y cortamos la comunicación. Claro, pensé, este señor se debe encontrar con los chongos acá. Es ideal para los encuentros a ciegas post-chat: mucha gente, nadie conocido, cerca del bulo.

Yo era el único cliente solo, mosca en leche diría mi abuela, por lo que Adolfo me ubicó en seguida. No se disculpó por llegar tarde, en cambio se excusó por las bolsas de sus ojos y me aclaró que se iba a operar pronto.

Mientras él hablaba, observaba sus rasgos: ojos muy claros, acuosos. Me detuve en la cartografía de las arrugas de su cara: ríachos de tristeza, estuarios de soledad, islotes de alegría, archipiélagos de amores que ya no están. Me toqué la cara, la tengo flácida, pensé. Tengo que pedir turno con el dermatólogo, volver a usar el ácido glicólico y retomar los ejercicios faciales. ¿Cómo eran? Ah, abrir la boca tipo Susana Giménez para la foto, pero cubriendo los dientes con los labios. La boca queda como un agujero glorioso, como la boca de la verdad pero más amplia. Hay que sostener esa postura hasta que los pómulos ardan, las mejillas se sonrojen y uno sienta un dolor muscular dulce. ¡Ah pero yo soy usuario avanzado del “facercise”! eso significa que ya puedo complementar con

un movimiento de brazos hacia arriba, que la energía fluya y eleve los tejidos al olimpo de la eterna juventud.

Adolfo trajo unas cuantas fotos –no eran más de diez– junto a algunas hojas escritas a máquina muy prolijamente guardadas en un folio de nylon. Antes de mostrármelas se puso los anteojos, no sin antes renegar por su astigmatismo. Recordé que tengo astigmatismo y miopía pero no uso mis anteojos, o por lo menos no tanto como debería. No tengo canas a pesar de que pasé los treinta. ¿Qué pasaría si empiezan a salirme esos pelos blancos terroríficos?

Una foto grande lo muestra a Mr. Teleny con una vedette emplumada. En otra está con una señora regordeta de unos sesenta y largos que fuma con estilo y posa para la foto mirando sutilmente a un costado de la escena.

— Es una tía que vivía en España y cada vez que venía a visitarme nos lo pasábamos en el bar. Si van a publicar las fotos, sacala porque no tiene mucho que ver, ¿no?

Mientras me asesora sobre mi trabajo, reparo en su pelo plateado. Me recuerda que sí tengo una cana. ¡Justo en medio del flequillo se le ocurrió aparecer a la guacha! Encima es enrulada, como para resaltar más. Adolfo se excusó por no haber traído más fotos pues dice ser pésimo para posar. Me perdí gran parte de su monólogo por pensar en los ejercicios faciales pero siempre está el grabador para salir de apuros. Era imposible entablar algún tipo de conversación entre tanto bullicio, por lo que me invitó a su casa, en una próxima entrevista. Sonreí cuando me entregó, antes de irme, un sobre de papel madera. Me dijo que era un libro con recuerdos que había escrito hace mucho, usó un tono de confesión. Hasta lo había mandado a una editorial y todavía no le contestaron. Me pidió que lo cuidara mucho. Me sonreí, pues recordé lo que había averiguado sobre “Teleny”, la novela adjudicada a Oscar Wilde, gestada –según cuenta la leyenda– por un juego, un ir y venir de manuscritos escrito por un grupo de amigos. Le prometí cuidar de

sus memorias y me despedí. Yo sé que Adolfo se quedó mirándome por la ventana cuando crucé la calle Bolívar.

El departamento de Adolfo era tal cual me lo había imaginado. Un confortable y luminoso ambiente con plantas, fotografías y recuerdos. Me atrajo la foto de una mujer muy sofisticada, de rasgos atléticos y de contextura delgada que regía el lugar desde una ordenada biblioteca. Cuando nombró a su madre se hizo un silencio absoluto. Tomó el portarretratos y limpió el polvo del vidrio con el dedo índice. Me dijo que siempre fue espléndida, que siempre había sido flaquísima, una figura excepcional.

Lo miré detenidamente, traté de imaginarme cómo me vería dentro de 25 años, ¿podré seguir usando flequillo, tasa y delineador? El anfitrión me trajo de nuevo a la realidad con una suave señal que dirigió mi mirada a otro estante. Una foto de una joven sumamente bella y aristocrática que baila con un muchacho de espalda gallarda. Parece un baile de embajadas, fiesta del Jockey Club o algo por el estilo. Era su hermana, a quien no le gustaron para nada algunos de esos poemas atrevidos de Adolfo. Y los publicó igual.

Cuando volvió con el libro Adolfo ya tenía puestos sus anteojos bifocales y una lapicera en la mano. Había escrito: "Para Juan con cariño", Adolfo. El libro es pequeño, blanco, de no más de cincuenta páginas. "Adolfo de Teleny, un rato de belleza" dice en la tapa.

Lo abrí, lo hojeé un poco. "Todavía te queda un rato de belleza" firmado por Manuel Mujica Láinez parece ser la explicación del título. Preferí no preguntarle en qué circunstancias el escritor le había dicho eso, pues imaginé que era el mejor piropo que alguien le hubiera dicho alguna vez y que correspondía atesorarlo en la intimidad. Seguí pasando las páginas, me pregunté si ese bar no habría sido también un rato de belleza en la vida de Adolfo.

— En el momento en que abrimos Teleny llegaba la democracia con Alfonsín. Y ahí arranca la libertad. Eso fue muy importante. Ahí abrieron los clásicos: Teleny y Contramano, y teníamos la misma clientela. De nuestro pub se iban a bailar a Contramano. Nosotros teníamos el mejor bar gay de Buenos Aires y Contramano era la mejor discoteca. Todavía me sigo cruzando con algunos dinosaurios, sobrevivientes de esa época. Venían de todas las edades: ahora me cruzo con gente y le digo: ¡Ay, entonces cuando te veía en Teleny eras re chico! Claro, las locas empezaban a ir desde los 16, 17 a bailar pero mentían la edad. Se agregaban un par de años más. Ahora entiendo cuando las veo tan espléndidas. Todos se lamentan que ya no exista Teleny, ese lugar donde fueron tan felices. Ayer, en el sauna “Homo Eroticus”, uno me dijo: “vos sos Adolfo de Teleny, ¿no? Ay, quería agradecerte por todo, los momentos tan lindos. Era un lugar espléndido...”.

Me quedé callado por un rato, pensaba en lo idealizada que tenía la época, en cómo el tiempo amolda los recuerdos y los preserva. Manuel me dijo una vez que uno de los enemigos de Teleny era Gasoil, que también era un pre-dance. Le quitó bastante gente porque estaba justo en frente del boliche Búnker. Se hacían unos shows con un contenido de fuerza sexual insólito hasta para él, que había viajado por todas las grandes urbes del mundo. Me contó que se podía ver sobre la tarima a un macho que se masturbaba y eyaculaba directamente en el pecho del partenaire o el extraño show de Ricki, un *streeper* que subía a escena con un vaso. Cuando lo ponía al lado de su miembro el trago largo parecía un tubo de ensayo. Ese era el show. También recordó que cuando Federico Klemm iba a Gasoil se llevaba a todo el plantel de *streakers* a su casa. Mucho de ese material pasó a formar parte de su obra.

Seguí hojeando el libro de Adolfo, preso de una inmensa curiosidad. Recordé mientras sobrevolaba sus páginas que todavía tengo cajoneado mi proyecto de novela. Qué cobarde. ¿A qué le temo? ¿A que se enoje mi padre por no escribir sobre economía o

finanzas y en vez de eso me dejo llevar por mi voyeurismo y termino envuelto en historias truculentas?

En la página 22, está el enojo de la hermana de Adolfo:

Eros a la hora de la siesta

Esas siestas de provincia - mezcla de sexo inocente - es inocente el sexo - con primos y hasta hermanos - es lindo explorar los cuerpos - deseo sin culpa - con la urgencia de un milagro - a la hora de la siesta.

En sus primeros pasos en el putismo, Manuel encontró en Teleny un lugar donde empezó a tomar contacto con la cultura gay en sus famosas varietés –verdaderas tormentas de clichés que iban desde imitaciones de la Callas a Estela Rabal pasando por Las Cosas del Querer– y que resumían a la perfección los gustos de la loca media instruida de esos tiempos. Una vez me contó que Jean Francois Casanovas, Walter Soares y Gustavo Liza habían pasado por ese escenario y que era común que los muchachos más guapos de la noche –entre los que se contaba al mismo Manuel– participaran en algunas secciones del espectáculo (el infantiloides y ¿homoerótico? juego de la silla o una mímica de Pimpinela). He visto fotos de Manuel a los 18, con su metro ochenta, piel mora, cuerpo fibroso y su rememorada dotación. No eran tiempos tan libres. Adolfo me lo confirmó.

— Claro, para funcionar había que pagarle a todas las fuerzas, –me dijo Adolfo en un raptó de confianza–. A todas las cosas prácticas las manejaba Pedro, porque yo con las cosas prácticas... así que no sé cuánto se pagaba. Yo me ocupaba de cantar, imaginar el show hacer relaciones públicas Pedro iba y arreglaba. Se encontraban en lugares lejos de Teleny, porque la cana no quería que los viera Carlos Jáuregui. Le tenían miedo porque era un tipo muy culto, bien puesto y tenía acceso a los grandes medios de comunicación. Un tipo bárbaro. Volviendo al tema boliche, para que no te tocaran había que pagar, sino

te ponían un patrullero en la puerta o te hacían una redada y no venía nadie. Ellos una vez vinieron con la obligación de llevarse a uno. Eligieron a un transformista, el tipo se aterró, por lo que “La Divina Bijou” dijo: Voy yo, vamos! Y se la llevaron. La Bijou entraba y salía, no la podías amedrentar ni con un batallón entero. Es un maricón muy macho. Lo sopapearon y volvió. Un día vimos por televisión que a un boliche de la competencia le estaban haciendo una redada y filmaban a cada una de las personas que subían a un ómnibus. Lo llamamos a Jáuregui y se lo contamos. Él paró la cosa.

Página 55:

Pedro

*Lunes a la noche - pozo de soledad - fiesta de melancolía
- mi amigo murió - ¿con quién hablaré ahora?*

LOS RESUCITADORES

En San Telmo, sobre el escenario del teatro Margarita Xirgu, Lía Crucet posaba un poco inquieta ante nuestro fotógrafo. ¿Ya está? Preguntaba, y posaba durita, recientemente recuperada de un problema de columna. Frankie Kein y Manuel Arte esperaban al cronista a unos pocos metros del soberbio hogar del foyer en cuyo frente está inmortalizada la escena de San Jorge y la muerte del dragón.

No es la primera vez que estos artistas cubanos exiliados en Miami vienen a Buenos Aires; lo hicieron por primera vez en el 78 en esta misma sala y repitieron la apuesta argentina durante los últimos treinta años pasando por el Maipo, el Odeón y el Metropolitan.

Por esas ironías de la historia, el Kit Kat Club revivía cada noche en una reina del plata militarizada cuando dos cubanos disidentes, el rubio y adolescente Frankie y el moreno y flemático Manuel recreaban el ambiente del Cabaret de Liza Minelli. Ni las dictaduras pudieron frenar a estas trombas que vinieron del norte y rápidamente encantaron a una casi *open minded* Mirtha Legrand quien –según una nota del

diario La Nación– se opuso a sentar a su mesa a un “hombre vestido de mujer”, por lo que Kein no asistió y sólo Arte pudo hacerlo vestido de Joel Grey. “Igual, a pesar de ese episodio, los militares nos armaron un escenario en La Rural e hicimos un show exclusivo para ellos. Rompimos los esquemas, creo que abrimos un camino a las personas que trabajan este arte”, cuenta Arte, orgulloso.

Cuando la pareja artística responde mis preguntas, sus posturas corporales son antagónicamente complementarias: Arte es delgado y sofisticado a lo Ricardo Montalbán, habla pausado y muy didáctico; Kein es un esmerado cultor de la estampa *forever young* comparable a las deliciosas Goldie Hawn y Soledad Silveyra, se sienta en una postura semi-loto y su mirada es atenta y sus ojos tintineantes.

Cuando empezaron a trabajar juntos en 1974, Manuel recuerda que ayudaba a Frankie, de 17 años, ya que él se había establecido actoralmente en Miami, y tenía cierto prestigio. En el primer espectáculo que hicieron juntos Frankie estaba solo en escena y Manuel escribió los textos de las narraciones y presentaciones de cada personaje. El trabajo era tan agotador que se decidió perfeccionar solamente un personaje, Liza, y que Manuel personificara al maestro de ceremonias Joel Gray.

“Nosotros caracterizamos estrellas que, a su vez, están haciendo de ellas mismas. A Streisand, famosa por su malhumor, nosotros la mostramos en un momento que hace un personaje jovial, alegre; Marilyn, una chica fresca, luminosa y etérea, Julie Andrews una mujer frágil”.

Cuando Frankie empezó a copiar vestuarios, coreografías y gestos de estrellas, tenía que pedir permiso e ir a la parte de atrás de las salas de cine con un cuadernito y copiaba lo que veía en pantalla. Para lograr un cuadro musical a veces tenía que pedir entrar gratis 5 o 6 veces. “Igual se lograba una perfección que muchos admiraban, como la hermana de Liza, que pensó que habían conseguido el vestuario original de Cabaret y se dio cuenta de que no era así cuando vio la blusa de “Maybe this time”, que originalmente era verde y nosotros, por un problema cromático de la pantalla lo habíamos visto azul”, recuerda Frankie.

Ambos artistas aclaran que en sus vidas privadas no acuden al uso de vestimentas femeninas, aunque no dejan de reconocer que el fenómeno Victor/Victoria se repitió varias veces en la vida real, sobre

todo en los años mozos de Kein a quien, sin tanto pelo y tanta barba como ahora, los hombres lo veían como Marilyn y se enamoraban. Pero la cosa no terminaba ahí, porque cuando lo veían ya con ropa de hombre se querían acostar con él igual.

Entre tanto brillo y glamour, Kein y Arte sufrieron también penurias. Aprendieron que en el capitalismo no todo es un lecho de rosas, ya que una vez tuvieron que recurrir al arroz de relleno de una de las tetas de Frankie, plato generalmente relacionado al comunismo oriental, para mitigar el hambre voraz. Paradojas, que le dicen.

Lo más interesante de estos artistas obsesivos, perfeccionistas y de aguda mirada para captar los gestos más representativos de las divas que eligieron inmortalizar es que no encuentran un hilo conductor, una característica común entre ellas. Para preservar esa mirada prístina y despolitizada de estos imitadores de primer nivel, evité compartir mi hipótesis de que su arte perpetúa la funesta operación que el *star system* norteamericano viene llevando a cabo en estas latitudes. Nunca una Mercedes Sosa, una Violeta Parra.

La popular diva de las generosas y maternales tetas me recibió en su camarín, frente al infaltable espejo rodeado de luces, pero de bajo consumo. No me mirará nunca a la cara, sino que la charla será entre dos imágenes espejadas.

Este show devuelve a la La Crucet a sus años de vedette, cuando se subía al escenario de un teatro junto a Marrone, Stray, Barbieri, Porcel, Olmedo.

Al igual que otra grande como Valeria Lynch, Lía Crucet es fanática del público gay, porque “ellos son amigos de verdad, como Cristian de mi club de fans que me regala telas para vestidos, perfumes, flores... o como Javier, de América, que me dice mamá cada vez que me ve. También tengo amigos que iban a verme en las bailantas desde que eran chicos de 13 o 14 años y ahora ya son gays recibidos (risas) y todavía me siguen. Para ellos soy como la pachamama de la tierra”, resume Lía mientras limpia los ceniceros y pone un cigarrillo en su infaltable boquilla.

Cuando le pregunté sobre las expectativas de trabajar en un teatro con una escenografía y coreografías cuidadas como las de la revista, me contestó que en América también hace cierres de revista.

La revelación de que existían otras sexualidades fue cuando Lía era una niña, cuando su padre la llevaba a los carnavales de Lanús. “Él solía disfrazarse de mujer y todos los gays venían a joder con él, lo pasábamos muy bien”, cuenta, divertida.

— ¿Qué opinas sobre el matrimonio gay?

— Yo conozco parejas felices que viven juntos hace muchos años y no entiendo a la gente que discrimina porque no tengo esos sentimientos, pero creo que lo que impacta es el nombre.

— ¿Y cómo debería llamarse?

— Y... matrimonio y punto!

MEJOR QUE FANTÁSTICA

— Si querés que te acompañe a una obra de teatro escrita por un personal trainer, mañana me acompañas a la exposición de gatos en el Bauen –amenazó mi amigx Dani.

— Trato hecho –le contesté.

Fitz Roy es más helada en invierno si no están los trapitos, pensaba mientras esperaba a mi amigx en la puerta del teatro “El Piccolino”, ahí nomás de las vidrieras de lúrex y acrílico. Antes de entrar nos preguntamos si no formábamos parte de la fantasía de un personal trainer de TV para estar desnudo y en slip sobre un escenario. Dani dijo que valía la pena, pues los glúteos del protagonista son muy famosos, aunque no caminó por esos jardines, aclaró.

Un living blanco, un cuadro de un árbol con unas raíces que harían las delicias de una perito psicóloga: “estamos frente a sujetos conservadores y con dificultades para cambiar de opinión, tradicio-

nales y con raíces muy fuertes en sus creencias”, un libro de arte sobre una mesa, un equipo de audio y un televisor.

Ulises Puiggrós es Marcos, un psicólogo gay treintañero con cuerpo escultural abrumado por los problemas de sus pacientes y es también un actor, Martín, sólo con ponerse un poco de ropa. Un juego de luces basta para esclarecer dos tramas coexistentes y esto es ayudado por la simpleza del argumento.

Guillermo Moledous encarna al estereotipo del chongo querible, deseable, amistoso y le gustan las mujeres más que el fútbol. El alcohol –elemento infaltable para la aventura homo– le juega una mala pasada y termina encamándose con el hospitalario psicólogo. Moledous convence más en su otro papel, el de un actor que critica la obra y las actuaciones de ellos mismos. Molesta que la escena del pete se haga esperar y que sea implícita.

— ¡Qué noche me hiciste pasar! ¡Esto es mejor que Fantástica!, se despidió gritando exaltada aún por el cuadro final con música electrónica y luces que acababa de ver.

No podía zafar de ir a la feria de gatos.

La entrada del Bauen estaba repleta, cientos de personas formaban fila para entrar a un salón de exposiciones herméticamente cerrado, con doscientos siguientes gatos lipotímicos por la falta de aire, expuestos en jaulas con ventanales con rejas de plástico, tratando de sobrevivir a los embates de personas desconocidas que tocan, besan y acarician gatos ajenos.

¡Ay, allá hay una chica que hace retratos de gatos!, dice una señora muy Mirtha Legrand, en discreto jogging rosa con vivos de broderie. Se refería a una señorita que charla amablemente con los interesados, escucha pacientemente la perorata de la poética gatuna y luego ofrece sus servicios para inmortalizar al más mimado de la casa rodeado de objetos de mobiliario y adornos.

“El mío es un bengal negro y dorado, cuesta tres mil pesos”, dice una loca que muestra x celular a su ejemplar, durmiendo en un sillón de cuero. Unas hermanas solteronas que pasaban exclamaron orgiásticas lo maravilloso que era ese animal, otros que pasaban también

lo veían, venerando al pedigree. “Ah, ése es igual que el que se trajo Sarita de Bélgica”, recordaba un muchacho curioso.

— Lo que es lo femenino... siempre ellas son las molestas, míralo a éste como duerme... los machos son más tranquilos –aseguraba la doble de Negre de Alonso frente a la jaula de los siameses.

MADRE TIERRA E HIJAS

Amaicha del Valle amanece blanca de escarcha y espera la salida del sol, Inti, que convertirá el hielo en efímeras gotas de agua. Es 1 de agosto, Día de la Pachamama y la música de los festejos resuena por todas partes en celebración continuada. En la casa de Jumpi Andrada el “yerbio” –elixir de yerba mate, alcohol y hierbas del norte– pasa de mano en mano para calentar el alma y llegó el mediodía, entre chacareras y zambas hubo loco y empanadas ofrecidas por Doña Paula Pastrana.

Susy Shock y la bailarina tucumana Barby Guaman, presentes en la fiesta, esperaron hasta la tarde para cruzar a pie la ladera. Karina Martinelli, gringa afincada en la comarca, las guía y acompaña. Bajaron sorteando piedras y cactus hasta el viejo cauce del río, festival de arbustos ocres entre claros de arenas finas. Un montón de ramas famélicas arden en el centro de un círculo y las cobija en dorada luz. El abuelo fuego, infaltable testigo, calienta la sangre de las chamanas que exhalan misteriosas palabras:

Soy trans como el gran águila - Soy trans como la comadreja - Soy trans como el lobo - Soy trans como el perro de caza - Yo os mostraré mi poder. - Soy un santo, una santa - Soy trans de espíritu puro.¹

Susy empieza a latir el ritmo con su caja, bitácora plena de recuerdos y de mágicas instancias. La Barby se mueve, se regodea sobre la arena, se envuelve en su sequía, saluda su ligereza, estalla en polvaredas.

Relacionaré mi cerebro hembra con mi espíritu; mi espíritu es el padre; y los dos juntos engendrarán una generación de pensamientos también engendradores, y esos mismos pensamientos poblarán este pequeño mundo como la gente a la que tanto se parecen, puebla el mundo exterior.²

Arden llamas voraces, vuelan chispas y bocanadas enormes se alzan a los cielos como diabólicas máscaras. Susy canta a los cuatro vientos, a los puntos cardinales, Barbi se arrastra entre las piedras, sus rodillas sangran.

Hombre que se yergue en la superficie y raíz femenina
bajo el agua soy yo.³

Cuando volvieron extenuadas se unieron a los amigos amaicheños, que seguían la ronda en el patio, al lado del fuego. El noble violín de José Santucho acompaña los bombos y las guitarras. A las brujas travestis las esperaban con cantos y libaciones, sabían de la ofrenda que las travas venían de hacerle a la Pacha.

¹ Fragmento del conjuro de la chamana María Sabina.

² Ricardo II, William Shakespeare.

³ María Sabina.

EL INTERIOR DEL INTERIOR

Como una jugarreta del destino que ubica a las personas en el lugar que los colocará la historia, el teléfono sonó mientras leía un titular del diario Clarín: “Es más fácil cambiar de sexo que comprar dólares”, decía no una vedette ni un futbolista, sino el actual gobernador de Córdoba. “Hola Juancito, ya no soy más Horacio, ahora soy Blasia”, dijo la voz del otro lado de la línea. Horacio, uno de los primeros catamarqueños que echó mano a la Ley de Matrimonio Igualitario, unos años más tarde recurrió al cambio de género. Mientras transcribía la conversación, caí en la cuenta de que este llamado era una maravillosa oportunidad de ahondar en una relación humana, que muta al ritmo de los avances en derechos humanos seguidos por la actual administración del país.

— Hola, Blasia, ¡Qué sorpresa!

— Ay Juan estoy tan feliz... el casamiento estuvo muy lindo; una pena que no pudiste venir. Fue todo el mundo a visitarnos, a saludarnos... y bueno... ahora soy Blasia, ¡También aproveché la ley de género!

— Cuando visité tu casa vos estabas en Ancasti, en la escuela albergue...

— Claro, ahí fui directora durante tres años y medio en la Escuela N° 23 de Villa de Ancasti, una escuela albergue de montaña que me insumía muchísimo trabajo. Ahora estoy viajando a Buenos Aires para dar una charla sobre los retos que enfrenté en esa escuela.

— Contame ¿Qué tipo de retos?

— Primero frenar la deserción de algunxs maestrxs que se ausentaban muy seguido; esto se fue solucionando con la exigencia de un mayor compromiso. Otro era el nulo acceso de lxs chicxs al cuidado y conocimiento del propio cuerpo. Se me ocurrió entonces conseguir jaboncitos, dentífrico y cepillo, así como desodorantes para chicos y para chicas, toallitas femeninas, afeitadoras, todo lo que ellos necesitan para verse y sentirse mejor. El hombre que me entregó los productos me regaló unas bolsitas hechas a mano en tela, como agradecimiento por este aporte a lxs niñxs. La falencia más preocupante era que cada vez que una alumna quedaba embarazada, la escuela la devolvía a su hogar. La madre podría reinsertarse luego de dar a luz, cosa que nunca sucedía, ya que se quedaban en sus propias casas cuidando la criatura. Empecé a aceptar a las madres con sus bebés en la escuela hogar: de modo que lxs niñxs son cuidados por personal escolar dentro de los horarios de clase y luego por sus madres y sus compañeras. Se creó un clima de apoyo y cooperación; una paternidad compartida, maravillosa. De este modo bajó la deserción escolar por parte de las madres. El proyecto se llama “Higiene y calidad educativa con los jóvenes albergados”. Nos llamaron del Ministerio de Educación para que contáramos nuestra experiencia en la ex-Esma en Buenos Aires. Aunque ya no formo parte de esa escuela, igual voy a participar ya que fui la impulsora y realizadora de ese proyecto.

— ¿Y dónde trabajas en estos momentos?

— Ahora, soy Vicedirectora en la Escuela N° 24 de Los Saltos, departamento Santa Rosa de Catamarca, soy vicedirectora. Los Saltos es una localidad muy importante cercana a Manantiales. En la zona me conocen desde hace muchos años: saben de mi vida en pareja, mi

casamiento, con una aceptación y una mirada muy positiva. Aquí en el interior del interior, entienden y comprenden todo de otra manera.

— Cuando hablamos con César, él me contó tu faceta femenina, que te gustaba transformarte lúdica y artísticamente en mujer, pero esto no era permanente... ¿Siempre te sentiste mujer?

— Desde que tengo uso de razón me sentí una nena; yo ahora tengo 52 años; fui creciendo esperando la oportunidad de hacerlo a mi manera. Siempre traté de ser yo misma y actuaba y actué seriamente, ubicadamente en mi lugar, nunca mezclé los tantos y siempre actué de una manera tranquila, serena. Tuve mis momentos de lágrimas, sentí en mí la discriminación: cuando me acercaba a un grupo de personas yo veía el balbuceo, las miradas, y le pedía a Dios que me dejara pasar esto, que me diera fuerzas. En San Miguel de Tucumán me recibí de profesora de arte y de teatro. El arte me hizo crecer como un ser muy cómodo y feliz.

— En ese momento apareció tu pareja...

— ¿Recuerdas que César te contó cómo nos conocimos hace veinte años? Bueno, a partir de ese momento sentí un acompañamiento, una firmeza; ya no estaba sola. Cuando nos vinimos al interior, esa sí que fue una decisión difícil. Acordamos con César insertarnos en la sociedad desde un lugar de construcción, de trabajo, preocupándonos por el bien común. La gente nos incorporó casi inmediatamente y me siento en una absoluta plenitud en el pueblo de Manantiales.

— ¿Cómo vivió César tu transformación?

— Ese cambio se fue dando primero desde adentro de la pareja, ya que César se casó y vivió con Horacio; no con Blasia. Igual, siempre tomé el costado femenino de las actividades hogareñas: mi asistencia, mi mirada femenina que tiene que ver con lo estético también y ahora esto se potenció con la llegada de la bebé. La reacción de César fue de mucha comprensión y de acompañamiento en esta búsqueda.

— ¿Cómo fue el proceso?

— Una vez tomada la decisión, empecé a trabajar con una endocrinóloga con la que formamos un grupo interdisciplinario junto a una de las mejores psicólogas de la provincia, una nutricionista y una esteticista. Cada minuto que trabajé me apasioné: mi mirada era

proyectiva, ya me veía diferente. Pensaba que no iba a lagrimear más, pero con la psicóloga tuve momentos de mucho llanto; todavía estaba convulsionada, como si me estuviera despidiendo de Horacio. Me despedía también, al mismo tiempo, de una institución. Juan, me siento realizada: la gente que me para en la calle, o me llama por teléfono, me dice que tuve mucho valor, valentía.

— ¿Vas a operarte los genitales?

— Lo primero que dije fue “me quiero operar” como si eso fuera así de fácil y se solucionaba todo. Pero no, me di cuenta de que no es así. Ya estoy hecha una mujer completa, me haría cirugías estéticas de abdomen y pechos, pero no me operaría más. Descarté la operación genital por mi edad y porque siento que muchas cosas ya están acomodadas en mi vida.

— ¿Ya tenes documento?

— Todavía no, pero ya nos dieron una solicitud que será entregada en un Registro Civil. Esos formularios consisten en datos de quienes nosotrxs hemos sido y agregar los datos de quienes queremos ser.

— Ah, ¿Y por qué Blasia, de dónde sacaste el nombre?

— Ay! ¿Te gusta el nombre o no? Blasia fue una mujer pionera en Catamarca hace doscientos años. Un día, leyendo la revista Express del diario El Ancasti, leí un artículo sobre mujeres pioneras, revolucionarias en diversas facetas y una de ellas era Blasia. A muchos no les gusta este nombre; a otros sí. Blasia era terrateniente y su inserción política era muy profunda. Blasia se apellidaba Cabrera y, por esas cosas del destino, Cabrera es el apellido de mi marido. Blasia Gómez Reynoso de Cabrera, qué tal. A mí me impresionó su nombre, Horacia... Blasia... como que pega.

— Cuando estuve en esa esquina turbulenta de las calles Santa Rosa y Santa Bárbara, pactamos no hablar de la niña, ya que todavía no querían exponer el tema. ¿Cómo está esa situación?

— Se llama Zaira Nair y llegó en cuanto nació, un 12 de Octubre de 2006. Cuando ella llegó, nuestra vida cambió rotundamente. Cumplió 5 años, va al jardín. A César le dice papá, fue siempre así, pero conmigo la cosa era diferente y en ese tiempo me preguntaba qué iba a suceder... que yo no era mujer... bueno, todo eso se acomodó: quién te cría no

importa, lo que importa es el amor. Pensaba cómo quería que la niña me llamara, hasta que se me ocurrió “Mapu”, una mezcla entre mamá y puto. Cuando Zaira tenía dos años, mi amiga Blanca Gaete, una actriz tucumana muy conocida, me dijo que “Mapu” significaba “Madre Tierra”, según lenguas originarias del sur. Me encantó y Zaira sigue llamándome así.

— ¿Cuáles son los conflictos que enfrenta la niña en estos momentos de cara a la gente?

— Una vez en el jardín le preguntaron a Zaira si ella no tenía mamá; ella le contestó que sí, que tenía una mamá, que era como si fuera su mamá y que se llamaba “Mapu”. Nunca le mentimos, nunca le ocultamos nada. Mis cambios fueron tan graduales, que la niña no se dio cuenta, fue todo muy natural, muy orgánico. El día que mi hija quiera conocer su madre biológica, bueno si su madre quiere, ella la conocerá. Pienso de este modo porque me siento plena, en paz conmigo misma, sé exactamente lo que quiero para mi vida. Y creo que cuantas menos dudas y más certezas tenga mi hija, su vida será más llevadera. Con la psicóloga hicimos un trabajo de analizar mi rol como marido y esposa, como hijo, como maestro y, según ella, ése análisis hizo que yo me sintiera en todo mi esplendor.

— ¿Cómo es la niña?

— Zaira es alegre, amigable, tiene el humor del padre; yo en cambio tengo mis momentos de mal humor. Tengo un costado quisquilloso, en cambio César es un tipo fantástico, me acompaña, me lleva, es mesurado, sereno, cauto como buen taurino. Los dos compartimos las tareas con la niña, ella va a una escuela de Alijilán. Es fascinante la manera en que se van tejiendo los lazos: en cuanto se abrió el Jardín de 3 años me vinieron a avisar en mi casa.

— ¿Cómo sos, Blasia? ¿Qué look tienes?

— Fíjate en mi Facebook, dale de paso avísame si te gusta o no. Me vas a ver con distintas facetas: alisado, con rulos, por favor avísame si te gusta. Yo creo que estás viéndolo, dale decime.

— ¡No, no lo estoy viendo! ¿Y cuándo fue que apareció Blasia completamente producida en sociedad?

— Todo se fue dando de a poco. En diciembre del año pasado, tanto el 24 como el 31, estuvo Blasia. Mi madre, de 83 años, vive con

nosotros, por decisión de ella. No te puedo describir el ambiente de amor, ese ambiente familiar; Zaira está creciendo con la imagen de su abuela, muy presente. La niña no quiere ir a ningún lado sin su abuela y viceversa: se alían, se apoyan. Yo, feliz de cuidar a mi madre en su último tramo por esta vida, en el que ella también es una niña. Ando enloquecida todo el día entre mis trabajos, los cuidados de Zaira y de mamá más mi lado glamoroso, ¡que requiere muchas horas!

— ¿Cómo fuiste construyendo la femineidad exterior de Blasia?

— La primera medida fue no usar más corbata. Luego, me hice hacer unos trajecitos de pantalón y saco, no de mujer pero ya insinuando algo de femineidad. No es que ayer estuve de corbata y hoy voy de minifalda. Todo el proceso fue muy paulatino, intuitivo, hasta el golazo. Una vez aprobada la ley –un miércoles–, el lunes siguiente me presenté en sociedad en el colegio como Blasia. Los medios me reflejaron como “La pionera Catamarqueña”. Una mañana –me levanté a las cinco para empezar a producirme– me puse el traje acorde –sos la Vicedirectora, no una maestra de Gasalla pero si una señora grande, tenes que estar acorde con la actividad sin ir al ridículo– muy pegado al cuerpo, con pollera, zapatos negros, medias negras finas con líneas atrás: las maestras me decían que yo era un reto hacia ellas, porque ya no se arreglan. Ahora mientras hablo con vos Juancito, tengo las uñas fantásticas.

— ¿Y el primer día de clases de Blasia?

— Ese día entré en mi oficina, le pedí a la asesora pedagógica que formara a todo el alumnado –son doscientos alumnos– y yo creo que ellos se imaginaban que esto iba a suceder. “Ahora vamos a recibir a la Señora vicedirectora Blasia Gómez Reynoso”, dijo la asesora y los chicos se dieron vuelta para mirarme, me ovacionaron. Tuve que hacer muchos esfuerzos para no quebrarme, yo ahí, arriba, en el mástil, tres escalones arriba. “Esto es lo que yo esperaba”, les dije. No hubo miradas raras, no hubo reacciones negativas. Ahora mismo las chicas vienen y me dicen ¡Qué lindos sus zapatos, qué hermoso el trajecito que se puso hoy!

— Blasia, ¿Puedo publicar las fotos de tu Face?

— Sí, ¡por supuesto!

— Tengo que cortar, te mando muchos cariños a vos y a la flia!

— ¡Ay Juancito! Ahora en cuanto corte con vos voy a contarle a mi mamá que estuve charlando con un periodista de *Página/12*, mi hija está aquí, al lado mío, trepada a un banquito, hojea un libro de mi biblioteca y me mira preguntándose ¡con quién hablo tanto! Hoy es nuestro primer día de vacaciones, por eso es que te llamamos hoy, estamos tranquilos y aprovechamos para estas tareas.

— ¡Besos, Blasia, me fijo en tu Facebook!

— Ahí vas a ver que hay fotos mías en todas mis facetas, hay fotos del casamiento, hay fotos de mi hija y de mi madre, dale entra y avísame qué te parece.

— ¡Besos!

— ¡Chau, querido!

A los pocos días recibí el siguiente mensaje de texto “Hola Juan estamos felices le acaban de entregar la nueva partida de nacimiento a Blasia Gómez Reinoso, besos, César Cabrera”.

SIN LUGAR PARA CONFITES

Luisa Paz estaba despresando unos pollos e hirviendo unas verduras para una enorme ensalada rusa cuando sonó el teléfono; era Teresa Roldán, concesionaria del local del Círculo de Suboficiales de Santiago del Estero.

— Luisa, nos clausuraron el local. Cuando llegamos para decorarlo nos encontramos con un candado en la puerta.

La ensalada rusa era para el casamiento de Gaby, la primer travesti latinoamericana que podía casarse con todas las de la ley. Teresa no se animó a decírselo a la novia, por eso recurrió a Luisa, representante de ATTA en Santiago del Estero.

Gaby estaba arreglando las cortinas para decorar la fiesta mientras atendía su kiosco en el barrio “El Vinalar” cuando recibió la noticia. No pudo contenerse, desesperada, sus vecinos se acercaron a ver qué pasaba.

— Pero Teresa, ¿cómo fue que pasó? –preguntó Luisa indignada.

— Parece que vieron en los medios lo del casamiento. Nosotros teníamos un problema con el local desde marzo, porque ellos no nos daban el plano del lugar y no podíamos seguir pidiendo permisos provisionarios. El 26 de julio acordamos que nosotros hacíamos los planos y que descontábamos los gastos del alquiler. Pero el 3 de agosto parece que leyeron lo del casamiento y el 4 cuando fuimos a decorar el local estaba con candados, le contó Teresa, que también es abogada.

Laura Josendi estaba comprando unos zapatos para una noche especial, María Marta Leiva preparaba los canutillos y la boa de plumas, la tía Nena, la madrina, estaba en la peluquería y recordaba la ceremonia del civil del 3 de agosto, aún fresca, en la que su ahijada “Gaby” —así, con comillas como se publican los nombres de las travestis en medios nacionales e internacionales hasta que no salga la Ley de Identidad de Género— se convirtió a los 33 años en esposa de Gabriel, de 29, que trabaja en una empresa de seguridad. Más de cincuenta chicas que participaban de un taller de género estaban preparándose para ir a la fiesta y darle esa sorpresa.

Recién al otro día Teresa —concesionaria del boliche Casbah, que funciona en un local de propiedad de una de las instituciones que históricamente más persiguió la diversidad sexual— pudo hablar con la novia, que todavía estaba en shock, muy débil y en cama.

— ¿Podemos denunciarlo como un hecho de discriminación?— preguntó Luisa.

— Sí, mi marido habló con el presidente del círculo, Oscar D’Amato, y le dijo que no le gustaba lo que nosotros hacíamos ahí. Cuando los del INADI (Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo) llamen, le dicen que ofrecieron el local a Gaby, pero todo era una mentira, porque nadie la había llamado para ofrecerle nada. Si dejaron un teléfono en el diario El Liberal para que ella se comunicara. Ellos igual no pueden ofrecerle nada, porque las cosas que hacen funcionar el boliche son más.

Las invitaciones siguen en el mismo lugar, sujetas con una gomita sobre la mesa, el vestido de novia sobre la cama, el ramo en un vaso de agua, veinte kilos de torta en el freezer y todas las ilusiones de una novia se escurren en lágrimas que estallan en el piso.

FIESTA POPULAR

Doña Ramona y su nuera esperaban que pasara algún vecino para poder volver a Manantiales, pueblo de novecientos habitantes, a cien kilómetros de San Fernando del Valle de Catamarca. Duritas, las dos mujeres permanecían al lado del cartel que anuncia los kilómetros que faltan para llegar a Alijilán. “¿Nos lleva? Son cinco kilómetros nomás”.

Subieron pesadamente al auto moderno tras una mañana de trámites volvían al pueblo que hasta hace unos días tuvo su plaza principal cubierta de nieve.

— ¿Conocen a la pareja gay que se va a casar? –pregunté.

— ¡Sí! ¡Son muy buenos ellos! Yo los conozco a los dos, porque uno de ellos me ayudó a conseguir el Plan de Jefa de Hogar.

— Yo lo veo más seguido a uno, al que hace de mujer en la pareja –acotó desde atrás la jovenzuela, visiblemente interesada en informar al cronista.

— Mire, métase por aquí, yo sé dónde viven, yo le indico –guió la señora mayor.

Seguimos unos metros por una de las calles principales y nos acercamos a una casa coqueta, frente a la plaza principal, en la esquina de Santa Rosa y Santa Bárbara, donde confluyen los vientos de cambio. Ahí, dos personas charlan en la vereda.

— El que está sentado en el cordón es uno de ellos, César –dijo Ramona.

— Horacio, la pareja, no debe estar en el pueblo.

Ellas sabían todo. Nos despedimos amablemente y las dos siguieron a pie unos pocos metros hasta su casa.

El living de la casona es amplio, con ventanales de madera añeja que dejan ver los árboles de la cuadra. César dejó las puertas abiertas de la casa, de modo que todos los que pasaban por ahí “pispeaban”, saludaban y seguían de largo, con la curiosidad satisfecha por el auto mal estacionado en la puerta.

— Ni bien llegamos, en 1994, ya empezamos a acompañar a esta comunidad –*cuenta el anfitrión*– organizamos eventos sociales, culturales, fiestas infantiles, reuniones, debates que son apreciados por todos, como nosotros también apreciamos poder colaborar en este lugar. Todo lo hice con la ayuda de Horacio, docente, profesor e intérprete dramático, que ahora está trabajando cerca de la capital. Él llega entrada la noche.

Después de una recorrida por las galerías de adobe y quebracho, caminamos por el jardín repleto de plantas, habitado por patos, perros y gatos revoltosos por la visita inesperada.

— Fue muy fuerte que llegara una pareja gay a un lugar lejano a mucha información –*recuerda nostálgico*– el hecho de casarnos nos respalda jurídicamente, siento que me da derechos, nos da derecho a heredar, a legar, son veinte años que estamos juntos, me aguanta, nos aguantamos, es así con lo bueno y lo malo.

Terminado el recorrido, nos quedamos junto a la puerta, donde el futuro marido de Horacio lo espera cuando sabe que vuelve tarde. “Diecinueve años de felicidad”, resume.

— Si pudiéramos juntar los días tristes, cabrían en un solo año, un solo año desde que yo tenía 20 y estaba con mis sobrinos en la capital, en un evento infantil, un 5 de enero. Nos cruzamos, me dijo: “Creo que te conozco; espérame, voy a comprar unas golosinas”. Volvió a los veinte minutos. “¡Todavía me estabas esperando!”, se sorprendió y yo le dije que, para él, yo tenía todo el tiempo del mundo. Mira lo que son las cosas: en cuanto el clima se ponga un poco más cálido, hacemos una fiesta, una celebración con todo el pueblo, con la comunidad que nos abrió los brazos.

Me despedí con la promesa de estar presente ese luminoso día. Y César se quedó esperando a su hombre en el umbral.

EN EL PAÍS DE LAS MUXHES

El baño de fuego

Fue Vicky, la mujer de Sol, quien ofreció llevarnos. Éramos la militante travesti Diana Sacayán, el performer chileno Víctor Hugo Robles y yo los afortunados que conoceríamos ese lugar llamado Ojo de Agua de Tlacotepec, manantial cercano a Juchitán, en el estado de Oaxaca, unas horas antes de ir a las famosas “Velas”, las fiestas de las muxhes.

Salimos de la ciudad en un antiguo sedán. Vicky nos miraba por el retrovisor mientras fumaba y reía con nuestras ocurrencias.

“En Juchitán, la homosexualidad se toma como una gracia y una virtud que proviene de la naturaleza”, afirma el escritor zapoteco Macario Matus. Se refiere seguramente a la existencia de las muxhes, objeto de culto, de curiosidad, estrella de las fiestas populares, motivo de nuestra visita a México en pleno calor de noviembre. Las muxhes son aquellas personas que, como describe la antropóloga Marinella Miano Borruso, “nacido hombre biológicamente, se desarrolla en el mundo de las

mujeres, es hija destinada a la soltería y al cuidado de los padres, que reproduce, como las mujeres, la cultura tradicional y tiene vedado el ingreso al mundo masculino de poder y las decisiones, se vuelve gay, desborda los límites prefijados culturalmente, se autocelebra, exige reconocimiento de parte de las instituciones, exhibe la capacidad de manejo de la sexualidad masculina, produce e incorpora a la tradición elementos culturales propios". En algunos casos, cuando hacen falta hijas y un hijo varón no expresa la "natural" agresividad de los varones, la misma madre cría al niño favoreciendo una serie de comportamientos atribuidos socialmente a las niñas. Por esto no es raro ver a niños muxhe menores de 10 años, acompañando a la mamá a vender en el mercado o aprendiendo de ella a bordar, agrega esta autora. Cuando uno se acerca mucho a Juchitán advierte que no estamos en el paraíso de las locas, que seguimos en México, en Latinoamérica, en este mundo. Lesbianas y homosexuales que no se travisten, no corren con la misma suerte. Contrariamente a lo que pensaba, la presencia lésbica es muy reducida: las únicas "ngu'ius" (lesbianas) que conocí son Vicky y Sol.

Ser lesbiana está considerado como una desviación o una enfermedad que jamás alcanza el status social del muxhe y generalmente es reprimida; las mismas palabras usadas para nombrarlas –"ngu'iu", en zapoteco y "marimacho" en español– tienen una connotación despectiva que no tiene la palabra "muxhe".

Lejos de la urbanidad, el camino se hizo más árido, con enormes distancias secas e islotes de palmares. De repente irrumpen algunos peñascos, donde los enormes cactus sobrepasan las plantas achaparradas que llegan hasta la vera del camino. Entre ese vergel surgen las aguas, como un tesoro escondido. Diana fue la primera en tirarse al manantial, un enorme piletón natural color turquesa. Se tiró desnuda, presa de una libertad inusual, virgen, originaria. Al verla recordé la leyenda que nos contó el día anterior Betty –la bioquímica del pueblo, amiga de las muxhes–, que narra los sensuales baños que la princesa azteca Coyolitzin tomaba en esas albercas del color del cielo. Ahí mismo conoció a Cocijoeza, rey zapoteco, quien quedó prendado de su belleza. Con su matrimonio terminó la guerra que diezmaba hacía mucho tiempo a ambos pueblos. Diana nadó, rió, bailó entre los peces que acicalan a

los bañistas como atrevidos dermatólogos. Inmortalicé ese “momento Sarli” con unas fotos, mientras Víctor Hugo gritaba “¡Quítate el calzón, quítate el calzón!”, con una botella de cerveza en la mano.

Chicos, chelas y tacos

Tal griterío atrajo la atención de unos muchachos que se refrescaban cerca. En un abrir y cerrar de ojos ya estábamos lxs tres tomando “chelas”, comiendo tacos y charlando con los desprejuiciados chicos de la zona. “Pos si vinieron hasta aquí, tienen que conocer los alrededores, lxs llevamos nosotros”, propuso uno de ellos, el líder del grupo. La camioneta era roja, ranchera, entramos sólo nueve, número pecaminoso si los hay. Después de haber comprado varias latas de cerveza más, salimos del balneario, vimos pasar fincas, sembradíos, erectos machos cabríos. La volcánica excursión terminó para los lugareños en el puesto de tacos y para nosotrxs en la iglesia del pueblo. Llegamos adobadx por tanto alcohol, pero con la energía intacta por la exorbitante cantidad de aderezos picosos que comimos a la sombra de las enormes carpas que rodean el manantial: tortillas con guacamole y sopa de pollo. En la entrada de la iglesia de Juchitán ya estaban esperando que comenzara la ceremonia algunas muxhes que, junto a varias mujeres, iban a desfilan, acompañando a los organizadores de la fiesta denominada Vela a recibir las bendiciones del párroco. El cortejo estaba ataviado con todas las galas típicas, haciendo honor a uno de los vestuarios más ricos de todo México: el traje tradicional istmeño. Adentro de la iglesia, los “mayordomos” –una muxhe– y un hombre encargados de organizar durante todo el año la Vela, lucen también sus mejores vestuarios, se abanicán sus lujos que refulgen al sol del mediodía y escuchan atentamente el sermón.

Amaranta Gómez Regalado

Ella es la mayordoma de la Vela que se hará en la noche y forma parte del grupo “Las Auténticas Intrépidas Buscadoras del Peligro”.

Amaranta, por ejemplo, ocupa un lugar de jerarquía política por su acceso a centros de estudios superiores y tiene una formación profesional e intelectual que la llevó a postularse a un cargo político.

Las Velas son un festejo anual por los logros obtenidos para la comunidad, la corporización de la vocación solidaria de gremios u organizaciones sociales de diversas índoles.

El calor del istmo en pleno noviembre es insoportable, aunque la humedad es baja y los vientos constantes que azotan la región regulen la temperatura. El vestuario de las mujeres y de las muxhes contradice el clima; no así el de los hombres, que visten delgadas camisolas blancas y pantalón. El sermón del cura es bastante más permisivo en cuanto a la diversidad sexual que el de estas latitudes, pero no menos hipócrita, sobre todo en la parte en la que culpabiliza a los medios de comunicación de la discriminación, como si la Iglesia Católica no tuviera una tradición de quinientos años al respecto. Cuenta una leyenda popular que Dios le pidió a Vicente Ferrer, santo patrono de Juchitán, que llenara un saco con homosexuales para que dejara uno en cada lugar por donde pasara, pero al llegar a Xihitlán (ahora Juchitán) tropezó, se le rompió el saco y todos se vaciaron ahí. Una vez terminada la misa, los mayordomos salientes entregan el mando a los nuevos –otra muxhe– y otro hombre, ambos destacados dentro de la sociedad, y todos nos dirigimos hacia la puerta de la iglesia, donde ya se había armado el vistosísimo cortejo hasta la casa de Amaranta, en las afueras de la ciudad. Toda la sociedad deja sus quehaceres para salir a ver el cortejo, los hombres de la estación de servicio saludan a las muxhes, las mujeres que hacen las compras en el mercado sonríen al ver pasar la multitud.

“Las Auténticas Intrépidas Buscadoras del Peligro”

Biniza Carrillo se mueve por las calles linderas al mercado de Juchitán como una verdadera estrella. Ella, como otras tantas muxhes, forma parte del grupo “Las Auténticas Intrépidas Buscadoras del Peligro”, que ya tiene 35 años y que cumple un rol social preponderante, como el de la educación sexual mediante la coordinación de encuen-

tros juveniles y la organización de talleres educativos y festividades tradicionales. Las mujeres atareadas la saludan como si fuera una vieja amiga y los muchachos piropean su andar matrón. Encontramos una mesa en un bar, pedimos tequila, unos tacos y salsa picante, y empieza la charla. “Ahorita yo tengo un novio, que es mío solo. Pero si tuviera novia no hay problema, lo podemos compartir, ya sea entre muxhes o con otras mujeres”, aclara. Una muxhe amiga, en la mesa de al lado, borda un huipil. “Nosotras nos encargamos de las cosas de la casa, somos muy hacendosas... y también somos buenas en otras cosas”, acota picarona. Muchas muxhes que son las hijas mayores de la familia, toman una gran responsabilidad respecto de sus padres y hermanos: deben aportar económicamente y acompañar en el proceso educativo familiar. Pero estos roles que parecen sacados de la España franquista, que relegan al homosexual a ese lugar secundario, fue dando lugar a otro tipo de tareas más fuera del hogar, como la lucha contra el SIDA y cargos políticos y culturales de gran prestigio social.

Llegan Amaranta y Diana Sacayán, amigas activistas de muchos años. Mientras que Diana hace un trabajo territorial que consiste en agrupar, acompañar y organizar a las compañeras travestis de la zona de La Matanza, Amaranta coordina actividades que implican un traspaso de sabiduría de parte de las trans a la comunidad. Esa es la gran diferencia: en nuestro país todavía no se valoran los conocimientos culturales que una travesti puede aportar. En ello radica el gran paso en la aceptación social, aunque en la sociedad oaxaqueña aún persisten bolsones de heterocentrismo. Amaranta se suma a la charla: “Nuestro trabajo de prevención del VIH está centrado en la pertinencia cultural. Esto no significa traducir la información –sobre prevención, el acceso a información y a los insumos preventivos, del combate a la discriminación y estigmatización– de manera literal. Más bien es hacer un ejercicio de diálogo hacia adentro, intracultural, dentro de las propias comunidades para encontrar los conceptos y la manera de transmitir la información. La cultura oral nos construye y eso en nuestra lengua favorece mucho porque se transmite exactamente lo que tú quieres decir. Cuando lo transportas de otro lado, hay palabras que cuesta mucho traducir pues uno tiene que confrontar con valores pre-

establecidos de la propia cultura. A estas alturas no hay una cultura étnica pura, hemos ido cambiando y creo que hemos zapoteguizado las cosas, nos apropiamos de lo externo sin perder nuestra identidad". Kenia se suma al grupo, con su look más parecido a Ru Paul que a Frida Kahlo. Su maquillaje, las lentes de contacto de color, los tacos súper altos y su vestido de lycra evidencian la lucha cultural que se libra en esas latitudes, aunque la gran mayoría de las muxhes adopta la vestimenta tradicional. "Ya está decidido que la próxima reina será Kenia, pues ya tiene el dinero para afrontar semejante responsabilidad".

Las muxhes y un lugar en el mundo

En el desfile de muxhes llamado "Regada", ellas arrojan regalos a los presentes desde carrozas alegóricas; ollas, fuentones y otros utensilios para las amas de casa, y caramelos y juguetes para los niños. Así, las muxhes tejen un firme entramado con su sociedad desde una visibilidad asociada a momentos festivos de gran valor simbólico y tradicional. "Las muxhes me excitan mucho", escuchamos decir a un chico de no más de 15 años que miraba extasiado el desfile. Es muy común que los varones jóvenes se inicien sexualmente con una muxhe o con un hombre homosexual. "Ya uno se da cuenta que los muchachos buscan más que un corte de pelo cuando se aparecen en la peluquería justo antes de cerrar; escojo a los que me gustan y les digo que pasen luego", explica Fermín, peluquero masculino, alardeando de su estrategia a la que recurre muy seguido. Álvaro –esbelto mozo panameño que atendió a la delegación extranjera– se quejaba de lo difícil que es conseguir mujeres en Oaxaca. "Si te enamoras de una chaba, más vale que tengas mucho dinero, pues debes pagarle a la familia si tienes algo con ella, y más aún si es virgen", situación que explica el hecho de que la mayoría de los hombres debuta sexualmente o mantiene relaciones esporádicas o higiénicas con una muxhe o con otro hombre, una manera de cuidar la "etiqueta" de una mujer y de evitarse gastos con prostitutas. De hecho está bien visto que el hombre heterosexual tenga relaciones con otro hombre tras un intercambio de dinero, cerveza u otros bienes, siempre

y cuando sea en el rol de activo. En ese contexto, las muxhes se erigen como maestras en las artes amatorias, suelen desvirgar a mancebos parientes o vecinos con la explícita autorización de sus padres. Por ello es que la gran mayoría de los hombres del istmo han tenido o tendrán en algún momento de sus vidas un acercamiento carnal con las muxhes, hecho que disminuye drásticamente los actos homofóbicos, aunque aún suceden casos aislados de travesticidios e intentos de robo o de violencia, como le pasó a una joven trans de la delegación extranjera a la que un agraciado joven en bicicleta engañó llevándola a un lugar apartado con sensuales promesas, y una vez ahí trató de arrebatarle la cartera que fue defendida con garras y dientes.

La fiesta inolvidable

Una vez que estuvimos vestidos con nuestras galas, fuimos en un taxi hasta la Vela, en una especie de estadio a menos de diez cuadras del hotel. Los taxis son tan baratos que eran un vicio corriente entre la delegación extranjera. Cada muxhe es la encargada de un puesto en la fiesta; ellas son las encargadas de invitar a personalidades destacadas de la zona, como médicos, bioquímicos, actores, políticos, músicos y activistas de todas las latitudes. Cada puesto entrega botanas abundantes, llenas de platos típicos donde redundan los camarones, las paltas o aguacates, tortillas de maíz de todas las formas, frijoles refritos, moles de pollo o de carne, pescado salado –una especie de charque muy común en el istmo–, empanadas de diferentes tipos y, por supuesto, las chelas o cervezas. La única paga para poder asistir a la Vela es un cartón de chelas, que puede ser Corona o Victoria. Se puede ver a los asistentes que entran a la fiesta de a dos, un hombre y una mujer o una muxhe; ellos son los encargados de llevar los cartones en el hombro izquierdo y entregárselos al puesto, donde se sumergen las botellas en enormes piletones de hielo, lo que garantiza una rotación constante de cerveza bien helada.

Las muxhes calculan que los asistentes superaron las siete mil personas, provenientes de varios puntos cercanos a Juchitán. Hay

dos escenarios enormes, uno en cada punta, en el que suenan grupos musicales de moda. En un momento de la noche, las principales representantes de “Las Auténticas Intrépidas Buscadoras del Peligro” suben a una enorme pasarela para presentar a las muxhes que participarán de la elección de la reina, las muxhes venidas de todos los rincones de Oaxaca y de otros estados. La gran mayoría de las muxhes opta por usar la vestimenta típica oaxaqueña; algunas se visten al estilo occidental, con vistosos vestidos de cóctel. La ganadora tiene que estar dispuesta a invertir muchísimo dinero, ya que será la encargada de difundir la Vela del año entrante y para ello deberá usar vestuarios costosos, deberá viajar y representar dignamente a sus compañeras. La fiesta se extiende hasta entrada la mañana, momento en que se debe regresar para poder participar al día siguiente de otra fiesta: “La lavada de ollas”, que antiguamente se usaba para ayudar a los mayordomos a arreglar y limpiar el desorden de la Vela propiamente dicha. La lavada de ollas no es otra cosa que una nueva bacanal, pero esta vez empieza más temprano y se desarrolla durante el día. Las botanas son igual de abundantes que en la Vela y las chelas siguen circulando a medida que los invitados ingieren más comida. El lugar es un poco más reducido y está decorado abundantemente, simulando una selva repleta de bananeros de cuyos troncos cuelgan racimos de bananas enormes. Amaranta y las otras muxhes están tan frescas que nos hizo preguntar si eran las mismas o éstas eran unas dobles. “Esto no es nada –aclaró Biniza– mañana viene la recalentada en casa de Amaranta”. Tal como su nombre lo indica, no es otra cosa que comer las botanas que sobraron de la lavada de ollas y, por supuesto, ingerir muchos litros más de cerveza.

EN EL NOMBRE DEL PADRE

María Laura abre la puerta de calle y caminando adelante, todavía con las llaves en la mano, marca que hay que subir a un primer piso. En el fondo del pasillo, una vecina con un bebé en brazos la saluda; los aromas de las cenas de los vecinos se mezclan y se potencian en la bóveda que se forma en la escalera de su departamento de soltera. Está muy bien equipado; pero se nota a la legua que es un rejunte de muebles de diferente procedencia, entre los que se destacan un clavicordio, un telar, un bombo legüero, unos cuantos estuches de instrumentos y un órgano.

La primera vez que escuché a María Laura fue en el primer “Destravarte”, el festival trans organizado por Mosquito Sancineto en 2009. Un coro de chicas trans cantó dirigido por ella en el Palacio El Victorial, de San Telmo. Luego le perdí el rastro. Me la reencontré en la nueva edición del festival en la Casita Brandon, donde dio un show más íntimo, con toda su familia musical en escena y recibieron una ovación emocionante. María Laura compone la letra y la música

de su repertorio; su hijo la acompaña con varios instrumentos, entre ellos el contrabajo. Sus hijas hacen los coros, su sobrina toca la flauta travesa y Cécile, su ex mujer, canta algunas canciones con ella. Al entrar al living de la casa veo que nos están esperando, para que la entrevista sea más completa, dice María Laura, sus hijos, Lalo, de 24 años, Luisa, 21, Sonia, 17, la sobrina, 25. “Yo tengo 54”, se apresura a declarar María Laura.

— ¿Cómo se logra ensamblar un grupo familiar? Empecemos por lo musical.

— Fue fácil, la música ya estaba en todxs. Fue juntarnos para hacer las cosas que ya sabíamos y ensayamos poco porque nos manejamos con partituras, todo muy profesional. Todxs hacen música desde muy chicos. Cécile –mi ex mujer– y yo siempre tocamos y mis padres tocaban la guitarra como hobby.

María Laura creció en la Recoleta, vivió hasta los 19 años en la calle Santa Fe entre Paraná y Montevideo, fue al colegio religioso que queda a media cuadra de su casa. En esa misma escuela dirigió un coro de padres durante 25 años. La secundaria la hizo en un colegio de varones en Palermo Chico –su hijo Lalo también cursó allí– y fue docente en esa institución hasta que la echaron, en julio de 2011, por su transexualidad. “Ahora soy María Laura las 24 horas, pero en ese momento al colegio iba como hombre. Supongo que algún padre me vio en la calle y se quejó. Es un colegio de curas, así que hicieron las cuentas y vieron que era mejor echarme. Llegamos a un acuerdo económico-laboral muy bueno. Ellos sabían que estaban haciendo algo ilegal, estaban asustados y no quisieron quedar escrachados”.

— Si te lo hubieran permitido, ¿habrías dado clases como María Laura?

— Sí, pero no quisieron saber nada. En junio fue terrible la persecución; me amenazaban, me presionaban para que me fuera. No todos los padres estaban en mi contra, pero la institución sí. No me duele dejar el colegio; sí extraño laburar en la docencia. Igual muchos de mis ex alumnos me reencontraron en Facebook, me querían muchísimo. También es verdad que cuando me visibilicé muchos me dejaron de querer. A la gente se le mueven cosas; a algunos se les

mueven bien, a otros mal. Según la relación que cada persona tenga con su libertad, así será la que tengan conmigo.

— ¿Cómo te trata la calle?

— Qué sé yo... En el lavadero de autos de la esquina me dicen cosas; siempre hay un empleado nuevo que hace algún comentario, pero se ve que los compañeros lo paran, le dicen que deje de gritar. Me interesa estudiar la relación entre género y urbanismo. Noto que tiene que ver con la ignorancia; cuando los lugares funcionan como *ghettos*, así esté formada por gente de alto poder adquisitivo o de bajo, siempre va a haber ignorancia. En la avenida Rivadavia, si vas hacia el parque o hacia el otro lado, Plaza Once, funcionan más como un *ghetto*, en cambio en el medio, notás que la cosa fluye de otra manera.

— ¿Por qué María Laura?

— El día que me planteé cuál era mi nombre, lo elegí, pero no sé por qué. A mi madre no le gusta para nada. Ella no me acepta como soy, me sigue tratando como Eduardo. Para mí siempre fue una carga enorme no ser vista como quien verdaderamente soy. No es solo si te dicen o no María Laura, va mucho más allá. Las pulsiones de vivir como mujer las tuve siempre, pero la culpa estuvo muy presente. A la vieja le cuesta, ella es psicóloga, es transfóbica, homofóbica... Ahora, también tengo una tía de 86 años, mayor que mi mamá, y a ella la veo muy seguido, me hace bien verla. Me ayuda económicamente ahora que estoy sin trabajo. Ella me dice "Lauri".

Sofía, la sobrina, es la primera que se anima a dar su opinión: "Está bueno arriesgarse a ser lo que uno quiere y siente", dice, y María Laura les pide que sean genuinos, que no tengan miedo de criticar su vida. "No todo sigue igual, pero sigue siendo la misma persona. Ha cambiado su apariencia", dice Luisa y rompe su silencio, descruza los brazos.

— ¿Cómo era antes?

Luisa: La relación no ha cambiado para nada, sigue siendo igual, sólo cambió nuestra forma de pensar. Hace pocos años que caí; apenas nos enteramos todo siguió igual por un tiempo.

Lalo: Es un aprendizaje, hay que entender al transexual, a la travesti y fuimos acompañando, aprendiendo, pero sigue todo normal, somos una generación más abierta y no nos pega tanto.

María Laura (interrumpe con una anécdota): Yo tengo una relación muy buena con mis sobrinos, con la gente joven... depende de cómo sean los padres y también tiene que ver con irse acostumbrando... una vez recuerdo que Lalo daba conciertos en Parque Centenario y yo fui una vez bastante andrógina y le dije: "La próxima voy como María Laura". "Ya era hora", me contestó. Él de alguna forma me impulsaba.

Lalo: No tengo problema o me da igual. O soy alguien que no lo investigó nunca o alguien muy abierto. Es fácil, pero también difícil y me lo planteo. La familia grande empezó a desmembrarse, así que no nos quedaba otra que unirnos o todo se destruía. Lo acompañamos, en casa se habló todo, los malestares se trataron y se dieron a conocer y entendimos y acompañamos y así estamos ahora, todos unidos.

El amor es más fuerte

El timbre interrumpe la charla. Es Cécile, la madre de los chicos, que viene de tomar una clase de clown. María Laura hace las presentaciones de rigor, mientras se rompe el hielo que casi no hay con una presentación de curriculum: "Cécile siempre cantó canciones conmigo; ahora quedaron algunas que ella sigue cantando". Y Cèci continúa la frase de su ex marido: "Pero María Laura arrancó a cantar composiciones nuevas, a las que llama *Las transistorias*". "Esas composiciones tienen que ver con cosas que siempre necesité decir. De pronto me doy cuenta de que siempre canté sobre lo mismo. La canción "Peñas blancas", por ejemplo, la que habla del río, escrita en enero de 2003, recién en 2009 descubro que el río me la cantaba a mí, déjate llevar", aclara María Laura.

— "El sitio baldío", por ejemplo, habla de esos lugares inexplorados, las cosas por descubrir que todos tenemos y yo disfruto mucho cantándola, comenta Cécile.

María Laura: Mis canciones pegan en lugares trans y gays, pero también en otros ambientes. Como esa vez que toqué en Plasma, un lugar lleno de roqueros y donde toqué una zamba. Ahí me topé con mis prejuicios y me encontré con un lugar donde mis letras pegaban

muchísimo. Un chico rocker pelado, lleno de tatuajes, se acercó a decirme “gracias por tu poesía”.

— A “Peñas blancas” la escribí en una servilleta, en un viaje a Salta. Está guardada en la casa que antes compartía con mi familia, cuenta María Laura.

— ¿En qué parte?, pregunta Cécile.

— En el cajón de la cómoda, dentro de la bolsa de la agencia de viajes. Viajamos bastante a Brasil, en un Renault 12 del 86, en el que seguimos yendo a La Lucila, Santa Fe, todos los veranos e inviernos, donde mi abuelo tiene un campo –señala María Laura un retrato de su abuelo, Eduardo Alemán, pintado por Berni–. Yo me llamaba Eduardo, mi hijo se llama Eduardo, pero ahora yo soy María Laura y él es Lalo. El otro retrato es el de mi tatarabuelo Victoriano, que dirigía un diario en Nueva Orleans. Ese cuadro fue pintado por el litógrafo del diario, se llamaba “La Patria”.

— Cuando nació Lalo –cuenta Cécile– estábamos entre llamarlo Mateo y Eduardo. Era muy fuerte y si no lo bautizábamos Eduardo, algún otro hermano iba a querer usarlo.

— Soy el segundo hijo varón y la tercera hija mujer –resume María Laura, provocando risas socarronas entre los presentes–. ¡En serio! Un día yo estaba internada, todo relacionado con mi proceso de cambio; me volví diabética y tuve una enfermedad neurológica grave, el síndrome de Guillain-Barré y mi hermana menor estaba a mi lado, tejiendo para su primera nieta. “No tengo problema en que seas mi hermana, pero soy más grande”, me dijo. Somos siete hermanos y Sofía, que me acompaña con la flauta, es hija de mi hermana menor, Paula.

— La anécdota del viaje a Peñas Blancas, cerca de Cabra Corral –sigue Cécile–, es que nos comieron los jejenes, nos acostamos sobre piedritas chiquitas que no nos permitieron dormir, hasta que María Laura se levantó, harta, y fue a un barcito, y ahí escribió la canción. María Laura nunca ocultó nada, fue descubriéndolo lentamente. Fui testigo de ese descubrimiento; había cosas que no entendíamos, pero ella siempre fue muy sincera, no hubo doble vida, en ningún momento fue María Laura ocultándomelo. Todo se fue acomodando desde el amor. Es la misma persona, pero con otro envase. Yo me tuve que

plantear: ¿Qué hago con otra mujer si a mí me gustan los hombres? Por eso somos amigas, pero también somos un ex matrimonio que se lleva muy bien. Hubo un desdoblamiento en un momento, cuando tomó la decisión de ser quien debía ser. Durante ese período seguíamos casados probando qué sucedía.

Los chicos le siguen diciendo "Pa".

— Me tratan en femenino, pero me siguen diciendo "Pa". Yo nunca fui madre, soy mujer y padre. Madre es Cécile. Las mujeres y los hombres que cumplen los dos roles no son nada fuera de lo común. No reniego de la paternidad, eso no choca con el hecho de ser mujer.

Luisa: Una vez me preguntaron cómo llamábamos a nuestras madres, para no confundirnos. Pero no, les dije que a María Laura le digo "Pa".

— Cécile, ¿vos cómo lo ves?

— Para mí "papá" es el señor que se casó conmigo y engendró los hijos y los ha criado muy bien. María Laura creó un excelente masculino, jugador de rugby, si bien no era el prototipo cancherito, era bastante tímido. Es padre porque fue buen padre y María Laura no reniega de ese momento. Sigue siendo el papá que está en un cambio, en una transición, pero es su papá y no habrá otro y siempre cumplió su rol de compañero en el crecimiento de sus hijos. No es fácil socialmente para ningún miembro; básicamente tratamos de ir por el lugar de la comprensión, del amor. No cuestionamos, vamos para adelante, basados en el amor: las cosas son simples y hay que salirse de ese deber ser, el blanco y negro, la mujer y el varón... creo que hay que acompañarse en los buenos y malos momentos. María Laura no eligió esto: en un momento fue una cuestión de vida o muerte. El que nace hétero no tiene que cuestionarse nada, es como es... yo admiro su valentía.

— Dicho así, suena bastante sin conflicto. ¿Qué pasó con la relación amorosa entre ustedes, cómo se rearmó el vínculo? Vos ahora, como María Laura, ¿seguís sintiendo lo mismo hacia Cécile?

María Laura: Bueno, yo sigo enamorada de ella. Es una mujer muy atractiva, nunca dejé de sentir amor por ella y ahora seguimos con ese mismo amor, pero cambió de forma. Seguimos siendo un

núcleo familiar. Ya no somos pareja, pero seguiremos siendo familia para siempre.

— ¿Tiene una rutina de visitas?

María Laura: Los martes vienen a visitarme todxs juntxs, es nuestro día de encuentro. Los miércoles yo voy a la casa familiar, en Sánchez de Bustamante, y los domingos generalmente nos juntamos a comer. Lalo es experto en guacamole, de hecho va a lo de una vecina y recolecta las paltas. Cada uno de mis hijos tiene su forma de ser. Sonia, por ejemplo, es la menos contadora de cosas. Desde que soy María Laura, hay cosas que cambiaron, todxs cambiamos mucho, la comunicación cambió.

— ¿Cómo definirías tu relación con Cécile?

María Laura: Con Cécile somos amigas. Nosotros siempre fuimos una pareja muy habladora, hemos recorrido juntxs un camino. Nos conocimos cantando, éramos muy simbióticos, no se sabía dónde terminaba una y dónde empezaba la otra. Nunca nos aburrimos de conversar, de hecho lo seguimos haciendo. El cambio de pareja a amigas no fue fácil, costó entendernos, ahora pasó el tiempo y... las cosas costaron.

Lalo: Ustedes compartieron más tiempo juntos entre ustedes que el tiempo real de conocimiento de nosotros con ustedes.

María Laura: Me salió bien ser hombre, fui lo que debía ser, me convertí en un buen deportista, jugaba muy bien al rugby, mi casamiento y mi paternidad fueron cosas que disfruté muchísimo al margen de sufrir internamente por mi transexualidad. Una sensación de tristeza constante.

Cécile: Cuando cada una pudo poner en palabras lo que quiso ser, entramos en una tormenta total de pareja. A mí no me gustan las mujeres, no es lo que deseo. Soy enamoradiza, me gustaría enamorarme. Me dedico a tres áreas artísticas: la plástica –vidrio y pintura–, la música y el clown. También soy docente. Así que no tengo ni un minuto para enamorarme.

María Laura: A mí siempre me gustó Cécile, de hecho me gustan las mujeres. En estos momentos no tengo planeado rehacer mi vida. La situación familiar que tengo es lo que quiero. Tampoco es algo que

me llene la cabeza. En una época iba a bailar a un boliche de lesbianas y me dije: no quiero bancarme hasta las dos de la mañana para salir, prefiero quedarme escribiendo música. Me visualizo escribiendo.

Cuando María Laura le contó a su familia sobre el cambio en su vida, Lalo fue corriendo a contárselo a su prima Sofía.

— No sabíamos qué quería contarnos mi papá –comenta Lalo.

— Ustedes pensaban que papá les iba a decir que era gay –cuenta Cécile.

— ¡No! –dice Lalo– Nada que ver, ¡eso es lo que ustedes piensan!

María Laura: Uno de los primeros signos de cambio fue hacerme los agujeros en las orejas. Cécile me acompañó a la Bond Street. Yo estaba chocha con los abridores, nos cruzamos en la calle con mamá, que nos preguntó varias veces de dónde veníamos. Le contestábamos que veníamos de ponerme aros, y ella no lo retenía, lo negaba. Lalo pensaba que yo me hacía todas esas cosas por ser artista.

Lalo: ¡Nada que ver! Yo te dije que quería ponerme un arito, vos me dijiste que también y terminaste haciéndotelo vos. Yo pensé que estabas buscando tu lado femenino, ni siquiera sabía lo que era la transexualidad.

— Yo lo busqué en Internet, acota Sofía.

Luisa recuerda haber encontrado una pollera y que su padre le dijo que era suya y la dejó. “No pienso usarla”, le dijo. “Ahora digo que está re-buena”, bromea.

La discusión sobre el arito y la transexualidad se extendió durante varios minutos, que quién pensó esto, quién pensó lo otro, entre risas y alegres reproches. El timbre interrumpió la charla: era la vecina de al lado con dos amigas, que vieron luz y llamaron. Pronto se armó una fiesta, en la que la familia Alemán hizo lo que mejor sabe: cantar su propia vida.

EL CHE DE LOS GAYS

— ¿Cómo quieres que te considere tu sociedad?

— Como un luchador social, alguien cuyas acciones tuvieron y tienen un sentido político. Y que eso sea leído como un aporte. Yo, activista de la diversidad sexual, quisiera ser un aporte que se sume a los aportes de otrxs. Desde mi primera acción –cuando se empieza a formar ese personaje público– que fue a partir del programa radial triángulo abierto en el 93, descubro la importancia de la palabra, del gesto, de politizar la homosexualidad y homosexualizar la política. Luego de eso, llevé a cabo algunas acciones en el marco del programa que buscaba el apoyo de personalidades internacionales para modificar una ley que penalizaba la sodomía como Silvio Rodríguez, Juan Gabriel, Joan Manuel Serrat, Adolfo Pérez Esquivel, Hebe de Bonafini y Mercedes Sosa, entre muchos otros.

— ¿Cómo aportaron esas personalidades?

— Silvio nos dedicó una canción: “¿Te molesta mi amor?”, que se transformó en el himno no oficial del movimiento LGTB (Lesbianas,

gays, bisexuales y personas transgénero). Silvio la escribió para Cuba pero nosotrxs la resignificamos y nos apropiamos de ella. Pérez Esquivel firmó un documento junto con Hebe. Mercedes Sosa declaró apoyar y respetar nuestra causa. A partir de ese momento me transformo en una suerte de personaje, un articulador político, callejero, que comenzaba a intervenir, a interactuar con personalidades de importancia internacional en lo político, cultural y científico, como Luc Montaigner. Montaigner se negó a firmar el manifiesto del Movimiento LGTB de Chile, para no intervenir en política interna; pero afirmó que los países debían avanzar en el respeto a las diversidades. A partir de ese momento comencé a realizar actos de provocación y performances mediáticas.

— ¿Me recuerdas cómo fue la performance de la bandera hueca?

— Eso ocurrió en un congreso pleno del Partido Socialista de Chile, el 4 de mayo de 1996, con la presencia de las más altas autoridades del partido. Estaban presentes el ex presidente de Chile, Ricardo Lagos, la viuda de Allende, Hortensia Bussi y Danielle Mitterrand, viuda de Francois Mitterrand, presidenta de la ONG internacional “Frances Liberté”, que apoya causas sociales en América Latina. Irrumpí en el escenario, le entregué a Danielle una carta del Movimiento de Liberación Homosexual (MOVILH), solicitándole su apoyo a la campaña en contra del castigo a la sodomía. Desplegué una bandera chilena con un hoyo en el centro, acto considerado por ley como ilícito y terrorista, pero yo buscaba ejemplificar con ese agujero un espacio no resuelto en la cultura y la política chilena. Nunca tuvimos su respuesta ni sabemos dónde terminó la bandera; pero usé el término para titular mi libro sobre la historia del movimiento homosexual chileno.

— ¿Cómo fueron recibidas estas performances teniendo en cuenta la historia performática que te precede como por ejemplo las acciones de las Yeguas del Apocalipsis?

— Fueron recibidas primero con satisfacción por la visibilidad que le daba a la causa, pero generaba tensiones entre los grupos más conservadores en el interior del movimiento. Esas diferencias en lo político terminaron por decidir mi autoexilio del movimiento por medio de una toma de la sede del MOVILH con una compañera

travesti de Valparaíso, Michelle Clementi. Nos oponíamos a las posturas normalizantes y hegemónicas dentro del movimiento por parte los masculinos gay que no incorporaban a lesbianas ni trans en las decisiones políticas.

— ¿Qué visibilizó esa toma?

— Evidenció las divisiones, contradicciones y las luchas intestinas no sólo por el poder sino también por el género y por las identidades de género. Mostró un movimiento diverso y contradictorio y me permití hacerlo público.

— ¿Cómo te rearticulaste sin el apoyo del MOVILH y sin una articulación sólida?

— Fue compleja esa soledad, fue muy doloroso. Ese dolor lo transformé en acción y empecé a estar presente en todo de tipo de manifestaciones populares políticas callejeras. Mis apariciones fueron el día del Trabajador, el aniversario del Golpe de Estado en Chile, más tarde nacería “el Che de los Gays”.

— ¿Cómo nace el Che?

— En el contexto del descubrimiento de su cadáver en Bolivia. Fue encontrado el 28 de junio de 1997, el Día Internacional del Orgullo Gay. Yo presiento que eso me impulsó a reapropiarme de su cuerpo y figura y transformarla en una metáfora guerrillera y marica. Seguramente el Che era machista y conservador, propio de una época; sin embargo, como dice Mariela Castro –sobrina de Fidel y Directora del Centro Nacional de Educación Sexual de Cuba (CENESEX)– quien conoció al Che, me dijo: “si el Che viviera entre nosotros, yo le golpearía la puerta para pedirle su apoyo y él me diría que sí”. En un viaje a Cuba que hice en 2008 para presentar mi libro, Mariela saludó la emergencia de un Che Guevara homosexual porque permite ampliar la lucha revolucionaria en el frente de las identidades sexuales y las revoluciones del género.

— ¿Y por qué un Che Gay y no una Violeta Parra tortillera?

— Podría ser, me encanta la figura de Violenta Parra, como le dice su hermano Nicanor. Sin embargo, creo que la figura del Che, ícono del guerrillero macho latinoamericano permite activar y desactivar ciertas tramas de la homosexualidad en la izquierda, desatar discusio-

nes respecto a las militancias sexuales y me permite señalar mi lugar de pertenencia política y de origen de clase, afirmando y reafirmando que es posible ser homosexual y de izquierda. El corazón está en la izquierda y la sangre es roja, como dijera Violeta.

— ¿Qué tiene que tener un militante o artista para ser *performer* y no perecer en el intento?

— Yo no soy artista, soy activista político y social que usa soportes estéticos para entregar mensajes de transformación. Mi lucha es política. En ese contexto, creo que las acciones que llamamos performances deben tener un componente de atrevimiento, de reclamo social, de clase; no sólo un reclamo artístico. Mis acciones no son para un catálogo ni para un concurso de arte visual sino que son parte de una trayectoria, son contextuales, no son anacrónicas, responden a una lectura, a nuevas lecturas y nuevas miradas del accionar político callejero. Eso me diferencia de las Yeguas, a las cuales valoro, respeto y sin dudas fui inspirado por ellas: pero yo vengo del contexto del activismo y no del arte.

— ¿Creés que hay personajes que podrían tomar tu posta?

— Hay compañeras travestis que usan la calle y la puesta en escena política callejeras, como un lugar de irrupción; Claudia Rodríguez, una actora travesti feminista se destacó en las manifestaciones estudiantiles con un vestuario llamativo y un cartel gigante que decía “travesti mal edukada”. Ella reclama básicamente que las chicas trans no acceden a la educación; la gran mayoría no llega a la universidad. Por otro lado, existen otras instancias preformativas desarrolladas por jóvenes de la coordinadora universitaria de la diversidad sexual, muchas de ellas interesantes, pero otras confusas, contradictorias y neo-fascistoides como la vez que “mataron” a Pedro Lemebel. Eso pasa porque en vez de valorar nuestros íconos de lucha histórica, se dejan fascinar por personajes de derecha a los que usan para sus performances como lo hicieron con Evelyn Mattei, la blonda Ministra de Trabajo, hija del General Mattei, miembro de la junta de gobierno de la dictadura Pinochetista.

— ¿Qué les responden a quienes dicen que sólo quieres llamar la atención?

— Si, es lo que busco. “El Che de los Gays” es llamativo, polémico, controversial que no busca llamar la atención por un gesto narciso y egocéntrico sino que busca entregar un mensaje de rebeldía social. Algunos también dicen que es pretencioso y vanidoso. Yo creo que es pretencioso y hay que serlo para querer ser el Che hoy en día. Llamar la atención no es fácil, es un trabajo, hay que usar el ingenio, alejarse del lugar común y ubicarse en un lugar insólito. La prensa muchas veces llamó “insólitas” a mis apariciones. Esa constante de lo insólito, ese desborde generó una trayectoria que es, además, persistente.

— ¿Cómo ves a la figura de la Loca, inmortalizada por Pedro Lemebel en el Chile de hoy?

— De algún modo las locas estamos en extinción, como los dinosaurios. En Chile nadie quiere ser loca. La loca es menospreciada, mal mirada, muy pocos saben qué es ser una “loca”. Es una metáfora que desafía a la masculinidad homosexual. En ese contexto, en Chile se está instalando una hegemonía gay que busca normalizar, higienizar e integrar a los gays como un sujeto más, pero no como un diferente. Hace poco surgió una fundación de homosexuales de clase alta y gays de derecha que se llama “Iguales”, con quienes he tenido diferencias políticas porque de algún modo retroceden en la instalación de discursos que venía desarrollando el movimiento homosexual desde la recuperación de la democracia; luchamos por el derecho a la diferencia, adquirido de las compañeras feministas. Decir que somos iguales es una obviedad, es como volver a la Revolución Francesa borrando todo lo transitado.

— Vos decís que te travestís del Che...

— Es mi performance más compleja: el sólo hecho de juntar al Che con lo gay ya presupone una contradicción, un atrevimiento. No es un disfraz, sino es reactualizar las luchas inconclusas de las revoluciones de la izquierda en Latinoamérica. Muchas de ellas no han llegado a incorporar la diversidad sexual. Siempre me río cuando recuerdo una frase de Fidel que les dice a los estudiantes “Tenemos que ser como el Che”. Creo que se me fue un poco la mano.

LA YAPA PEDRO TIRA LA PIEDRA

Se estrenaba la obra “Tengo miedo torero y La Pepa”, una amiga santiaguina, me avisó por mail que venía Pedro Lemebel, a ver la puesta y a saludar al director y elenco. Me remarcó especialmente que aprovechara la ocasión para conocerlo. Le contesté que ya lo conocía, que había compartido varias veladas con él y que cada vez tenía que presentarme, pues siempre me olvidaba, maldito desdén recurrente. Acepté esperanzado de que todo iba a salir mal de nuevo.

Estuve puntual en la puerta del Teatro de la Comedia, ansioso por ver a Marlene, quien me prometió ser puntual, aunque yo sé que la traba no tiene reloj, su tiempo es un limbo eterno. Me senté en la puerta del Megatlón, el gimnasio de las 200 musculosas por metro cuadrado y a lo lejos divisé a Pedro, con su marca registrada: el pañuelo negro con calaveras. Me acerqué a saludarle, estaba con una parejita gay muy simpática –los dos, escritores– y La Petra me saludó muy afectuosamente, me acarició tiernamente las mejillas, se rió a las carcajadas y me dijo:

— Marlene, ¿qué te has hecho?

— Me volví puto –le contesté cuando caí en cuenta de que me confundía con mi amiga trava.

Nos reímos un poco, hablamos de un par de trivialidades, La Marlene se bajó del taxi con una pollera minimagnánima y se acercó a nosotros a los saltitos y se rieron juntas con La Petra, no les importó nadie más; y yo parado ahí.

La obra terminó y nos fuimos todos a comer pizza a Güerrín, los protagonistas de la obra, su director, La Petra, Marlene y una parejita santiaguina muy trendy: Sergio y Jorge. Con ellos aproveché para hablar sobre política, la irrupción derechosa tras los Andes y la obligada y odiosa comparación entre las presidentas de nuestros países. Después de la cena se decidió una retirada masiva; todos estaban muy cansados. Al otro día, La Petra se lo pasó dando entrevistas para diarios y televisión, y terminó exhausta, con un terrible dolor de cabeza. En casa la esperábamos con Marlene, con la mesa de merienda servida con merengues, pan de campo y mermeladas. Cuando llegamos estuvo todo muy bien. La Petra elogió mi cocina y el gusto con que estaba decorado el living. Se arrojó a un sillón de cuero granate y charlamos sobre variados temas como el escupitajo que le tiró al ministro de Cultura no asumido de Chile, por qué las avivamos a las minas que ahora entregan el culo y repitió varias veces una frase que nos heló la sangre: “No existe Dios, si deja que un niño tenga miedo”.

Los vasos de vodka empezaron a circular y la botella empezó a vaciarse alarmantemente. Vimos varios videos por YouTube, el trailer de la película “El lugar sin límites”, de Ripstein, “My Sweet Lord”, de George Harrison, con el que bailamos con Marlene, dábamos vueltas alrededor de la mesa ratona, mientras La Petra rodaba en la alfombra y balbuceaba cosas como “traidora”, “quién eres tú, perra”... estos vasos parecen sapos... no me invites si tienes sólo una botella de vodka...

— Pero tú, niña, ¿qué tú dices si eres rica? Mírate, vives en esta casa, me haces todo el “chow” doméstico, ¿y me vienes a hablar de la ciudad? Se viene dura la mano, amiga Marlene. A ellos, a los maricones burgueses no les va a pasar nada, el tema va a ser con nosotras. ¿Por qué nunca voy a poder atesorarte en mi corazón? ¿Y qué es lo

que tú haces? ¿Quién eres? Fuiste cobarde, linda. Esta casa tiene un buen gusto que da asco. Da asco de tan lindo todo.

Marlene caminaba por toda la sala, dando círculos, riéndose de la confusión. La música se había terminado y yo estaba inmovilizado, con La Petra acurrucada en mis piernas como un niño, me acariciaba, me olfateaba y las luces del velador me perseguían como espectros tenaces. A Marlene le agarró el pedo culposo y se le ocurrió llamar a su casa, para que la esperaran, pues había perdido la carterita que le había regalado Amaranta Gómez Regalado y con ella las llaves. La tranquilicé con una pitada de flores de cannabis en una pipa de cristal del tamaño y forma de un pene abridor de sex-shop.

— Yo dormí en la calle, Marlene, cuando era un niño. Tú no vas a dormir en la calle, tú no vas a dormir, tú no vas a dormir en la calle pues tienes la casa de esta marica burguesa, la concha 'e su madre, mira qué linda que es, da asco de tan linda que es...

Y La Petra se tiró un pedo estruendoso y siguió gritando, que se quiere quedar, que en la Argentina hay libertad, que se vienen malas épocas, que me ama, que ama a Marlene y a este país.

— Marlene, esta mujer tiene crédito como para agarrar un cuchillo, degollarnos y escribirlo en una novela.

Marlene se incorporó, tomó un trago más y bailamos canciones de Amanda Lear chimpando entre los vasos, botellas y ceniceros repletos. A Pedro, que dormía en el piso, no la pudimos despertar.

Esta edición de 500 ejemplares se terminó
de imprimir en Impresiones Centro, Bolívar,
Prov. de Buenos Aires, Argentina,
en el mes de Febrero de 2015.

Otros títulos de Edulp

Tras las huellas de una escritura en tránsito.

La crónica contemporánea

en América Latina

Graciela Falbo (editora)

Oswaldo Bayer por otras voces

Julio Ferrer (coordinador)

Promesas y traiciones de la cultura masiva.

Balance de 30 años de democracia

en Argentina

Vanina Papalini (coordinadora)

Los sentidos de la justicia. Juicios,

testimonios y desapariciones

Carlos Leavi

Inundados La Plata. Lo que el agua

no encubrió

María Soledad Escobar

y Gabriel Prósperi

La palabra “testigo” es trágica: evoca los crímenes de lesa humanidad, palabras sujetas a la memoria por el deber de no cesar hasta la condena de los criminales, a un duelo que atañe al mundo; en los tribunales comunes permanece esclava de dar cuenta de un solo tema por el que alguien irá o no a la sombra y está prohibido acompañarla con una sonrisa. Amariconarla la saca de los tribunales y la pasa a la comedia como exige la novela o historia de vida queer en donde al llanto sólo se lo tolera si se lo puede petrificar con glicerina en homenaje a Pierrot.

Militante línea Cicciolina (Néstor Perlongher decía que la izquierda se dividía en la línea Cicciolina y la Cary Grant), Juan Tauil registra tanto la teoría muxhe como el antes y el después del cambio de género previa invención del nombre propio, el devenir drug queen en provincias como la desilusión de que no se lo llevaran los platos voladores en el cerro Uritorco, la orgía con dos lobizones una noche de luna llena como la angustia que provoca entrevistar a un gay mayor y verle las arrugas (“Tengo que pedir turno con el dermatólogo, volver a usar el ácido glicólico y retomar los ejercicios faciales”).

Juan Tauil *no es un fiolo de vidas intensas*, un excursionista de los márgenes ni un antropólogo de la disidencia erótica, recibe en casa o acompaña de gira, se apronta a los mismo riesgos y prueba de las misma manzanas en los paraísos artificiales que l@s que a su lado andan en banda y sobre l@s que escribe sin pelos en la lengua; es un@ de ell@s. De ahí la originalidad confianzuda e insolente de sus crónicas.

María Moreno